HARLEQUIN Bianca™



LAS CARICIAS DE SU ENEMIGO

RACHAEL THOMAS



LAS CARICIAS DE SU ENEMIGO

RACHAEL THOMAS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Las caricias de su enemigo, n.º 2503 - octubre 2016
Título original: Craving Her Enemy's Touch
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8771-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

EL RONRONEO del motor de un deportivo rompió la quietud de la tarde e hizo que la mente de Charlie volviera de inmediato al pasado, a los acontecimientos de los que llevaba ocultándose todo aquel año.

Había crecido en el sofisticado mundo de los coches de carreras, pero la muerte de su hermano la había impulsado a retirarse al campo, al santuario del jardín de su casa. Era un lugar seguro, pero el instinto le dijo que aquella seguridad peligraba.

Incapaz de contenerse, escuchó el inconfundible sonido del motor V8 mientras el coche se detenía. Todo pensamiento relacionado con la jardinería abandonó su mente, que se vio repentinamente invadida de imágenes de épocas más felices, imágenes que chocaron frontalmente con las del momento en que su mundo se desmoronó.

Arrodillada como estaba sobre la yerba de su jardín no podía ver el coche que había al otro lado de la valla, pero sabía que era poderoso y caro, y que se había detenido justo delante de su puerta.

Cuando el sonido del motor se acalló por completo, lo único que se siguió escuchando en la tranquila campiña inglesa fue el canto de los pájaros. Charlie cerró un momento los ojos a la vez que experimentaba un repentino temor. Por bienintencionadas que fueran, no necesitaba visitas del pasado. Lo más probable era que aquella tuviera que ver con su padre, que llevaba semanas presionándola para que siguiera adelante.

El sonido de la puerta del coche al cerrarse fue seguido por el de unos firmes pasos en el sendero de entrada.

–*Scusi!* –la profunda voz masculina sobresaltó a Charlie más que el italiano en sí, y saltó como una cría a la que acabaran de atrapar robando un dulce.

El metro ochenta y cinco de moreno varón italiano que apareció en la entrada de su jardín la dejó sin habla. Vestido con unos vaqueros de diseño que ceñían sus muslos a la perfección, parecía totalmente fuera de lugar en aquel entorno, aunque a Charlie le resultó vagamente familiar. Vestía una cazadora de

cuero sobre una camisa oscura y parecía todo lo que podía esperarse de un italiano: seguro de sí mismo y poseedor de un innegable atractivo sexual.

Su oscuro pelo, ligeramente largo, era fuerte y brillaba como el azabache a la luz del sol. La sombra de la incipiente barba que cubría su moreno rostro realzaba sus atractivos rasgos. Pero fue la intensidad de la mirada de sus ojos oscuros lo que dejó a Charlie sin aliento.

–Estoy buscando a Charlotte Warrington –su acento era muy marcado y resultaba increíblemente sexy, al igual que el modo en que pronunció el nombre, como si fuera una breve melodía.

Mientras se quitaba los guantes de trabajo, Charlie fue muy consciente de que vestía sus vaqueros más viejos y una sencilla camiseta, y de que llevaba el pelo sujeto en algo parecido a una cola de caballo.

Sin duda alguna, aquel debía de ser el socio de su hermano, el hombre que había conseguido que se metiera a fondo en el mundo de los coches de carreras, hasta el punto de casi hacerle olvidar la existencia de su familia. La indignación afloró de inmediato.

–¿Qué puedo hacer por usted, señor…?

El desconocido permaneció en silencio, observándola atentamente. Charlie sintió que toda la piel le cosquilleaba bajo la caricia de aquellos oscuros ojos.

–¿Eres la hermana de Sebastian? –la pregunta fue formulada con una mezcla de incredulidad y acusación, pero Charlie apenas lo notó, pues el dolor que ya creía casi superado resurgió al escuchar el nombre de su hermano.

–Sí –contestó con evidente irritación–. ¿Y tú quién eres? –preguntó a pesar de saber que se encontraba frente al hombre al que consideraba responsable de la muerte de su hermano.

Se odió a sí misma por el destello de atracción que había experimentado al verlo. ¿Cómo era posible que pudiera sentir algo más que desprecio por aquel hombre?

–Roselli –contestó él, confirmando las peores sospechas de Charlie–. Alessandro Roselli –añadió mientras avanzaba hacia ella.

Pero la mirada que le dedicó Charlie le hizo detenerse.

–No tengo nada que decirte, Alessandro Roselli –dijo con firmeza mientras trataba de no sentirse afectada por la mirada de aquel hombre, por completo carente de la culpabilidad que debería haber en ella–. Y ahora haz el favor de irte –añadió a la vez que pasaba junto a él y se encaminaba hacia la entrada de la casa, convencida de que se iría.

–No.

Aquel firme y acentuado monosílabo paralizó a Charlie. Un escalofrío le recorrió la espalda, no solo por miedo al hombre que tan cerca estaba de ella, sino también por todo lo que representaba.

Se volvió lentamente hacia él.

–No tenemos nada que decirnos. Creo que ya lo dejé bien claro en mi respuesta a la carta que enviaste tras la muerte de Sebastian.

«La muerte de Sebastian».

Era duro pronunciar aquellas palabras en alto. Era duro admitir que su hermano se había ido para siempre. Pero era aún peor que el responsable de aquella muerte hubiera invadido su casa, su santuario.

–Puede que tú no tengas nada que decirme, pero yo sí tengo algo que decirte –dijo Alessandro a la vez que daba un paso hacia ella.

Charlie contempló un momento sus rasgos, la firmeza de sus labios. Evidentemente, aquel era un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

–No quiero escuchar lo que tengas que decirme –ni siquiera quería hablar con él. No quería mirarlo. Ni siquiera quería reconocer que estaba allí.

–Voy a decirlo de todos modos.

La voz de Alessandro Roselli sonó parecida a un gruñido y Charlie se preguntó cuál de los dos estaría haciendo más esfuerzos por mantener la compostura. Alzó una ceja con expresión interrogante y vio que él comprimía los labios. Satisfecha al comprobar que lo estaba irritando, giró sobre sí misma y se encaminó hacia la casa.

–He venido porque Sebastian me pidió que lo hiciera –aquellas palabras, pronunciadas con un acento marcadamente italiano, hicieron que Charlie se detuviera en seco

–¿Cómo te atreves? –le espetó a la vez que se volvía de nuevo hacia él–. Estás aquí por tu sentimiento de culpabilidad.

–¿Mi sentimiento de culpabilidad? –repitió Alessandro a la vez que recorría de una zancada el breve espacio que los separaba.

Charlie sintió los frenéticos latidos de su corazón y notó que se le debilitaban las rodillas, pero no estaba dispuesta a permitir que él lo notara.

–Fue culpa tuya. Tú eres el responsable de la muerte de Sebastian.

Aquellas palabras quedaron suspendidas entre ellos a la vez

que el sol se ocultaba tras unas nubes como si hubiera sentido que se avecinaba una tormenta. Charlie vio cómo se endurecía la expresión del atractivo rostro de Alessandro Roselli.

Estaba tan cerca y era tan alto que lamentó no llevar los tacones que solía utilizar antes de que su vida anterior se viera barrida por un torbellino. Pero mantuvo la mirada firme, decidida a hacer frente a su agresiva actitud.

–Si, como dices, hubiera sido culpa mía, no habría esperado un año para venir –murmuró él a la vez que daba un paso más hacia ella.

Charlie pensó que estaba tan cerca que podría haberla besado. Aquel absurdo pensamiento la conmocionó, y tuvo que contenerse para no dar un paso atrás. Ella no había hecho nada malo. Era él el culpable.

–Fue tu coche el que se estrelló.

–El coche lo diseñamos tu hermano y yo. Lo construimos juntos.

Charlie creyó percibir un matiz de dolor en la voz de Alessandro, profunda y acentuada, pero se dijo que solo era un reflejo de su propio dolor.

–Pero fue Sebastian el que lo probó –replicó mientras se esforzaba por no ser engullida por recuerdos y demonios que ya creía superados.

Alessandro no dijo nada y Charlie se mantuvo firme en su terreno, consciente a pesar de sí misma de que los latidos de su corazón no se debían tan solo al recuerdo de Sebastian. Aquellos latidos también tenían que ver con aquel hombre. La potente virilidad que emanaba de él había afectado a la mujer adormecida que llevaba en su interior… y lo odiaba por ello.

–Supongo que no fue bueno para la reputación de tu empresa que un prometedor corredor muriera al volante de tu prototipo –dijo en tono sutilmente retador.

Alessandro no se movió ni pareció inmutarse, pero sus ojos destellaron como dos diamantes.

–No fue bueno para nadie –contestó, y el gélido tono de su voz hizo que Charlie experimentara un escalofrío.

Charlie respiró profunda y temblorosamente. No podía ponerse a llorar en aquel momento. Ya había llorado bastante. Ya era hora de seguir adelante, de forjarse un nuevo camino en la vida. No podía seguir haciendo lo que había hecho. La época que había pasado ante las cámaras representando al equipo de Sebastian había acabado para siempre. Sin embargo, aquel hombre parecía

empeñado en volver a llevar al presente aquel pasado.

–Creo que deberías irte. Tu presencia no me está haciendo ningún bien –dijo Charlie a la vez que daba un paso atrás para apartarse de él.

–Estoy aquí porque Sebastian me pidió que viniera.

Charlie negó vehementemente con la cabeza, consciente de que el estallido emocional que pretendía mantener a raya amenazaba con desbordarse.

–A pesar de todo, quiero que te vayas –dijo con toda la firmeza que pudo antes de volverse para encaminarse de nuevo hacia la casa.

Alessandro cerró un momento los ojos y suspiró mientras Charlie se alejaba. No había esperado aquella reacción cercana a la histeria. Por un instante se planteó regresar a su coche para marcharse de allí. A fin de cuentas, ya había cumplido con parte de lo que le había prometido a Sebastian.

–*Maledizione!* –masculló a la vez que se ponía a caminar tras ella. Mientras avanzaba por aquel jardín lleno de flores no pudo evitar recordar la época en que estuvo cuidando de su hermana mientras ella se recuperaba de un accidente de coche. Pero aquel era un recuerdo que no le iba a servir de nada en aquellos momentos.

Cuando estaba a punto de entrar escuchó el frustrado gruñido que dejó escapar Charlie, lo que no le impidió seguir adelante. No pensaba rendirse tan fácilmente.

Aquella mujer se había negado tozudamente a la petición de su hermano de acudir a Italia a ver el coche en que habían estado trabajando, algo que había enfadado a Sebastian. Tras el accidente, él le había ofrecido su apoyo, pero no había esperado el rechazo ni la fría y furiosa negativa de Charlie.

Charlie apoyó ambas manos sobre la mesa e inclinó la cabeza con expresión desesperada.

–¿Cómo te atreves a entrar sin haber sido invitado?

–Me atrevo porque le prometí a Sebastian que vendría –Alessandro se acercó a ella hasta que lo único que se interpuso entre ellos fue una silla.

–Estoy segura de que Sebastian no habría hecho prometer a nadie que vendría hasta aquí a fastidiarme.

–¿A fastidiarte? –repitió Alessandro con el ceño fruncido.

–Sí, a fastidiarme. A hostigarme. A acosarme. Llámalo como

quieras –replicó Charlie, irritada. Su agitada respiración hizo que sus pechos se balancearan bajo la fina camiseta que vestía. A pesar de sí mismo, Alessandro no pudo evitar que llamaran su atención y que una andanada de lujuriosas hormonas recorrieran su cuerpo.

–Me hizo prometerle que te llevaría a Italia para la presentación oficial del coche –dijo con más énfasis del que pretendía, porque lo cierto era que no había esperado encontrarse con una mujer capaz de despertar en él aquella mezcla de furia y deseo. Aquella mujer tan sexy y apasionada no se parecía en nada a la jovencita dulce y feliz que le había descrito Sebastian.

–¿Qué? –preguntó Charlie a la vez que introducía bajo la mesa la silla que los separaba.

Teniendo en cuenta cómo estaba reaccionando su cuerpo ante las sensuales curvas de aquella mujer, a Alessandro no le pareció buena idea.

–El coche va a ser oficialmente presentado y quiero que estés allí.

–¿Quieres que esté allí? –repitió Charlie, incrédula.

Alessandro apartó de inmediato la punzada de mala conciencia que experimentó. Era evidente que Charlie lo consideraba responsable de lo sucedido aquella noche, pero él no podía mancillar sus recuerdos con la verdad. No después de la promesa que había hecho.

–Sebastian quería que estuvieras allí –¿qué le pasaba?, se preguntó. Aquella mujer no era lo que había esperado. No parecía sofisticada ni glamurosa y la idea de que hubiera llevado una vida lujosa hasta hacía poco no parecía posible.

¿Cómo era posible que aquella imagen sencilla y normal de Charlotte Warrington, con el pelo revuelto y la ropa sucia de tierra, lo hubiera excitado de forma tan inmediata? Apenas podía pensar coherentemente mientras su cuerpo le exigía de forma implacable una satisfacción.

Charlie negó con la cabeza.

–Sebastian no me habría pedido eso. Y tampoco habría muerto de no ser por ti y por tu estúpido coche.

–Sabes que vivía para los coches, para la velocidad. Era a lo que se dedicaba, lo que se le daba bien –Sandro apartó de su mente la imagen del accidente, del terror de todo lo que sucedió a continuación de este que, en pocas horas, tuvo un desenlace fatal. Podía comprender el dolor de Charlie, pero no estaba dispuesto a permitir que lo culpara.

Había mantenido la verdad oculta al mundo y a los medios de

comunicación por respeto al joven corredor que no había tardado en convertirse en su amigo. Y ya había llegado el momento de cumplir con la última voluntad de Sebastian: que su hermana diera su aprobación al coche y asistiera a su presentación.

–Es también por cómo murió –dijo Charlie con tristeza, y Alessandro notó que dejaba caer los hombros. La posibilidad de que estuviera a punto de llorar le produjo auténtico pánico.

Mientras Charlie recuperaba la compostura, Alessandro deslizó la mirada por la pequeña cocina en que se encontraban, típicamente inglesa, y no precisamente el lugar en que se había imaginado a Charlotte viviendo. En el aparador cercano había una foto enmarcada de Sebastian y Charlie.

Cuando la tomó, Charlie no dijo nada. Alessandro contempló la imagen de la mujer que aparecía junto a Sebastian. Una mujer que había visto a menudo en los medios de comunicación, pero a la que no había llegado a conocer en persona. La misma mujer que en aquellos momentos estaba teniendo aquel extraño efecto sobre él.

En la foto, sus ojos brillaban de felicidad, y sus labios estaban distendidos en una deliciosa sonrisa. Estaba apoyada contra un coche deportivo y su hermano, igualmente sonriente, tenía un brazo protectoramente pasado por sus hombros.

–Roma, hace dos años –dijo Charlie en un susurro, y Alessandro sintió el calor que emanaba de su cuerpo–. Antes de que se implicara por completo en tu proyecto y se olvidara de nosotros.

Alessandro inhaló su aroma, ligero y floral, como jazmín, mezclado con el olor a tierra fresca del jardín. Volvió a dejar la foto en su sitio e ignoró el tono acusador de las últimas palabras de Charlie.

–Os parecéis.

–Nos parecíamos –recalcó Charlie.

Aquel comentario hizo que aflorara el sentimiento de culpabilidad que Alessandro creía ya superado. Debería haber supuesto que el encuentro con la hermana de Sebastian no iba a ser fácil. El hecho de haber mantenido totalmente oculto el oscuro secreto de Sebastian no le había servido de mucho para apaciguar su conciencia.

Al bajar la mirada y ver los humedecidos y tristes ojos verdes de Charlie sintió que se le encogía dolorosamente el pecho.

–Era lo que él quería, Charlotte –dijo, incapaz de apartar la mirada de ella.

–Charlie. Nadie me llama Charlotte. Excepto mi madre –dijo Charlie en un susurro. La clase de susurro que Alessandro estaba acostumbrado a escuchar tras haber practicado apasionadamente el sexo con una mujer. Su deseo volvió a resurgir al imaginársela tumbada en la cama, desnuda, susurrando de satisfacción.

–Charlie –repitió mientras sentía la sangre corriendo ardiente por sus venas. Debía controlarse, o corría el peligro de complicar demasiado aquella misión–. Seb estaba empeñado en que fueras.

–No puedo –la ronca y a la vez delicada voz de Charlie solo sirvió para alentar su deseo.

–Claro que puedes –dijo y, sin pensar en lo que hacía, alzó una mano y le acarició la mejilla con el dorso.

Charlie contuvo el aliento y sus ojos se oscurecieron en un mensaje tan antiguo como la vida misma.

Negó lentamente con la cabeza contra los dedos de Alessandro, que apretó los dientes mientras se recordaba que él nunca mezclaba el trabajo con el placer, y aquello siempre se había tratado de trabajo… y de ocultar la caída de su amigo.

Pensó en la reciente conversación que había tenido con el padre de Sebastian. Lo que le había dicho lo había atado aún más profundamente a la promesa que le había hecho a su amigo mientras la vida se le escapaba de las manos.

–Tu padre piensa que deberías ir.

Fue como si se hubiera producido una explosión. Como si hubieran estallado fuegos artificiales entre ellos. Charlie prácticamente dio un salto atrás y sus ojos parecieron echar chispas cuando lo miró.

–¿Mi padre? –repitió, totalmente conmocionada–. ¿Has hablado con mi padre?

Charlie estaba anonadada. ¿Cómo se había atrevido Alessandro a hablar con su padre? ¿Y por qué no le había mencionado su padre esa conversación? ¿Por qué no le había advertido de que Alessandro Roselli, dueño de una de las empresas de coches más importantes de Italia, la estaba buscando para que hiciera algo para lo que él sabía que aún no estaba preparada? ¡Habían hablado el día anterior!

–¿Y de qué has hablado exactamente con mi padre? –dijo mientras se preguntaba cómo era posible que unos segundos antes hubiera disfrutado como una adolescente embobada con la caricia de los dedos de aquel hombre–. No tenías derecho a hacerlo.

–Me puse en contacto con él para preguntarle si podía visitarte para invitarte a la presentación del coche. Tu padre sabe que Seb quería que fueras –Alessandro se cruzó de brazos y se apoyó contra el borde de la encimera sin apartar la mirada de Charlie. Por segunda vez en aquel rato vio que se hundían sus hombros en un gesto de derrota.

Charlie se presionó las sienes con los dedos de una mano y cerró brevemente los ojos con la esperanza de que al abrirlos Alessandro Roselli no siguiera mirándola tan intensamente. Pero no sirvió de nada. Aquellos ojos con destellos de bronce, que tan extrañamente familiares le resultaban, seguían mirándola como si pudieran desvelar hasta el más íntimo de sus secretos.

–No tenías derecho a hablar con mi padre. No necesita que se dediquen a recordarle lo que hemos perdido, y yo soy perfectamente capaz de decidir por mí misma si quiero verte o no o si quiero asistir a la presentación o no.

–¿Y quieres hacerlo? –Alessandro alzó las cejas a la vez que esbozaba una sonrisa.

–No quería verte, desde luego. De hecho, te he pedido que te fueras en cuanto has llegado. No quiero volver a saber nada del mundillo de las carreras de coches.

–¿Es ese el motivo por el que te has escondido en las profundidades de la campiña inglesa?

–No me estoy escondiendo. Me retiré del frenético mundo de los medios de comunicación por respeto a mi hermano –replicó Charlie secamente–. No podía seguir ante las cámaras promocionando al equipo tras la muerte de Seb.

–¿Y crees que él querría que siguieras así? Este lugar está muy bien, pero una mujer como tú no debería seguir escondida aquí para siempre.

La mirada de Charlie se vio irremisiblemente atraída hacia la sensual curva de los labios de Alessandro. ¿Por qué tenía que encontrar tan atractivo a aquel hombre precisamente?

–¿A qué te refieres con lo de «una mujer como yo»?

–A que, al menos antes, solía gustarte vivir a tope.

–Pero no tengo intención de volver a hacerlo, y nada de lo que tú o mi padre podáis decirme me hará cambiar de opinión.

–«Cuida de mi pequeña Charlie. Le gustarás» –Alessandro dijo aquello con especial firmeza y Charlie supo con exactitud a quién estaba citando. Solo Seb la llamaba su «pequeña Charlie».

Alessandro apartó una silla de la mesa y se sentó. Parecía querer dejar claro que no tenía intención de irse así como así.

–No te creo –replicó Charlie a la vez que se cruzaba de brazos como una especie de defensa contra el intenso escrutinio de Alessandro. Pero no pudo evitar recordar cómo la había animado su hermano a volver a salir con algún hombre y cuánto había insistido en que no todos los hombres eran como su antiguo prometido–. Sebastian nunca habría dicho eso.

–Pero es cierto, *cara* –replicó Alessandro, que tomó distraídamente el periódico local que había sobre la mesa y lo atrajo hacia sí. Parecía sentirse allí tan cómodo como si estuviera en su propia casa.

–Para ti soy Charlotte –dijo Charlie, lamentando haberlo invitado a llamarla «Charlie».

–Charlotte… –repitió él, despacio, como acariciando cada sílaba.

Charlie sintió que todo su cuerpo se acaloraba a la vez que los latidos de su corazón arreciaban. ¿Qué diablos le estaba pasando?

Tal vez llevaba demasiado tiempo sin vivir «a tope», como había dicho Alessandro. ¿Debería creerlo? ¿Debería creer que Seb quería que se implicara en la presentación del coche?

–¿Qué te dijo exactamente mi padre? –preguntó.

La mirada que le dirigió Alessandro hizo que su sensación de calor aumentara. Tragó convulsivamente. Su hermano no se había equivocado. Desde luego que Alessandro Roselli le gustaba, pero solo a un nivel totalmente primario. Se trataba de mera concupiscencia, nada más, algo que podía superar rápidamente.

–Dijo que ya era hora de que volvieras a ocupar el asiento del conductor.

Las palabras de Alessandro quedaron como suspendidas en el aire. Eran las mismas que el padre de Charlie le había dicho a ella hacía solo unas semanas.

–No sabía que además de la sofisticada imagen que siempre has mostrado ante las cámaras hubieras aprendido a conducir coches de carreras –Alessandro observó atentamente a Charlie mientras decía aquello, y ella tuvo la sensación de que trataba de irritarla, de hacerle aceptar que su hermano había querido que se implicara.

Pensó en su trabajo de promoción del equipo de Seb, al que había seguido por todos los circuitos de carreras del mundo. En su momento disfrutó llevando aquella vida de emoción y lujo, una clase de vida a la que llegó a base de mucho esfuerzo, trabajando desde la base. Pero, a pesar de la glamurosa imagen que siempre había ofrecido al mundo cuando se había puesto ante las cámaras,

siempre se había sentido más segura y menos expuesta haciendo lo que de verdad le gustaba: trabajar en los coches y conducirlos, algo a lo que su madre siempre se había opuesto.

¿Habría llegado el momento de dejar de ocultarse y de volver a formar parte de aquella clase de vida?

–Te sorprenderías –al escuchar el tono evidentemente coqueto con el que había hablado se sintió impresionada. ¿Qué estaba haciendo? Ella nunca flirteaba. Hacerlo solo causaba problemas. Lo sabía mejor que la mayoría, porque lo había visto muchas veces en aquel mundillo. El flirteo aparentemente desenfadado siempre llevaba a más. Su madre cayó víctima de aquella costumbre y los abandonó para perseguir a su último amor cuando Seb y ella aún eran unos adolescentes.

Alessandro alzó una ceja y sus ojos brillaron con una expresión traviesa y muy sexy. Charlie temió derretirse allí mismo si seguía bajo su escrutinio.

–Espero llegar a comprobarlo –dijo él, y Charlie sintió que el ronco tono de su voz recorría su cuerpo como una caricia.

–¿Te apetece un café? –ofreció, aferrándose a la primera táctica de distracción que se le ocurrió.

–*Sì, grazie* –el efecto que Charlie estaba ejerciendo sobre él hizo que Alessandro volviera automáticamente al italiano. El café no era precisamente en lo que estaba pensando.

Observó a Charlie mientras se movía por la cocina. Le gustaba el modo en que sus vaqueros se ceñían a sus muslos y acentuaban las formas de su trasero. La camiseta no podía ocultar su estrecha cintura, al igual que tampoco había podido ocultar unos momentos antes el balanceo de sus pechos.

Un minuto después, Charlie volvió a la mesa con dos humeantes tazas de café instantáneo. Alessandro observó casi hipnotizado sus labios cuando se inclinó para soplar el vapor que surgía de su taza. Era una mujer muy sensual y, en otras circunstancias, le habría gustado seguir explorando la intensa atracción que sentía por ella, pero no debía olvidar que era la hermana de Sebastian y que, por respeto a la memoria de su amigo, no podía seguir adelante.

–Volvamos a los negocios –dijo, tenso.

–No era consciente de que estábamos hablando de negocios –el tono de Charlie, demasiado desenfadado, dejó entrever que estaba luchando con emociones más intensas de lo que parecía–: Pensaba que solo pretendías salvar tu conciencia, liberarte de la sensación de culpa.

Era cierto que Alessandro sentía culpabilidad por la muerte de Seb, pero ¿quién no la habría sentido, dadas las circunstancias? Sin embargo, no había acudido allí a acallar su conciencia, sino a cumplir la promesa que había hecho.

–Sí estamos hablando de negocios, Charlotte. Quiero que asistas a la presentación del coche. Seb siempre quiso que fuera así. Sabía lo bien que se te da tratar con la prensa.

–A mí nunca me dijo nada al respecto.

Alessandro estuvo a punto de contarle lo mucho que su hermano la había echado de menos, pero no llegó a hacerlo, conmocionado por el dolor que reflejaron las siguientes palabras de Charlie.

–Pero supongo que no sabía que iba a morir.

Alessandro asintió lentamente.

–Desafortunadamente, eso es cierto.

Charlie apartó un poco la taza de café de su lado, como si no tuviera intención de seguir tomándosela.

–¿Cuándo es la presentación del coche?

Sus ojos, ligeramente humedecidos por las lágrimas no derramadas, se encontraron con los de Alessandro, que sintió una inmediata punzada de culpabilidad por la tristeza que vio reflejada en ellos. Sintió la necesidad de arreglar las cosas para ella, de volver a llevar la felicidad a su vida. Porque Charlie no se habría estado ocultando del mundo, y del mundo de los coches en particular, si no se sintiera realmente infeliz.

–El viernes.

–¡Pero solo faltan dos días para el viernes! Gracias por haberme avisado con tanta antelación –Charlie añadió aquello secamente, pero Alessandro captó un destello de determinación en su mirada que le gustó.

–¿Asistirás? –preguntó.

–Sí –dijo Charlie a la vez que empujaba la silla hacia atrás y se levantaba–. Pero lo haré en mis propios términos.

Capítulo 2

QUÉ términos? –preguntó Alessandro con suspicacia, sin moverse de su asiento.

Charlie notó que entrecerraba los ojos y tensaba la mandíbula. Evidentemente, no se esperaba aquello, pero ella tampoco había esperado su visita, y le molestaba que hubiera creído que iba a aceptar por el mero hecho de haberse presentado allí de forma totalmente inesperada para pedírselo.

Pero lo cierto era que estaba pensando que la presentación del coche podía ser precisamente el catalizador que necesitaba para recuperar el control de su vida. Ya era hora de dejar el pasado atrás, pero eso solo podría llegar a suceder si obtenía las respuestas que buscaba.

Lamentaba profundamente no haber visto a Seb en los meses previos al accidente. Si hubiera ido a Italia a ver cómo se transformaba el coche de un sueño en una realidad, ¿habría podido prevenir el accidente que tuvo lugar aquella funesta noche?

Aquella podía ser la única oportunidad de averiguar qué le había sucedido realmente a su hermano. A fin de cuentas, Sebastian había sido un magnífico conductor profesional y, para Charlie, su accidente no tenía una explicación lógica.

–Antes de hablar de mis condiciones necesito saber con exactitud qué pasó aquella noche –dijo a la vez que se cruzaba de brazos.

Esperaba ver como se ensombrecía la expresión de Alessandro Roselli a causa de la culpabilidad, pero al ver que no sucedía lo que había esperado, experimentó una punzada de duda.

–¿Qué quieres saber?

–¿Por qué estaba Seb conduciendo el coche? Según he oído, el prototipo aún no estaba listo para ser conducido –preguntó Charlie con todo el coraje del que pudo hacer acopio. Estaba decidida a averiguar la verdad de un modo u otro, porque estaba convencida de que aún no había salido por completo a la luz.

Alessandro la observó atentamente mientras apoyaba la espalda contra el respaldo del asiento, y Charlie tuvo la clara

impresión de que estaba tratando de ganar tiempo para distraerla.

–¿Siempre te crees los rumores que oyes? –preguntó Alessandro a la vez que se cruzaba de brazos en una actitud mucho más relajada de la que, en opinión de Charlie, tenía derecho a mostrar.

–No, por supuesto que no –contestó, irritada.

–Entonces, si te digo que no había ningún problema con el coche, ¿me creerás?

A pesar de la calma que revelaba su lenguaje corporal, Charlie percibió la alerta que había en los oscuros ojos de Alessandro. Casi parecía un felino cazador tratando de imbuir en su presa una falsa sensación de seguridad.

Pero ella no era un ratón. Ella estaba en guardia.

Negó firmemente con la cabeza.

–Lo único que me convencería de eso sería ver el informe oficial del accidente.

Alessandro se levantó lentamente, fue hasta una de las ventanas de la cocina y contempló el exterior.

–¿Eso ayudaría de verdad? En el informe están todos los detalles.

–Sí –contestó Charlie a la vez que se acercaba a él, atraída por una inexplicable necesidad de ver su rostro, de ver la emoción que reflejaba–. Quiero cada detalle.

–¿Por qué crees que tu padre no te ha enseñado el informe? –los anchos hombros de Alessandro se convirtieron en una barrera, como si estuviera ocultando algo que no quería que Charlie supiera–. ¿Qué esperas averiguar?

–La verdad –Charlie volvió a irritarse al imaginarse a Alessandro hablando con su padre, conspirando para ocultar los detalles. Aún no entendía por qué su padre iba a querer ocultarle aquello, pero siempre había sospechado que había algo. ¿Estaría en deuda por algún motivo con aquel hombre?

Alessandro se volvió hacia ella con una dura expresión en el rostro.

–A veces es mejor no llegar a conocer la verdad.

–¿Qué? –Charlie volvió a alzar una mano hasta su frente para presionarse las sienes, apenas capaz de creer lo que estaba oyendo. Era obvio que su padre y Alessandro Roselli le estaban ocultando algo–. ¿De qué estás hablando?

Alessandro tuvo que apretar los dientes con fuerza para refrenar el impulso de contarle lo que quería saber. Pero aquella

era una verdad que teñiría de tristeza para siempre toda la felicidad que Charlie había compartido con su hermano y, además, el padre de Charlie le había pedido expresamente que se la ocultara. Aquella era la única condición que le había puesto cuando había contactado con él. Y tenía intención de hacer honor a su palabra… y también de cumplir la promesa que le había hecho a Seb.

–Tu hermano sufrió un accidente a mucha velocidad. Eso lo sabes, ¿no?

–Lo sé –susurró Charlie, un poco más calmada–. Pero necesito saber lo que pasó y por qué.

–Te aseguro que es mejor que lo recuerdes bien y feliz, Charlotte.

El tembloroso suspiro que dejó escapar Charlie reveló que la resignación había podido con la furia que había amenazado con desbocarse unos momentos antes.

–Lo sé, pero hay tantas preguntas sin respuesta… –Charlie cerró los ojos y Alessandro se fijó en el contraste de sus gruesas y oscuras pestañas con su pálida piel. La urgencia que sintió de besarla casi lo dejó sin aliento.

La atracción que había surgido entre ellos en cuanto se habían visto complicaba las cosas, hacía que le costara aún más esfuerzo mantener la promesa que había hecho. Apretó los puños y dio un paso atrás para apartarse de la tentación.

Charlie abrió los ojos y alzó la barbilla en un gesto voluntarioso.

–Pienso averiguar lo que sucedió. El afán que mostráis mi padre y tú por ocultarme lo sucedido me reafirma en ello.

–A veces es mejor dejar pasar las cosas. Por el bien de Seb, acepta lo que sabes y haz lo que te dice tu padre.

–¿Por el bien de Seb? –repitió Charlie con el ceño fruncido.

–Seb quería que asistieras a la presentación oficial del coche. Fue una de las últimas cosas que me dijo –contestó rápidamente Alessandro, consciente de que había estado a punto de meter la pata. Pero no pensaba contarle cuáles habían sido las últimas palabras de su hermano. Lo cierto era que consideraba a Charlie responsable en parte de los problemas de Seb. Nunca fue a ver a su hermano a Italia, ni demostró ningún interés por lo que hacía. Pero no era de aquello de lo que quería hablar en aquellos momentos. Lo único que quería conseguir era que Charlie aceptara asistir a la presentación.

–¿De verdad dijo eso? –preguntó ella en un tono apenas

audible.

–Claro que lo dijo –contestó Alessandro, y esperó mientras ella lo miraba con expresión indecisa.

Charlie no lograba librarse de la sensación de inquietud que estaba experimentando. Sabía que el accidente que sufrió Seb tuvo que causarle heridas terribles, pero no lograba librarse de la sensación de que había algo más, algo que tanto su padre como Alessandro querían ocultarle.

Consciente de que por aquel camino no iba a averiguar nada, decidió cambiar de táctica y adoptar una actitud de aceptación.

–Si acepto asistir a la presentación quiero saberlo todo sobre el coche antes. Quiero ver en qué estabais trabajando Seb y tú. Quiero vivirlo, respirarlo –mientras hablaba, la pasión que siempre había sentido por su trabajo comenzó a recorrer sus venas tras todos aquellos meses de indiferencia.

–No hay tiempo para eso –dijo Alessandro.

–Si asisto a la presentación quiero poder hablar del coche con propiedad. Necesito saber todo lo que hay que saber al respecto. Quiero ver todos los archivos y todos los bocetos que hizo Seb del coche –dijo Charlie con firmeza.

Alessandro se acercó a ella con expresión severa.

–Eso no puedo permitirlo. No hay suficiente tiempo.

Charlie lo miró con expresión de incredulidad.

–¿Cómo que no puedes permitirlo? Si me conocieras un poco sabrías que me gusta hacer bien mi trabajo. Y supongo que querrás que promocione el coche adecuadamente y le dé mi aprobación, ¿no?

Alessandro respiró profundamente y Charlie no pudo evitar fijarse en cómo se expandía su poderoso pecho.

–Claro que quiero que le des tu aprobación, pero, dadas las circunstancias, ¿te parece prudente ahondar en toda esa información?

Charlie sabía que aquella era la única oportunidad que iba a tener de averiguar la verdad, algo que necesitaba para poder seguir adelante con su vida.

–No te preocupes. No pienso desmoronarme ni dejarme llevar por un nuevo arrebato de histeria femenina.

–Tal vez deberías hacerlo. Podría resultar liberador –dijo Alessandro a la vez que daba un paso hacia ella.

A pesar de que el instinto la impulsó a dar un paso atrás,

Charlie no se movió. No podía permitir que aquel hombre fuera consciente del fuego que despertaba en ella.

–Ya ha pasado el momento de eso. Tengo intención de hacer lo que mi padre me aconsejó la semana pasada.

–¿Y cuál fue ese consejo?

–Ya lo sabes. Que volviera a ocupar el asiento del conductor.

Alessandro se llevó una mano a la barbilla y deslizó un pulgar sobre su incipiente barba. Aquel simple gesto despertó de nuevo la sensualidad adormecida de Charlie, pero sabía que no podía hacer caso a su cuerpo en aquellos momentos, a la forma en que estaba reaccionando por el mero hecho de hallarse cerca de él.

Hacía tiempo que no se relacionaba con hombres, y sus experiencias anteriores habían sido breves y bastante desastrosas. En aquella época, la separación de sus padres estaba aún muy fresca en su mente, y el desastre en que convirtieron su matrimonio no supuso precisamente un estímulo para ella.

–No creo que sea la mejor idea, pero, si estás completamente segura de ello, adelante –dijo Alessandro lentamente, sin dejar de mirarla.

–Lo estoy –replicó Charlie de inmediato.

Alessandro le ofreció su mano.

–En ese caso, tenemos un acuerdo.

–Tenemos un acuerdo –repitió Charlie que, al tomar la mano de Alessandro en la suya experimentó algo muy parecido a una descarga eléctrica. Sin apenas aliento, sintió que la calidez de su mano envolvía todo su cuerpo.

–*Bene* –la firmeza con que Alessandro dijo aquello dejó claro para Charlie que el contacto de sus manos no lo había afectado como a ella. Y haría bien en recordarlo la próxima vez que le sonriera como si fuera la mujer más bella del mundo. Alessandro estaba flirteando, como todos los hombres a los que había conocido hasta entonces, incluyendo a su padre. Y fue el flirteo lo que destruyó el matrimonio de sus padres, lo que condujo a su madre a los brazos de otro hombre y destrozó a su familia.

Cerró la puerta a aquellos pensamientos. No era el momento de dejarse llevar por ellos. No cuando acababa de encontrar la oportunidad perfecta para averiguar la verdad sobre las últimas horas de la vida de su hermano.

Alessandro retuvo en la suya la mano de Charlie y la miró a los ojos. ¿Lo habría sentido ella también? ¿Habría experimentado la

misma oleada de pasión casi eléctrica recorriendo su cuerpo? Pero la firmeza de la mirada que le estaba dirigiendo y la expresión de sus labios revelaba que no había sido así. Su precioso rostro se había transformado en una pétrea máscara carente de cualquier emoción.

Debería haberle alegrado que el trato al que acababan de llegar no fuera a complicarse a causa del sexo. Su amistad con Seb y la promesa que le había hecho en la cama del hospital poco antes de que muriera, exigía que aquel acuerdo fuera solo de negocios. Y, al menos por la actitud de Charlie, así parecía que iba a ser.

–Si las circunstancias se vuelven demasiado dolorosas, demasiado insoportables para ti, deberás decírmelo.

Charlie frunció el ceño a la vez que retiraba su mano.

–Eso no sucederá –replicó con una convicción sin aparentes fisuras.

–Pareces muy segura de ello, a pesar de que hace solo un rato me has pedido que me fuera.

–Me has pillado desprevenida. Eso es todo –Charlie pasó rápidamente junto a Alessandro para recoger las tazas que había sobre la mesa y llevarlas al fregadero.

Alessandro no pudo evitar contemplar una vez más sus curvas, admirar su femenina delicadeza.

Pero ya era suficiente.

Estaba allí por negocios. Nada más. Además, intuía que aquella mujer no aceptaría una relación sin ataduras, y él se había vuelto adepto a evitar aquella clase de mujeres desde que se había liberado de un matrimonio que nunca debería haber tenido lugar.

–En ese caso, viajaremos hoy mismo a Milán.

–¿Viajaremos? –repitió Charlie, claramente sorprendida.

–Tengo muchas cosas que hacer antes de la presentación oficial del coche, y, si quieres ponerte al tanto de todo, a ti también te conviene estar allí cuanto antes.

–No tengo preparado el equipaje. Ve tú a reunirte con tu familia. Yo puedo viajar después.

–No hay nadie esperando mi llegada –replicó Alessandro con más firmeza de la que pretendía–. Pero este fin de semana van a acudir algunos clientes al circuito de pruebas para conducir el modelo de muestra. Seb estaba realmente ilusionado con eso, y me dijo que allí te sentirías en tu elemento.

–A pesar de todo, puedo viajar por mi cuenta –la suavidad del tono con que Charlie dijo eso supuso una auténtica tortura para la inesperada pasión que había despertado en Alessandro.

–Tengo un avión esperando. Podemos estar en Milán antes del anochecer.

Charlie lo miró con expresión de duda, y Alessandro sintió que se le encogía el corazón. Seb siempre había hablado de un modo muy protector respecto a su hermana, y en ese momento comprendía por qué. Charlie era lo suficientemente mujer como para despertar la vena protectora de cualquier hombre. Pero hacía años que él trataba de evitar aquella clase de sentimientos, porque quedaron prácticamente destruidos por su divorcio. Estaba muy lejos de ser el hombre adecuado para proteger a Charlotte Warrington y lamentaba haber hecho ninguna promesa a Seb.

No podía hacer aquello. No podía arriesgarse. Charlie suponía una tentación muy dulce, pero sabía que estaba prohibida para él. Se trataba de la hermana de Seb, la mujer que su amigo siempre había querido proteger. Si permitía que la pasión se adueñara de la situación, estaría incumpliendo su promesa a Seb. No estaría protegiéndola.

–¿Y qué vas a hacer mientras preparo el equipaje? –preguntó Charlie, tensa, molesta por el hecho de que Alessandro ya estuviera tomando decisiones por ella cuando ni siquiera se habían ido aún de su casa–. ¿Tomar más café?

–No –Alessandro sonó muy italiano incluso pronunciando aquel monosílabo–. Te espero aquí.

Estaba claro que era un hombre exasperante, y Charlie recordó lo que le comentó Seb sobre él en una conversación telefónica. «Es un hombre que sabe lo que quiere y que no permite que nada se interponga en su camino».

Alessandro la quería en la presentación. Eso estaba claro. Pero ¿por qué? ¿Estaría alterando sus planes al ponerle sus condiciones? Eso esperaba. Probablemente había llegado el momento de que aquel hombre aprendiera que no podía conseguir todo lo que quería cuando quería.

–Muy bien. Haré el equipaje tan rápidamente como pueda –dijo a la vez que se encaminaba deprisa hacia la puerta de la cocina.

–Aquí te espero, *cara* –el sedoso matiz de la voz de Alessandro avivó el rescoldo de deseo que aún ardía en el cuerpo de Charlie.

Subió rápidamente las escaleras que llevaban a su cuarto, disfrutando de la sensación de anticipación que siempre le habían producido los viajes que solía hacer con el equipo de Seb. Pero nunca se había sumado a aquella excitación el hecho de que la

estuviera esperando un hombre tan atractivo.

Alejó aquel pensamiento de su mente mientras llenaba rápidamente una pequeña bolsa de viaje con lo necesario para pasar unos días. Si necesitaba algo más ya lo compraría en Italia. Tras cambiarse y aplicarse un poco de maquillaje, bajó a la cocina.

La expresión de sorpresa de Alessandro al verla de regreso tan pronto le hizo sonreír.

–¿Tienes el pasaporte? –preguntó mientras se acercaba a ella para tomar la bolsa que sostenía.

Al sentir el roce de sus dedos, Charlie lo miró y se ruborizó al ver el destello de algo muy parecido al deseo en sus ojos, el mismo que sin duda debía de estar brillando en los suyos. ¿Lo habría reconocido él también?

Esperaba que no. Desde el momento en que se habían visto por primera vez la atracción había sido fuerte, y no había hecho más que aumentar con cada minuto que había pasado, pero ni quería ni podía hacer nada al respecto. Hacerlo habría supuesto una deslealtad hacia Seb. Fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido la noche del accidente, aquel era el socio de Seb.

Dudó. ¿Podía hacer aquello? ¿No suponía un riesgo ir a cualquier sitio con aquel hombre? El deseo que despertaba en ella contrastaba en exceso con la rabia que sentía por la muerte de su hermano. Pero, por lo que a ella se refería, Alessandro Roselli era el responsable de la muerte de Seb, y eso era algo que no pensaba olvidar ni por un momento.

Aquello iba a ser más difícil de lo que se había imaginado, pensó Sandro mientras tomaba la bolsa de viaje de Charlie, que se había puesto unos ceñidos pantalones de color beige, una blusa blanca, una cazadora marrón oscura y zapatos de tacón. Estaba muy elegante, y apenas se parecía en nada a la desarreglada y despeinada jardinera que había encontrado a su llegada.

Así vestida se parecía mucho más a la mujer que había visto en la televisión promocionando al equipo de Seb.

–Debería avisar a mi vecina de que me voy de viaje –dijo Charlie tras sacar su pasaporte de un cajón.

–¿Para qué? –preguntó Alessandro con curiosidad.

–Para que eche un vistazo a la casa mientras estoy fuera y se ocupe de regar el jardín –contestó Charlie mientras se ponía a marcar un número en su móvil–. Al menos por unos días.

La actividad de jardinera de Charlie no encajaba con la

sofisticada imagen que había ofrecido al mundo mientras promocionaba al equipo. ¿Habría utilizado aquella casa y aquel jardín como un medio de escape del frenesí mediático que había seguido al accidente? Alessandro sabía muy bien lo que era sentir la necesidad de escapar, algo que ya había tenido que hacer dos veces en su vida.

–¿Renunciaste a tu carrera para ser jardinera? –preguntó cuando Charlie colgó.

–Siempre me ha gustado la jardinería, pero nunca había sentido la necesidad de cambiar de vida hasta el accidente de Seb. La muerte de mi hermano lo cambió todo. Por eso quiero averiguar todo lo que pasó ese día. Tengo que entender por qué sucedió.

La necesidad que experimentó Alessandro de contárselo todo, de hacerle comprender que, a pesar de lo que pudiera pensar, él no había sido el culpable de la muerte de su hermano, resultó abrumadora. Pero no estaba haciendo aquello por sí mismo, sino por Seb, y haría bien en recordarlo cada vez que sintiera la tentación de sucumbir a Charlie. Debido a su sentido del honor, y a la promesa que había hecho a Seb y posteriormente a su padre, debía considerar a Charlie fuera de su alcance.

Capítulo 3

YA ESTABA oscureciendo cuando el coche se detuvo ante el complejo en el que se encontraban las oficinas y talleres de Alessandro, y Charlie vio por primera vez el lugar del que tanto y con tanto entusiasmo y orgullo le había hablado su hermano.

Experimentó una oleada de tristeza. Allí era donde Seb había pasado sus últimas semanas, y ella podría haber formado parte de aquello si hubiera aceptado su oferta de acudir allí a visitarlo en lugar de haber estado tan centrada en su propia carrera. La misma carrera que había dejado tras la muerte de Seb.

Salió del coche y contempló con tristeza los edificios.

–Debería haber venido cuando Seb me lo pidió –murmuró casi para sí misma.

–Seb siempre esperó que vinieras algún día –dijo Alessandro sin el más mínimo tono de reproche a la vez que apoyaba una mano en la espalda de Charlie.

–Ojalá lo hubiera hecho –la voz de Charlie surgió cargada de emoción a pesar de sí misma. Se sentía expuesta y vulnerable, casi como si estuviera totalmente desnuda ante Alessandro.

–¿Y por qué no viniste? –preguntó él tras introducir un código para abrir la puerta acristalada de la entrada del edificio.

–Estaba muy ocupada con mi trabajo. Ya sabes lo ajetreado que suele resultar el final de la temporada de las carreras.

Al ver la escéptica expresión con que Alessandro escuchó aquellas palabras, Charlie sintió que se le acaloraban las mejillas. Podría haber ido, pero lo cierto era que se había sentido un poco amenazada por la nueva vida que había encontrado Seb. Siempre habían mantenido una relación muy cercana, pero, después de que Seb conociera a Alessandro, todo había cambiado. Ella se alegró de que su hermano hubiera encontrado algo que lo apasionara tanto, pero no había esperado que aquello lo alejara tanto de ella.

Alessandro se encogió de hombros, pero Charlie sabía lo que estaba pensando, y respondió como si lo hubiera manifestado en voz alta.

–Entonces no sabía que el tiempo corría en mi contra.

Alessandro soltó la puerta que había mantenido sujeta para

dejar pasar a Charlie. Cuando ella lo miró, vio que su expresión se había endurecido ante la acusación que había implícita en sus palabras. ¿Sentiría alguna culpabilidad? ¿Estaría arrepentido de algo?

Cuando Alessandro dio un paso hacia ella, lamentó que el vestíbulo no estuviera más iluminado, o que no hubiera alguien cerca, de manera que la presencia de aquel hombre que la excitaba tanto como la irritaba no resultara tan imponente.

–Sea cual sea la culpa que arrastras, Charlotte, no la necesito añadida a lo que siento –la voz de Alessandro surgió como un ronco gruñido que ocultara bajo la superficie una serpiente esperando a asestar su golpe mortal.

–El mero hecho de que digas eso implica que estás admitiendo cierto grado de culpabilidad –replicó Charlie.

Cuando Alessandro dio un paso hacia ella en la penumbra reinante, Charlie sintió cómo arreciaban los latidos de su corazón, y no precisamente debido a su enfado, sino a la atracción, algo que no quería sentir en aquellos momentos, ni por aquel hombre.

–Peligrosas palabras, *cara* –murmuró Alessandro, y Charlie pensó que casi parecía un tigre a punto de saltar sobre ella.

–He venido aquí para ver en qué estaba trabajando Seb –contestó, y giró sobre sí misma para encaminarse hacia las escaleras mientras se esforzaba por mantener sus emociones bajo control–. ¿Te importaría que nos limitáramos a eso? Después me gustaría ir al hotel más cercano.

Estaba a punto de empezar a subir las escaleras cuando el vestíbulo se vio inundado de luz. Al volverse, vio que Alessandro señalaba con una mano el lateral de la escalera.

–Por aquí. Será mejor que tomemos el ascensor.

Charlie experimentó un revoloteo de ansiedad en la boca del estómago. ¿Estaba realmente preparada para ver en qué había estado trabajando Seb? Sabía que no, pero también sabía que necesitaba hacerlo si quería superar alguna vez lo sucedido para seguir adelante con su vida.

Alessandro la observaba mientras esperaba a que se acercase al ascensor.

–No tenemos por qué hacer eso esta noche.

Charlie creyó captar un matiz de sincera preocupación en el tono de Alessandro. Cuando lo miró a los ojos sintió que todo lo demás daba vueltas a su alrededor. El tiempo pareció quedar en suspenso por unos instantes. Charlie bajó las pestañas. No era el momento de ponerse imaginativa. Nunca le había pasado nada

parecido, y no entendía por qué tenía que sucederle precisamente en aquellos momentos y con aquel hombre.

–Quiero hacerlo –dijo rápidamente a la vez que entraba en el ascensor–. Pero no había anticipado algo así. Se suponía que hoy iba a ser un día más, pero entonces has aparecido y… –su voz se fue apagando y bajó la mirada.

–Debería haberme puesto antes en contacto contigo, pero no sabía si querrías verme –dijo Alessandro en tono desenfadado a la vez que pulsaba un botón del ascensor.

–Te habría dicho que no –Charlie le dedicó una sonrisa llena de sarcasmo–. No te habría visto y nunca habría venido aquí.

Las puertas del ascensor se abrieron y Charlie salió a un amplio despacho desde cuyos grandes ventanales se divisaban unas magníficas vistas de Milán, iluminada a aquellas horas de la noche como un gigantesco árbol de Navidad.

–*Grazie* –dijo Alessandro tras ella.

Charlie buscó su mirada en el reflejo de los ventanales.

–¿Por qué? –preguntó, temiendo que la tensión que se estaba acumulando en su interior estallara en cualquier instante.

–Por tu sinceridad. Por decir que no habrías querido verme.

–No tengo motivos para ocultar que me desagradas –replicó Charlie, aunque una vocecita interior la tildó de inmediato de mentirosa. Aunque debería, lo cierto era que aquel hombre no le desagradaba en lo más mínimo.

–¿No te parece que la palabra «desagradar» es un poco fuerte? –murmuró Alessandro.

Charlie decidió que tenía que parar aquello de inmediato. Estaba sucediendo entre ellos algo que no podía controlar y no le gustaba. ¿O sí?

–Me desagradas intensamente, Alessandro –dijo a la vez que se volvía hacia él–. Y la verdad es que no sé qué estoy haciendo aquí.

La mirada de Alessandro se volvió más oscura que el cielo nocturno, y Charlie se sintió prácticamente hipnotizada por su profundidad.

–Estás aquí porque no has podido evitarlo –el tono grave y delicado de Alessandro fue como una caricia para los nervios de Charlie–. Porque es lo que necesitas hacer por Seb.

La mención del nombre de su hermano disipó de inmediato el estado de trance en que se encontraba Charlie. No debía olvidar en ningún momento que estaba allí por su hermano. No podía perder la perspectiva por culpa de los seductores encantos del último hombre por el que debía sentirse atraída.

–Exacto –dijo con firmeza–. Y lo primero que me gustaría es ver dónde trabajaba.

Alessandro tuvo que darse un zarandeo mental para salir del estado casi hipnótico en que se hallaba. Consciente de que iba a ser un tema delicado, había retrasado al máximo el momento de ponerse en contacto con la hermana de Seb, pero lo que no se había esperado en ningún momento había sido el vehemente y casi incontrolable deseo que aquella mujer despertaba en él.

Si hubiera sido cualquier otra, habría actuado en consecuencia y habría explorado de inmediato la expectante pasión que latía entre ellos.

–Sí. Por aquí –fue todo lo que pudo decir a la vez que señalaba una puerta que se hallaba en el extremo del despacho.

–Gracias –murmuró Charlie.

Alessandro fue hasta la puerta y, tras abrirla, se apartó para dejarle pasar al despacho que había ocupado Seb.

–Aquí es donde solía trabajar tu hermano.

Charlie contempló un momento la amplia y vacía habitación antes de encaminarse hacia el escritorio, sobre el que había algunos bosquejos de un coche junto a un ordenador portátil cerrado.

–¿Es esto lo que hacía? –preguntó, y Alessandro notó que le temblaba la mano ligeramente mientras deslizaba un dedo por las hojas.

–Sí –fue todo lo que pudo contestar, consciente del doloroso momento que estaba pasando Charlotte.

–¿Y qué más?

Al ver que sus ojos destellaban a causa de las lágrimas contenidas, Alessandro sintió que se le encogía el corazón. Agradecido por la distracción, fue hasta el escritorio y abrió el portátil.

–Aquí hay un montón de fotos, además de todo lo que creó en el programa de diseño –dijo a la vez que volvía el ordenador hacia ella.

Charlie dudó un momento y Alessandro se preguntó si aquello estaría siendo demasiado para ella. Miró sus ojos, cuyo verde pareció volverse más intenso mientras contemplaba en la pantalla una foto en la que aparecía Sebastian sentado al volante del coche de pruebas.

–¿Cuándo se tomó? –preguntó con un hilo de voz.

Al notar los esfuerzos que estaba haciendo por no desmoronarse, Alessandro deseó por primera vez en su vida que

una mujer rompiera a llorar delante de él. Era evidente que Charlotte necesitaba aliviar de algún modo su dolor.

–El día anterior al accidente –debido al esfuerzo que hizo para mantener la voz calmada, las palabras de Alessandro sonaron frías incluso a sus propios oídos. Había mirado aquella foto muchas veces desde el accidente, conmocionado por el destello de preocupación que había en la mirada de Seb. ¿Lo habría notado también Charlie?

Al mirarla y ver sus ojos llenos de lágrimas, rodeó rápidamente el escritorio y, sin pensar en las consecuencias, la tomó entre sus brazos. Sin dudarlo un instante, Charlie aceptó el consuelo que le ofrecía y se tapó la cara con las manos a la vez que apoyaba la frente contra su pecho y rompía a sollozar.

–*Dio mío*. Esto está siendo demasiado para ti –murmuró Alessandro mientras trataba de apaciguarla acariciándole la espalda con las manos.

–No… no lo es…

–Claro que sí, *cara* –Alessandro habló en el tono apaciguador que había utilizado muchas veces con su hermana mientras crecían. Pero aquella no era su hermana. Era una mujer a la que deseaba con cada célula de su cuerpo.

–Debería… debería… –los sollozos impidieron continuar a Charlie y, sin pensar en lo que hacía, Alessandro inclinó la cabeza para besarla en el pelo. Charlie se quedó muy quieta entre sus brazos y Alessandro cerró los ojos cuando su mente se llenó de recuerdos de la época en que llegó a creer que su vida era plena. Apartó de su mente la certeza de haber fracasado en su intento de ser el hombre que su esposa había querido, alzó la barbilla y respiró profundamente.

Siguió abrazando a Charlie mientras lloraba, mientras le transmitía su dolor con cada sollozo, haciéndolo más y más consciente de la culpabilidad que sentía por no haber estado allí la noche que Seb decidió volver a sacar el coche. De haber estado habría notado su euforia, inducida por el alcohol y las drogas, y habría podido detenerlo. Desde entonces no había dejado de preguntarse cómo era posible que hubiera pasado tantos meses trabajando con Seb sin haber detectado el problema.

Volvió a inclinar la cabeza para besar el pelo de Charlie, pero incluso mientras murmuraba palabras de consuelo supo que tenía que parar. Resultaba desconcertante admitir que le habría gustado ser para ella algo más que un mero hombro sobre el que llorar.

Afortunadamente, los sollozos acabaron amainando y Charlie

se irguió un poco para mirarlo. Estaban tan cerca que parecían amantes. Alessandro podría haber besado sus labios sin ninguna dificultad, pero sus mejillas, húmedas a causa de las lágrimas, le hicieron recordar que no lo eran y por qué estaban allí.

–Debería haber hecho esto hace tiempo –murmuró finalmente Charlie.

–¿Esta es la primera vez que lloras? –preguntó Alessandro, incrédulo.

Charlie sonrió con tristeza mientras asentía.

–Gracias –su voz surgió como un susurro y parpadeó cuando una lágrima se deslizó de sus ojos. Alzó una mano para apartársela de la mejilla, pero, antes de pensar en lo que estaba haciendo, Alessandro se le adelantó y se la frotó delicadamente con el dorso de su mano.

Todo cambió en aquel instante. De pronto se vieron envueltos en una burbuja cargada de tensión, de sensualidad. Incapaz de contenerse, Alessandro tomó el rostro de Charlie entre sus manos y miró sus ojos verdes, llenos de tristeza y dolor… y de algo muy distinto y completamente inapropiado.

–De nada –respondió, pero su voz surgió más profunda y ronca que nunca.

Charlie cerró los ojos y apoyó la mejilla contra su mano. El instinto se adueñó de Alessandro, que le acarició el rostro antes de introducir los dedos entre su pelo. Deseaba besarla, inclinar la cabeza y saborear sus carnosos labios. La deseaba. Aquello era en lo único en que lograba pensar en aquellos momentos. Nada más importaba. Nada más.

Charlie se arrimó a él a la vez que cerraba los ojos y acercaba los labios a su boca. Fue un beso delicado, cargado de indecisión, pero, cuando Alessandro pasó un brazo tras su cintura y la atrajo hacia sí, se volvió más profundo, más intenso.

Charlie era consciente de que no debería estar besándolo de aquel modo, de que aquello solo podía depararle problemas, pero la necesidad de sentir los labios de Alessandro contra los suyos era abrumadora.

Alessandro la ciñó con más fuerza por la cintura y le hizo inclinar la cabeza para deslizar la lengua entre sus labios. Instintivamente, Charlie los entreabrió para darle la bienvenida con la suya a la vez que le rodeaba el cuello con los brazos.

De pronto, con una firmeza que dejó a Charlie sin aliento, Alessandro la tomó por los hombros y la apartó de su lado. Charlie se quedó tan perturbada que, aunque su agitada respiración le

hubiera permitido hacerlo, no habría sabido qué decir.

Tras unos segundos, Alessandro la soltó y dio un paso atrás a la vez que mascullaba una serie de furiosas maldiciones en italiano.

Charlie no entendió lo que dijo, pero su lenguaje corporal fue lo suficientemente expresivo como para disipar cualquier duda. ¿No le había gustado el beso? ¿No lo había deseado también él? Y, si no era así, ¿por qué la había alentado? ¿Se trataría de alguna clase de juego?

–Esto no debería haber pasado –dijo a la vez que se erguía todo lo posible a pesar de sentir que sus rodillas se habían vuelto de gelatina.

–¡Desde luego que no! –Alessandro agitó las manos en el aire mientras se encaminaba hacia la puerta–. ¡Eso no debe suceder nunca entre nosotros!

A pesar de su conmoción, de su dolor, Charlie siguió mirándolo, negándose a sentirse intimidada. ¿Qué más daba que Alessandro no quisiera sus besos?

–No estaba pensando… –balbuceó–. No sabía lo que estaba haciendo…

Alessandro entrecerró los ojos y permaneció en el otro extremo del despacho.

–Eso parece –murmuró–. Además, ya es hora de que nos vayamos de aquí.

–Aún no he visto casi nada… –trató de protestar Charlie.

–Ya has visto más que suficiente por ahora –replicó Alessandro con firmeza–. Esta noche vas a quedarte conmigo.

–¿Contigo? –repitió Charlie, desconcertada.

–Estás muy disgustada y te estás comportando irracionalmente. No puedo dejarte sola en el hotel esta noche.

Estaba claro que Alessandro no iba a admitir ninguna discusión al respecto, y Charlie tuvo que reconocer que desde que se había presentado en su jardín aquella mañana no había hecho más que sufrir una conmoción tras otra.

–Pídeme un taxi para que me lleve a un hotel de la ciudad –dijo con toda la valentía de la que pudo hacer acopio a la vez que se encaminaba hacia él con paso firme.

Pero Alessandro no se movió de delante de la puerta.

–Seb tenía razón –dijo, mirándola a los ojos.

–¿A qué te refieres con eso? –preguntó Charlie sin ocultar su irritación.

Un amago de sonrisa dio paso a un gesto de exasperación en el rostro de Alessandro.

–Sé más sobre ti de lo que crees, Charlotte Warrington –dijo y, sin añadir nada más, giró sobre sí mismo y salió del despacho.

Charlie se quedó momentáneamente desconcertada, pero lo siguió.

–No pienso ir contigo a ningún sitio, especialmente después de lo que ha pasado.

Alessandro se volvió tan rápidamente que Charlie estuvo a punto de chocar con él.

–¿Necesito recordarte que eres tú la que me ha besado, *cara*?

Charlie notó que le ardían las mejillas mientras la profunda y sexy voz de Alessandro envolvía su cuerpo como una caricia, alentando de nuevo la llama del deseo.

–Evidentemente, eso ha sido un gran error –siseó–. Pero ten por seguro que no volveré a cometerlo.

–*Va bene!* –Alessandro detuvo un momento la mirada en sus labios antes de añadir–: En ese caso, no hay ningún peligro en que pases esta noche en mi apartamento.

–¿Peligro? ¿Acaso crees que soy una especie de depredadora femenina?

Alessandro se limitó a alzar una ceja sin decir nada. A pesar de la humillación que sintió, Charlie le sostuvo la mirada.

–¿Por qué quieres hacer esto? ¿Por qué te parece tan importante que esté en la presentación del coche?

–Como ya te he explicado, le hice una promesa a tu hermano, y pienso cumplirla –dijo Alessandro, que a continuación abrió la puerta de su despacho y señaló el pasillo que llevaba a los ascensores–. Por aquí, *cara*.

Charlie se quedó con la sensación de que Alessandro había ganado. No sabía qué había ganado, pero lo había hecho. Sin embargo, pasar una noche en su apartamento tampoco tenía por qué ser tan duro. Al día siguiente buscaría un hotel y, en cuanto terminara la presentación, regresaría al refugio de su casa y su jardín, el único lugar en el que se sentía a salvo.

Alessandro cerró la puerta de su apartamento y observó a Charlie mientras avanzaba por el espacioso cuarto de estar. No había dicho una palabra desde que se habían ido de sus oficinas y, sin embargo, la tensión que había entre ellos no había hecho más que aumentar. Probablemente había sido una locura llevarla allí.

–La suite de invitados está lista para ser usada –dijo con severidad, ansioso por alzar alguna barrera de protección.

–Gracias –murmuró Charlie, que, tras echar un rápido vistazo a su alrededor, se encaminó hacia las puertas del balcón para observar las iluminadas y aún ajetreadas calles de Milán.

–¿Te apetece algo de comer o de beber? –preguntó Alessandro, más que nada para distraerse de la visión del curvilíneo cuerpo de Charlie, realzado por el contraluz que ofrecía contra el ventanal.

Charlie se volvió a mirarlo.

–No, gracias. Ha sido un día realmente ajetreado y mañana necesito estar bien despejada.

–¿Despejada? –repitió Alessandro con el ceño fruncido.

–Sí. Tengo mucha información que asimilar antes de la presentación oficial del coche.

–Tienes razón –Alessandro se inclinó para tomar la pequeña bolsa de viaje de Charlie y se encaminó hacia la suite de invitados. A él también le sentaría bien descansar aquella noche, aunque no estaba nada convencido de que fuera a lograrlo.

Antes de abrir la puerta, se volvió un momento hacia Charlie.

–Tu hermano también se alojaba aquí. ¿Lo sabías?

–No –dijo Charlie, desconcertada–. No entiendo. Creía que había buscado algo para alquilar.

–Lo hizo –explicó Alessandro mientras entraban en la suite–. Pero al final decidió quedarse aquí. A fin de cuentas, estábamos trabajando en el mismo proyecto.

–¿Este fue el último lugar en que estuvo alojado?

Alessandro esperaba y temía aquella pregunta.

–Sí –contestó escuetamente.

Charlie miró a su alrededor.

–¿Y sus cosas?

–Se las envié a tu padre.

Charlie asintió lentamente.

–Comprendo.

–Hay otra habitación –ofreció Alessandro rápidamente–. Es bastante más pequeña, pero si prefieres…

Charlie negó con la cabeza.

–Me gustaría quedarme aquí.

–De acuerdo. Buenas noches, Charlotte.

Alessandro salió de la habitación preguntándose si habría enloquecido por completo. No solo había respondido a la invitación de los labios de Charlie y la había besado, sino que además la había alojado en la misma habitación que había ocupado Seb. Con cada minuto que pasaba estaba resultando más y más difícil cumplir la promesa que le había hecho a su amigo de

cuidar de su hermana, de implicarla en el proyecto.

Y también estaba resultando cada vez más difícil mantener oculta la verdad.

Capítulo 4

HAS dormido bien?

La pregunta de Alessandro hizo salir a Charlotte de su ensimismamiento mientras desayunaban en medio de la tranquilidad reinante en el apartamento.

–Sí –mintió tras dar un sorbo a su zumo de naranja. Dormir en la habitación que había utilizado Seb había tenido el efecto contrario al que esperaba, y se había pasado media noche llorando. Al menos aquello le había servido para desahogarse un poco.

Alessandro la miró y Charlie supo que estaba observando sus ojeras. Afortunadamente, tuvo el detalle de no comentarlo.

–Por la tarde tengo varias cosas que hacer antes de la presentación, pero esta mañana podemos ir a mis oficinas o al circuito de pruebas.

«El circuito de pruebas». Aquellas palabras hicieron regresar a Charlie a la época en que se pasaba el día en los circuitos con su padre y su hermano. Allí era donde había aprendido a conducir de verdad, muy a pesar de su madre.

–Me gustaría ver el coche –dijo, pensativa–. Hace mucho que no visito un circuito.

–De acuerdo –Alessandro dejó su taza de café en la mesa–. Seb me dijo que los circuitos también formaron una gran parte de tu infancia.

Incapaz de enfrentarse a la intensidad de la mirada de Alessandro, Charlie bajó la vista hacia su zumo.

–Pasaba mucho tiempo en los circuitos.

–¿Y qué pensaba tu madre de eso?

–No le importaba que fuera Seb –Charlie alzó involuntariamente la mirada y lamentó de inmediato haberlo hecho.

La expresión del atractivo rostro de Alessandro parecía muy relajada, pero había algo en ella que no lograba interpretar. Por algún motivo le recordó a la de un felino tratando de imbuir en su presa una falsa sensación de seguridad.

–Percibo un «pero» en tu respuesta.

Charlie se preguntó cuánto le habría contado Seb. ¿Sabría que su madre nunca quiso que ella se viera envuelta en el mundillo de las carreras de coches? ¿Sabría que odiaba aquella clase de vida, que odiaba que su marido flirteara con las bellas mujeres que siempre merodeaban por aquel mundillo? Su madre nunca quiso ser el segundo plato de nadie y acabó abandonando a su marido y a sus hijos.

–A mi madre no le gustaba que frecuentara ese ambiente. No le parecía adecuado que me dedicara a conducir coches de carreras. Quería que fuera una dama, no una especie de marimacho, y eso siempre fue motivo de conflictos.

Alessandro esbozó una sonrisa encantadora y sus ojos brillaron maliciosamente.

–Ahora comprendo. Insististe en que te llamaran Charlie para poder seguir siendo un marimacho.

–Algo así.

–Pero eres una mujer preciosa, Charlotte. ¿Por qué ocultarlo?

La intensidad de la mirada de Alessandro hizo que el corazón de Charlie latiera más deprisa.

–Era una adolescente rebelde –explicó escuetamente. Ya había dicho más que suficiente y era hora de cambiar de tema. No estaban allí para hablar de ella, sino de Seb–. ¿Podemos irnos ya? Me gustaría ver el coche.

–Por supuesto –Alessandro apartó su silla de la mesa y se levantó–. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer?

–Sí, estoy segura. Pero antes de irnos me gustaría saber qué te comentó mi padre cuando le hablaste de la presentación del coche.

–Creo que lo único que quiere tu padre es tu felicidad.

Charlie asintió lentamente.

–Necesito ponerme en contacto con él para decirle que voy a asistir.

–Ya lo sabe.

Charlie no percibió nada extraño en la expresión de Alessandro, pero, una vez más, no logró librarse de la sensación de que ocultaba algo. Pero lo dejó correr. En aquellos momentos, ver el coche que se había convertido en la meta principal de la vida de Seb era lo que más le importaba.

–¿Y sabes si va a venir él? –preguntó con todo el desenfado que pudo.

–Espera poder hacerlo.

–Típico de mi padre.

–Vámonos –dijo Alessandro mientras tomaba sus llaves y se

ponía una cazadora de cuero que tenía en el respaldo de la silla.

Su innegable estilo al hacerlo enfatizó la sensación de fuerza latente que emanaba de su cuerpo, y Charlie se obligó a apartar la mirada y a pensar en otras cosas. Aquel no era el momento ni el lugar para sentirse atraída por un hombre… especialmente por aquel.

Alessandro no fue capaz de manejar el tráfico matutino de Milán con su habitual facilidad. Apenas podía concentrarse en la conducción porque no podía evitar sentirse distraído por la mujer que lo acompañaba.

–¿Has vivido siempre en Milán? –preguntó Charlie, y el tono ligeramente ronco de su voz solo sirvió para intensificar la distracción de Alessandro.

–Casi toda mi vida de adulto –contestó.

–Seb mencionó que tu familia procede de la Toscana y que se dedica a la producción de vino.

Parecía que Charlie solo quería charlar, pero Alessandro pensaba que cuando una mujer preguntaba por la familia siempre había una intención oculta. Pero ¿cuál podía ser la de Charlie?

Se encogió de hombros mientras tomaban la autopista que llevaba hasta el circuito de pruebas.

–Es cierto, pero a mí me apasionaban más los coches que el vino. En cuanto pude me trasladé a Milán, terminé mis estudios y empecé a trabajar para la empresa de mi tío. Con el tiempo logré convertirla en el éxito que es hoy en día. El resto es historia.

–¿Y este coche? ¿También forma parte de tu pasión por los coches? –el tono aterciopelado con el que habló Charlie hizo que las pulsaciones de Alessandro arreciaran.

La miró de reojo y vio que estaba observando el interior del coche con sincero interés, dejando claro que lo que había dicho Seb era cierto. No era mucho mayor que su propia hermana, pero a sus veinticuatro años ya había llegado a lo más alto de su profesión, promocionando primero el equipo de carreras de su padre y luego el de Seb. Había alcanzado el éxito por sus propios medios, y ese éxito había nacido de su pasión por los coches. Ese era el motivo por el que Seb se había empeñado en que asistiera a la presentación.

Charlie deslizó la punta de los dedos por el salpicadero del coche, dejando en evidencia ante Alessandro su amor por los coches… y también que era una mujer apasionada. La noche

anterior le había dado otra muestra evidente de ello con su beso.

Alessandro pisó el acelerador en un intento de centrar su atención en otra cosa y el coche respondió al instante.

–Impresionante –dijo Charlie rápidamente, con una mezcla de humor e ironía.

Alessandro gruñó interiormente. Charlie creía que había acelerado el coche para impresionarla, cuando lo único que pretendía era dejar de estar centrado en ella.

Afortunadamente, ya estaban cerca del circuito y no iba a tener que soportar durante mucho más tiempo aquella obligada proximidad, el ligero perfume de Charlie invadiendo sus sentidos.

Un involuntario suspiro de alivio escapó de entre sus labios cuando giró para tomar la calle que llevaba directamente al circuito de pruebas Roselli. Aparcó en la parte trasera del taller en que se hallaban todos los prototipos de los coches que estaban siendo probados.

Charlie bajó del coche sin apartar la mirada del edificio y Alessandro supo que sentía ansiedad. La tensión que denotaban sus hombros evidenciaba sus nervios.

–No tienes por qué hacer esto. Si quieres podemos ir de nuevo a mis oficinas.

Charlie se volvió a mirarlo con el ceño fruncido a la vez que alzaba una mano para apartarse el pelo de la frente.

–Quiero hacer esto y voy a hacerlo, por mucho que te empeñes en disuadirme.

Alessandro tuvo que esforzarse por no sonreír al escuchar la determinación del tono con que Charlie dijo aquello. Su mirada manifestó el mismo fuego y coraje que siempre tuvo la de Seb, aunque el verde de sus ojos era más parecido al de una esmeralda dura y brillante.

–De acuerdo –dijo con un encogimiento de hombros a la vez que se volvía hacia la entrada–. Pero el coche que vas a ver es el modelo de pruebas. El original se reserva para la presentación.

–Mejor aún. Así podré enterarme de los cambios que se han realizado desde que Seb lo condujo por última vez.

–Es una copia exacta del prototipo que condujo Seb. No ha sido necesario realizar ningún cambio desde entonces.

Charlie alzó las cejas con expresión sorprendida.

–¿Ninguno?

–No –Alessandro fue hasta la puerta y marcó su código de entrada con la esperanza de que Charlie no siguiera con aquel tema. No quería mentirle, pero a la vez temía que no fuera capaz

de asimilar la verdad.

Cuando entraron, los mecánicos que estaban trabajando en el taller volvieron la mirada hacia ellos. Alessandro notó que Charlie ignoraba sus especulativas miradas y se encaminaba directamente al coche gris aparcado en el centro del taller, listo para ellos.

Permaneció a cierta distancia mientras ella rodeaba lentamente el coche y deslizaba una mano con delicadeza por uno de sus laterales, trazando los elegantes ángulos de su aerodinámica carrocería. Alessandro no pudo evitar desear ser el coche en aquellos momentos.

–¿Puedo? –preguntó Charlie a la vez que señalaba la puerta del vehículo.

Incapaz de pronunciar palabra en aquellos momentos, Alessandro se limitó a asentir.

Cuando Charlie estuvo sentada ante el volante, se acercó al coche y se apoyó contra la puerta abierta mientras trataba de no fijarse en cómo se curvaba el asiento en torno a sus muslos. Para conseguirlo mantuvo la mirada fija en su rostro mientras Charlie devoraba abiertamente todo con ojos hambrientos. Parecía nacida para estar sentada ante un volante, y también parecía que aquel coche en particular había sido diseñado para ella.

–Es asombroso –murmuró en un tono más ronco del habitual, y Alessandro tuvo que apretar los dientes para reprimir el deseo que al instante recorrió sus venas.

–Vamos a sacarlo a la pista –dijo rápidamente a la vez que hacía una seña a los mecánicos para que abrieran las puertas del taller. El sol lo invadió todo mientras estas se alzaban silenciosamente.

–Me gustaría conducirlo –Charlie habló en un tono que hizo recordar a Alessandro a la testaruda niña con la que había crecido. Su hermana casi siempre se salía con la suya cuando utilizaba aquel tono, sobre todo con él.

–Tal vez sería mejor que lo condujera yo primero. Tú puedes sentarte y disfrutar del paseo, como habría querido Seb que hicieras.

–Si piensas eso es que no conocías bien a Seb –Charlie alzó sus delicadas cejas sugerentemente a la vez que esbozaba una sonrisa y Alessandro supo al instante que había perdido aquella batalla–. Seb habría querido que condujera yo para poder concentrarse en escuchar el coche. Querría sentir el coche y fundirse con él sin la distracción de tener que conducirlo.

Alessandro apoyó una mano en el techo del coche y se inclinó

para mirarla.

–*Va bene* –murmuró–. Puedes conducir, pero con mucho cuidado. Y yo iré contigo, por supuesto.

Charlie le dedicó una sincera sonrisa que pareció iluminar sus ojos. Alessandro decidió en aquel instante que quería que sonriera más a menudo y se autoasignó la misión de lograr que sucediera.

–Sé conducir –el sensual mohín que hizo Charlie con los labios tras decir aquello hizo que Alessandro tuviera que redoblar sus esfuerzos para refrenar el impulso de besarla.

Charlie era la primera mujer que había logrado despertar su adormecido cuerpo desde que se había liberado del error de su matrimonio, pero era territorio prohibido. Tanto que lo mismo habría dado que estuviera en la luna.

–Estoy seguro de que sabes conducir, pero después de haber tenido que tratar ya con una mujer que conducía demasiado deprisa soy reacio a volver a hacerlo.

–¿Qué mujer? –preguntó al instante Charlie.

–Mi hermana. Pero eso fue hace tiempo. A pesar de mis advertencias tomó una curva demasiado rápido y la cosa no acabó bien –Alessandro dijo aquello en tono ligero, cuando lo cierto era que le habría gustado volver atrás en el tiempo para lograr que su hermana le hiciera caso.

–No tienes que preocuparte por mí –dijo Charlie a la vez que arrancaba el coche–. A fin de cuentas, soy la hermana de Sebastian Warrington.

Pero estaba muy equivocada. Alessandro sabía que tenía que preocuparse por ella. La promesa que le había hecho a Seb implicaba que, además de lograr que asistiera a la presentación del coche, debía cuidar de ella, convertirse en una figura fraternal para ella, algo que no podría hacer si se dejaba llevar por lo que le dictaba su cuerpo cada vez que la miraba.

Charlie lo siguió con la mirada mientras rodeaba el coche para ocupar el asiento del copiloto.

–¿Estás lista? –preguntó Alessandro tras ponerse el cinturón de seguridad.

Charlie asintió y miró al frente a la vez que pisaba el acelerador y sacaba lentamente el coche al soleado exterior. Maniobró cuidadosamente hasta el circuito y comenzó a recorrerlo dosificando de forma adecuada el aumento de la velocidad.

Alessandro aprovechó su concentración en la carretera para contemplar su perfil. Llevaba el pelo sujeto en lo alto de la cabeza en una especie de desordenado moño que daba la sensación de que

acababa de salir de la cama de su amante. Llevaba los labios comprimidos en un gesto de concentración muy parecido al que solía tener Seb mientras conducía, pero en su caso resultaba realmente sexy.

El volumen del sonido del motor fue aumentando según iba adquiriendo velocidad el coche, lo que hizo salir a Alessandro del peligroso territorio en que estaban entrando sus pensamientos.

–Relájate –la risa que había en el tono de Charlie no encajaba con la concentración de su rostro y, probablemente por primera vez en su vida, Alessandro no supo qué decir. Perturbado, se dio cuenta de que le estaba poniendo nervioso. Sentía que se estaba conteniendo, que, como su hermano, quería llevar el coche hasta sus límites. Pero ¿sería capaz de hacerlo? ¿Podría conducir realmente un coche como aquel aprovechando al máximo su potencia?–. No estarás nervioso, ¿no? –añadió Charlie, y su tono burlón sirvió para hacer salir a Alessandro de su ensimismamiento–. Hace tiempo que me enseñaron a hacer esto adecuadamente.

–No –mintió Alessandro mientras trataba de relajarse–. Pero lo cierto es que no se me da nada bien hacer de copiloto. Me gusta estar siempre al mando.

Charlie le dedicó una rápida mirada llena de ironía.

–¿Estamos hablando solo de conducir?

Alessandro se rio.

–Me refería a conducir, pero ya que lo mencionas…

–Veamos de qué pasta estás hecho –le interrumpió Charlie y, antes de que Alessandro tuviera tiempo de protestar, el coche salió lanzado como un torpedo, dejándolo pegado a su asiento.

Su mente se llenó de imágenes del momento en que llegó al lugar en que su hermana, Francesca, sufrió el accidente.

–¡Reduce! –exclamó.

–No lo estropees ahora, Alessandro. Sé lo que estoy haciendo.

–¡Charlotte! –insistió él sin apartar la mirada de la curva a la que se acercaban.

Charlie apenas pudo escuchar a Alessandro por encima del ruido del motor. Los latidos de su corazón habían arreciado a causa de la excitación que le producía estar de nuevo al volante de un coche tan poderoso como aquel. Hacía mucho tiempo que no experimentaba aquella maravillosa sensación y no tenía intención de interrumpirla. Aquello era precisamente lo que necesitaba para

ahuyentar sus demonios.

Pisó con más fuerza el acelerador y se quedó maravillada al comprobar que el motor aún tenía mucho más que dar.

–Frena, Charlotte. Ahora mismo.

Alessandro dijo aquello en un tono lleno de autoridad, pero Charlie no estaba dispuesta a renunciar a aquel eufórico momento.

–¡Es asombroso! –exclamó entusiasmada mientras el coche tomaba la curva sin ninguna dificultad.

–¿Alguna vez haces caso de lo que te dicen? –preguntó Alessandro entre dientes.

Charlie se rio al percibir que estaba rígido a causa del enfado que le había producido su desobediencia.

–¿No te dijo nunca Seb que soy exasperante? –preguntó a su vez mientras tomaba una nueva y complicada curva.

–Eso es algo de lo que no hablamos, *cara.* Y ahora reduce la velocidad –añadió Alessandro en un tono cargado de firmeza y disciplina.

Charlie volvió a sonreír y sintió ganas de acelerar aún más el coche.

–¿Siempre te empeñas en estropear la diversión a los demás? –preguntó mientras reducía lo suficiente la velocidad como para poder hablar con él.

–Solo cuando mi vida está en juego –replicó Alessandro en tono mordaz.

–Tu vida no está en juego, Sandro. No seas tan dramático. Me entrenaron al máximo nivel para conducir coches como este.

–¿Quién te entrenó?

–Mi padre. Nos enseñó a Seb y a mí todo lo que sabía, así que relájate y disfruta –contestó Charlie mientras salía de una curva y volvía a presionar el acelerador al máximo en la siguiente recta.

Conducir a aquella velocidad era una sensación maravillosa, algo que no podía compararse con nada más en el mundo.

–*Dio mio*! ¡Para ya!

La aspereza del tono de Alessandro penetró finalmente la burbuja de adrenalina y excitación en que se hallaba inmersa Charlie, que, finalmente, levantó un poco el pie del acelerador.

–Estamos a medio camino del circuito. No puedo parar –protestó mientras moderaba la velocidad.

–Para ahora mismo.

–¿Ahora mismo? –repitió Charlie, irritada por tener que hacer lo que le decía Alessandro, irritada consigo misma por haber perdido el control ante él y, sobre todo, irritada con él. Si las cosas

hubieran sido distintas habría sido Seb el que hubiera estado a su lado.

–Ahora mismo, Charlotte.

–De acuerdo. Como quieras –murmuró Charlie a la vez que presionaba el freno a fondo.

Las ruedas chirriaron en protesta mientras el morro del coche se inclinaba dramáticamente hacia el asfalto.

–¿Estás loca? –exclamó Alessandro cuando el coche se detuvo.

Charlie no quería ni mirarlo. El corazón le latía con tal fuerza en el pecho que temió que fuera a estallarle. Estaba muy enfadada, pero era cierto que había perdido el control. En su afán por olvidar el verdadero motivo por el que estaba allí había sido realmente temeraria al conducir así, pero todo era culpa de Alessandro.

–Sí –replicó a la vez que se volvía hacia él–. Estoy loca por haber venido aquí contigo.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, abrió la puerta, se soltó el cinturón de seguridad y salió del coche. Necesitaba huir de allí, del coche, de Alessandro… de todo aquello de lo que llevaba doce meses tratando de ocultarse.

–¡Charlotte!

Charlie hizo caso omiso de la exasperada llamada de Alessandro y siguió avanzando sin preocuparse de adónde iba. Lo único que quería era alejarse de él, del coche, del dolor que estaba sintiendo.

Un dolor inducido por aquel hombre.

Acababa de empezar a correr cuando Alessandro la alcanzó y la aferró con firmeza por un antebrazo.

–¡Suéltame! –exclamó, furiosa, pero Alessandro se limitó a sujetarla con más fuerza y a obligarla a volverse hacia él.

–No hasta que te calmes –aunque habló despacio, la firmeza de su tono dejó bien claro que no iba a hacerle caso.

–¡No deberías haber sido tú! –Charlie fue incapaz de contener el cúmulo de emociones que estaba experimentando–. ¡Debería haberme acompañado Seb, no tú!

–No debería haberte traído aquí. No después de lo que me dijo tu padre –declaró Alessandro en tono aparentemente calmado.

–¿Mi padre? –repitió Charlie mientras trataba de liberarse de su firme agarrón–. ¿Qué te dijo mi padre?

–Que has estado ocultándote de esto desde el funeral de tu hermano –Alessandro soltó el brazo de Charlie, pero permaneció muy cerca de ella.

–No me he estado ocultando de nada… excepto de la crueldad

de los medios de comunicación…

Alessandro parpadeó, desconcertado.

–¿De los medios de comunicación?

Charlie giró sobre sí misma y volvió a alejarse de él.

–Sí, de la crueldad de los medios de comunicación –dijo por encima del hombro–. Aparecen cuando más hundido estás para remover toda la basura que pueden encontrar…

–No te alejes de mí –dijo Alessandro con aspereza, pero Charlie siguió caminando.

–Déjame en paz, Alessandro –replicó ella a la vez que se detenía para volverse–. Lleva el coche de vuelta al taller y déjame en paz.

Alessandro hizo caso omiso y siguió avanzando hasta detenerse a escasos centímetros de ella.

–No, *cara* –dijo con más suavidad mientras contemplaba atentamente su rostro.

–¿Te preocupa que te vean volver solo? –le espetó Charlie, exasperada.

–Me da igual lo que piensen. Lo único que me importa ahora mismo eres tú.

–¿Y eso a qué se debe? ¿A la promesa que le hiciste a Seb?

Alessandro frunció el ceño a la vez que negaba con la cabeza, frustrado por la actitud provocadora de Charlie.

–No del todo –murmuró a la vez que daba un paso más hacia ella.

Hipnotizada por su proximidad, por el embriagador aroma de su loción para después del afeitado, Charlie permaneció exactamente donde estaba. Cuando sus miradas se encontraron supo con certeza que Alessandro estaba experimentando las mismas sensaciones que ella.

Lentamente, sin apartar la mirada, alzó levemente la barbilla y vio cómo se oscurecía la mirada de Alessandro un instante antes de que inclinara la cabeza hacia ella para reclamar sus labios.

Capítulo 5

CHARLIE cerró los ojos mientras sentía que su cuerpo se debilitaba bajo el hambriento beso de Alessandro. Justo cuando pensaba que sus piernas no iban a ser capaces de sostenerla un segundo más, él la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo, dejando en evidencia su deseo por ella.

Charlie se preguntó qué estaba haciendo besando a aquel hombre y, peor aún, deseando mucho más que un simple beso.

Aunque sabía que debería haberse quedado quieta, alzó los brazos para rodearlo por el cuello mientras sentía que su cuerpo ardía de deseo por aquel hombre, al que en realidad debería odiar más que a nadie en el mundo.

–Esto es… –comenzó a decir cuando Alessandro apartó finalmente los labios de los suyos para besarla en el cuello.

–Asombroso, ¿no? –murmuró él con voz ronca.

«Esto es un error que no debería estar sucediendo».

Aquellas palabras resonaron en el interior de la cabeza de Charlie, pero fue incapaz de pronunciarlas porque Alessandro volvió a besarla tan profunda y apasionadamente que lo único que logró hacer fue dejar escapar un gemido de placer.

Cuando Alessandro volvió a deslizar los labios hacia su cuello, Charlie echó instintivamente atrás la cabeza mientras él alcanzaba con sus besos el comienzo de sus pechos, visible bajo el escote de su blusa.

La pasión estalló cuando Alessandro le besó un pezón y humedeció la tela de la blusa. Sin pensar en lo que hacía, Charlie hundió los dedos en su pelo para retenerlo allí mientras un dulce gemido de total rendición escapaba de su garganta.

–Esto también está bien, ¿verdad? –murmuró Alessandro con la respiración agitada mientras dedicaba al otro pezón las mismas atenciones.

–Es demasiado bueno… pero es un error –replicó Charlie con los ojos cerrados a causa del placer que estaba experimentando.

–Será un error, *cara*, pero parece un completo acierto…

–No deberíamos…

El sonido de unas bocinas que se acercaban hizo que

Alessandro se irguiera de repente, dejando a Charlie completamente aturdida.

–*Maledizione* –masculló–. Debería haber supuesto que nos habían visto.

Cuando Charlie fue consciente de los sonidos, entre los que también reconoció el de unas sirenas de emergencia, se apartó prácticamente de un salto de Alessandro, algo que, afortunadamente, a él no pareció importarle.

¿En qué había estado pensando?, se recriminó. En nada. Absolutamente en nada. Ese era el problema. No había estado pensando en nada. Había permitido que las emociones se adueñaran por completo de ella, pero la próxima vez que hablara con su padre estaba decidida a averiguar de qué había hablado exactamente Alessandro con él.

Alessandro respiró profundamente para tratar de calmarse mientras volvía a la pista. La ambulancia que se acercaba llegó al coche a la vez que él. No necesitó mirar atrás para saber que Charlie lo estaba siguiendo. Cada terminación nerviosa de su cuerpo era intensamente consciente de cada paso que daba con sus largas piernas.

Tras hablar brevemente con el conductor de la ambulancia, este volvió a alejarse con el vehículo.

¿Qué habría pasado si no los hubieran interrumpido?, se preguntó. El mero hecho de imaginarlo hizo que los latidos de su corazón arreciaran de nuevo.

–Entra –ordenó con aspereza, consciente de que aquella era la única manera de enfrentarse a aquella situación. No tenía por costumbre negar las evidencias, pero sabía que en aquellos momentos era la mejor táctica que podía seguir.

Ocupó el asiento del conductor y permaneció con la vista fija hacia delante mientras Charlie se sentaba a su lado.

–Lo siento –murmuró ella en un tono apenas audible.

¿Qué sentía?, se preguntó Alessandro. ¿Haber conducido como una loca o la llamarada de deseo que había estallado entre ellos? En cualquier caso, no quería sus disculpas. Lo único que quería era alejarse de ella cuanto antes para volver a alzar las barreras que tan cuidadosamente se había ocupado de mantener durante aquellos últimos años a su alrededor.

No quería quedar emocionalmente expuesto a ninguna mujer, pero Charlie había logrado introducirse bajo su radar y se estaba

acercando peligrosamente a destruir las defensas que había erigido en torno a su corazón tras el fracaso de su matrimonio. Y para ello solo habían hecho falta unos besos.

–No puedo creer que hayas conducido de ese modo. ¿Qué crees que habría dicho Seb? –dijo, aferrándose a lo primero que se le pasó por la cabeza para utilizarlo como arma contra el deseo que aún latía en su interior y que amenazaba con aflorar de nuevo a causa de la cercanía de Charlie.

–A Seb le habría gustado. Me enseñó a conducir así, pero, a juzgar por tu reacción, supongo que no llegó a decirte que trabajé como piloto de pruebas para el equipo de mi padre. Puedo conducir tan rápido y con tanta seguridad como cualquier piloto profesional.

–Puede que eso sea cierto, pero estoy seguro de que no habría querido que arriesgaras la vida –replicó Alessandro, enfadado.

–¿Te he asustado? –preguntó Charlie tras unos momentos de tenso silencio.

–Claro que me has asustado. Ya sabías que tuve que ocuparme de mi hermana después de que sufriera el accidente –contestó Alessandro, que no estaba dispuesto a revelarle la verdadera causa de su temor. Hacerlo habría supuesto profundizar en lo que acababa de pasar entre ellos, aceptar que había algo, una innegable atracción que se adueñaría de la situación a la más mínima oportunidad.

–No sé qué tiene que ver mi forma de conducir con el choque que tuvo tu hermana.

–Ese «choque» hizo que mi hermana tuviera que aplazar los estudios de su último año en la universidad, y todo porque no quiso reducir la velocidad, como le pedí que hiciera.

–¿Qué sucedió? –preguntó Charlie con curiosidad.

Alessandro condujo en silencio mientras entraba con el coche en el taller, agradecido al ver que la mayoría de los mecánicos había tomado la sabía decisión de esfumarse. Los que seguían allí se comportaron como si ni siquiera hubieran llegado.

Tras apagar el poderoso motor del prototipo, respiró profundamente y se volvió hacia Charlie.

–Mi hermana tomó una curva demasiado rápido, chocó contra un muro y acabó en el hospital. Y todo porque no quiso hacerme caso.

–Pero yo soy una conductora experimentada. Como ya te he dicho, fui piloto de pruebas del equipo de Seb.

La calmada expresión de Charlie solo sirvió para exasperar aún

más a Alessandro. ¿Acaso no se daba cuenta de las similitudes que había entre Seb y ella? Él también había sido un piloto experimentado, un gran piloto, y, sin embargo, estaba muerto.

–La habilidad y la experiencia no lo son todo, *cara*.

Al ver que Charlie fruncía el ceño, Alessandro tuvo la sensación de que acababa de meterse en un lío.

–¿Me estás diciendo que Seb condujo un coche que nunca debería haber salido a la pista? ¿Es eso lo que me estás diciendo? –preguntó en tono acusador.

Alessandro sabía que no era el coche el que no debería haber salido a la pista aquella noche, sino el conductor. Si él no hubiera estado reunido con unos importantes clientes, tal vez se habría dado cuenta del estado en que se encontraba Seb y le habría impedido salir a probar el coche.

–Nadie sabía que Seb estaba aquí, Charlotte. Él decidió sacar el coche por su cuenta –contestó, tratando de imprimir un tono de paciencia a cada una de sus palabras.

Charlie estaba sufriendo y aquel era el momento que había estado temiendo, el momento en que decidiera acusarlo de negligencia sin que él pudiera hacer nada por negarlo… al menos si quería mantenerla ajena a la terrible verdad.

–Si vivíais en la misma casa, ¿cómo es posible que no supieras que había venido al circuito de pruebas? –insistió Charlie.

–Compartíamos la casa, pero eso no significaba que supiera lo que hacía cada segundo de su vida. Pensé que aquella noche tenía una cita.

–¿Y cómo es que llegaste al circuito pocos minutos después del accidente?

–¿Me estás interrogando?

–Por supuesto –replicó Charlie a la vez que alzaba la barbilla en un gesto testarudo.

–*Va bene*. Para tu información, acababa de mantener una importante reunión de trabajo y decidí pasar por aquí a recoger unos papeles. Quería repasar todos los aspectos de los problemas que tuvimos con el primer prototipo. El segundo acababa de salir del taller y quería hablar con Seb del tema.

–¿Y Seb ya estaba en la pista conduciendo el coche?

–Cuando llegué vi el coche de Seb en el aparcamiento, pero pensé que solo había ido para examinar algo con un mecánico. Pero en cuanto vi que el prototipo no estaba en el taller, salté a una de nuestras camionetas y salí a buscarlo. Por eso llegué al lugar del accidente pocos minutos después de que hubiera

sucedido.

Un tembloroso suspiro escapó de entre los labios de Charlie a la vez que bajaba la mirada.

–Gracias –susurró.

Alessandro tuvo que apretar los puños con fuerza para no abrazarla y consolarla. La deseaba tanto que no se fiaba de sí mismo.

–Vamos. Ya ha sido suficiente por hoy. Voy a llevarte de vuelta al apartamento.

Charlie bajó del coche y se encaminó hacia la salida sin mirar atrás. Alessandro la alcanzó rápidamente y le pasó un brazo por los hombros con intención de reconfortarla un poco.

–No –dijo Charlie a la vez que se apartaba de él y se detenía junto a la puerta del pasajero del coche en que habían llegado.

Alessandro masculló una maldición para sí. No debería haber respondido a su beso de la noche anterior y no debería haberla besado como acababa de hacerlo en la pista. Después de aquello ya no podía consolarla ni mantener la promesa que le había hecho a Seb de cuidarla como un hermano. Aquella se había vuelto una tarea imposible.

El trayecto de regreso al apartamento se hizo muy largo, pues Charlie se mantuvo en total silencio. Estaba completamente conmocionada por su comportamiento. Jamás se había arrojado con tal abandono entre los brazos de un hombre, y no comprendía cómo había podido reaccionar de aquel modo en la pista, al margen de por el mero deseo. Lo único que quería en aquellos momentos era estar sola en la cama para tranquilizar su cuerpo y el dolor de su corazón.

–Esta tarde tengo que trabajar en la oficina –dijo Alessandro cuando ya se encontraban en el apartamento, y Charlie supo que solo estaba tratando de escabullirse, de evitar una conversación sobre lo que acababa de pasar entre ellos, algo que agradeció, pues ella tampoco quería tener que hablar de ello.

–Puede que yo salga de compras –dijo en el tono más desenfadado que pudo–. Necesito algo adecuado para mañana por la tarde.

–Pediré que envíen un coche a recogerte dentro de unas horas. Hasta entonces te conviene descansar.

Descansar. Charlie dudaba mucho que fuera a poder descansar, pero al menos se alegraba de tener la posibilidad de pasar un rato

a solas.

–Yo no volveré esta noche –dijo Alessandro secamente a la vez que volvía a tomar las llaves de la mesa en que las había dejado al entrar.

Charlie parpadeó, perturbada. ¿Lo estaba echando de su propia casa?

–¿Por mi culpa? –murmuró.

–No. Por la mía –replicó Alessandro con severidad–. Creo que eso será lo mejor. He traspasado algunas barreras que no debería haber traspasado, y eso no debe volver a suceder.

Charlie asintió lentamente.

–Pero eso no implica que tengas que irte de tu casa.

–Claro que sí, Charlie. Necesito hacerlo, porque le prometí a Seb que cuidaría de ti.

–Y me estás cuidando –Charlie sabía que debería dejarle irse, porque de la que no se fiaba realmente era de sí misma.

–Me encargaré de que alguien de mi equipo se ocupe de que tengas todo lo necesario y habrá un coche con conductor a tu disposición para que puedas ir a donde quieras. Nos veremos en la presentación oficial del coche.

–¿No nos vamos a ver hasta entonces? –preguntó Charlie, incrédula. La presentación iba a tener lugar al día siguiente. ¿Pensaba Alessandro mantenerse lo más alejado que pudiera de ella durante las siguientes veinticuatro horas? ¿Acaso significaban tanto para él las barreras que habían cruzado?

Alessandro se quedó mirándola, deseando más que nada en el mundo tomarla entre sus brazos para aspirar su dulce aroma. Pero no podía. Sabía que hacerlo sería desastroso. Ya había comprobado que Charlie podía hacerle perder por completo la cabeza, y si se quedaba allí no habría barrera capaz de detenerlo.

–Será mejor que no –dijo con toda la calma que pudo, y no se le pasó por alto la decepcionada expresión del rostro de Charlie.

–Pero esta es tu casa… –añadió ella, confundida.

–Esta noche es tuya. Yo iré a algún otro sitio.

–¿A casa de alguna amiga? –avergonzada por lo que acababa de preguntar, Charlie bajó la mirada.

Alessandro interpretó de inmediato lo que estaba pensando y decidió no desmentirlo. Tal vez así se aplacaría la intensa electricidad que había entre ellos y el deseo que sentía por ella. Porque aquel deseo no podía llegar a realizarse si quería conservar la cordura y honrar la promesa que le había hecho a Seb.

–Algo así –mintió a la vez que se encaminaba hacia la puerta,

consciente de que lo que iba a hacer era dormir en su despacho, algo que hacía ocasionalmente cuando tenía mucho trabajo–. *Buonanotte, cara*. Que duermas bien.

Capítulo 6

YA HABÍAN pasado casi veinticuatro horas desde que Alessandro se había ido del apartamento. Charlie pasó las primeras horas en su habitación, la que había ocupado Seb antes que ella, buscando cualquier cosa que hubiera dejado su hermano y que le sirviera para sentirse más conectada con él, para saber qué había estado haciendo los días anteriores al accidente. Pero no encontró nada, y comprendió que era una tontería esperar encontrar alguna evidencia en la habitación un año después de que su hermano la hubiera ocupado.

Finalmente, salió del dormitorio, se acercó a los ventanales del apartamento y contempló las espléndidas vistas que ofrecían de Milán mientras esperaba la llegada de Alessandro. Había recibido una llamada anunciándole su llegada y no había podido evitar un sensual estremecimiento de anticipación al escuchar su profunda voz. Cuando el reloj del salón dio las seis comenzó a tener dudas sobre el largo vestido rojo que había elegido aquella mañana para asistir a la presentación.

Pero ya era demasiado tarde, porque en aquel momento vio que el coche de Alessandro se detenía ante el portal del edificio. Cuando salió vio que vestía un esmoquin negro que le daba un aspecto increíble. Parecía el sueño de cualquier mujer hecho realidad. Incapaz de apartar la mirada, permaneció contemplándolo, aprovechando el anonimato que le daba su lugar de observación.

Pero, como si hubiera intuido su presencia, Alessandro alzó de pronto la cabeza. A pesar de las tres plantas que los separaban, sus miradas se encontraron como si estuvieran a escasos centímetros de distancia y a Charlie se le disparó el pulso al instante. Si era capaz de afectarla de aquel modo desde aquella distancia, ¿qué iba a suceder cuando lo tuviera delante?

No tuvo que esperar mucho para comprobarlo porque, unos instantes después, Alessandro entraba en el apartamento.

Al ver a Charlie junto a los ventanales, se detuvo y la miró lentamente de arriba abajo, deteniendo un momento la vista en sus sandalias rojas de tacón alto, que añadían unos centímetros a

su ya considerable altura. Ella le devolvió la mirada con expresión desafiante, desesperada por no dejarle entrever que se estaba derritiendo por dentro.

–*Sei bellisimo* –murmuró Alessandro mientras avanzaba hacia ella.

Charlie bajó la mirada, avergonzada. El vibrante vestido rojo que había comprado en un momento de desafío estaba teniendo más efecto del que se había imaginado.

–¿Te parece… demasiado?

Alessandro se detuvo ante ella y apoyó una mano bajo su barbilla para hacerle alzar el rostro.

–Estás preciosa.

–Gracias –Charlie aceptó tímidamente su cumplido y dio un paso atrás para alejarse de la tentación. Tan solo era capaz de pensar en volver a besarlo, en sentir cómo la estrechaba contra su poderoso cuerpo–. Me alegra que te guste mi elección.

Alessandro no dijo nada. No hacía falta. La intensidad de su ardiente mirada lo decía todo.

Sin apenas aliento, Charlie se mordió el labio inferior.

–Será mejor que nos vayamos –murmuró Alessandro, y Charlie comprendió que se estaba esforzando tanto como ella por luchar contra la atracción que sentía por ella.

–Sí –contestó, y avanzó rápidamente hacia la puerta. Tras haber pasado varios años manteniendo a los hombres a raya, lo que más deseaba en aquellos momentos era que Alessandro la traspasara. ¿Se trataría tan solo de deseo, o acaso estaba dispuesta a volver a poner en juego su corazón?

Al oír el resonante golpe con que Alessandro cerró la puerta del apartamento, se volvió hacia él, sorprendida.

–¿Sucede algo malo?

–Sí. Sucede algo malo –el profundo tono de la voz de Alessandro resonó como una enorme campana en el interior del cuerpo de Charlie, que fue incapaz de moverse cuando él inclinó la cabeza para rozarle los labios con los suyos.

Charlie suspiró de placer y se inclinó hacia él. Por mucho que quisiera negarlo, deseaba a aquel hombre, y su cuerpo reclamaba una satisfacción. ¿Cómo podía estar mal algo tan potente, tan poderoso? ¿Acaso iba a tener que entregar su corazón para saborear el intenso deseo que palpitaba entre ellos?

–Sí sucede algo malo, *mia cara* –Alessandro apartó ligeramente los labios de los de ella para decir aquello.

Charlie respiró profundamente para tratar de calmar los

erráticos latidos de su corazón.

–¿Y por qué es malo? –preguntó.

–Es malo porque le prometí a Sebastian que cuidaría de ti –contestó Alessandro a la vez que se apartaba de ella, dejando a Charlie con una sensación de debilidad tal que temió caerse al suelo–. No le prometí seducir a su hermana, y ahora mismo eso es en lo único en que soy capaz de pensar.

La admisión de Alessandro de su deseo por ella hizo que el cuerpo de Charlie vibrara con una necesidad desconocida hasta entonces por ella, una necesidad que exigía una satisfacción.

–Pero vamos a llegar tarde –dijo lo primero que se le pasó por la cabeza para evitar enfrentarse a lo que estaba sucediendo entre ellos.

Alessandro dejó escapar una risa tan ronca y sexy que Charlie se ruborizó. ¿Por qué había dicho aquello?

–¿Es eso una invitación, *cara*? –dijo Alessandro a la vez que miraba rápidamente la hora en su reloj–. Cuando hago el amor con una mujer me tomo mi tiempo en dar placer y recibirlo. Tienes razón. Si volvemos a entrar en el apartamento llegaremos tarde. Muy tarde.

La sonrisa de sus labios, la invitación de sus ojos, fueron demasiado, y sirvieron para recordar a Charlie por qué estaba allí.

–Eso no puede suceder, Alessandro. No estoy aquí para convertirme en tu última conquista.

–¿Estás segura de eso, *cara*? –Alessandro se cruzó de brazos y se apoyó contra la puerta a la vez que esbozaba una demoledora sonrisa.

–¡Eres imposible! –protestó Charlie, que a continuación se volvió y empezó a bajar las escaleras.

Alessandro la siguió riendo suavemente y ella dejó escapar un gruñido de exasperación.

Una vez abajo, salió del edificio y se encaminó rápidamente hacia el coche que los aguardaba junto a la acera. El conductor salió rápidamente al verlos para abrirles la puerta.

Una vez dentro, Charlie agradeció que el interior del vehículo fuera tan espacioso. Así al menos no se vería obligada a permanecer sentada demasiado cerca de Alessandro durante el trayecto. Pero aquella momentánea sensación de alivio se desvaneció en cuanto él la siguió al interior.

Daba igual que estuviera cerca o lejos, porque parecía ocupar todo el espacio.

Miró por la ventanilla mientras el coche se alejaba, dejando

atrás el histórico centro de Milán y su impresionante catedral, y trató de aparentar un interés que estaba muy lejos de sentir después de lo que acababa de suceder junto a la puerta del apartamento. No se atrevía a mirar a Alessandro. No quería ver el ardiente deseo que había en sus ojos. No en aquellos momentos, en la noche de la presentación pública del coche… un momento que en su corazón era solo para su hermano.

Alessandro experimentó un intenso alivio cuando llegaron al hotel en que iba a tener lugar la presentación. Al menos, con un montón de gente a su alrededor, podría distraerse un poco del deseo que había estallado en su interior como un volcán cuando había visto a Charlie con aquel vestido rojo que dejaba uno de sus hombros al descubierto.

La deseaba. La deseaba más de lo que había deseado nunca a ninguna mujer.

El conductor abrió la puerta para ellos y cuando salieron del vehículo fueron recibidos por los flashes de las cámaras de los numerosos periodistas reunidos para la ocasión.

–No esperaba que hubiera tantos –murmuró Alessandro mientras empezaba a subir las escaleras con Charlie tomada de la mano–. Siento no haberte advertido de esto.

–Yo sí lo esperaba –dijo Charlie a la vez que sonreía y se enfrentaba a las cámaras sin ningún reparo–. Pero la verdad es que tampoco me imaginaba que fuera a haber tantos.

Alessandro pasó un brazo por su cintura para atraerla contra su costado mientras posaban unos momentos para los reporteros. Seb ya le había dicho que su hermana sabía mejor que nadie cómo manejar a la prensa para beneficiar a su equipo, y tuvo que reconocer que era cierto. Pero no pudo evitar una punzada de culpabilidad al pensar que en aquella ocasión lo estaba haciendo bajo coacción.

Cuando finalmente entraron en el salón del hotel en que iba a tener lugar la celebración se produjo un momentáneo silencio mientras todos los presentes se volvían a mirarlos. Junto a Alessandro, Charlie respiró profundamente, se irguió, y una deliciosa sonrisa curvó sus voluptuosos labios.

–Parece que hay un montón de gente por aquí deseando conocerte –murmuró Alessandro solo para sus oídos.

–Mi presencia aquí es una forma de absolverte de cualquier sospecha… al menos frente a los medios de comunicación –replicó

Charlie sin dejar de sonreír, y Alessandro comprendió de pronto cómo debía de estar sintiéndose, lo que debía de estar suponiendo todo aquello para ella tras la muerte de su hermano.

–No era esa mi intención –Alessandro apoyó una mano en la parte baja de la espalda de Charlie y trató de ignorar el calor que emanaba de su cuerpo.

–No. No creo que lo fuera –Charlie lo miró con una sonrisa en los labios, pero Alessandro supo que por dentro estaba sufriendo. Lo vio en su mirada y quiso protegerla de aquel dolor.

Mientras el murmullo de las conversaciones volvía a crecer a su alrededor, Alessandro tomó dos copas de champán de la bandeja de un camarero que se había acercado a ellos y ofreció una a Charlie, consciente de la admiración con que la mayoría de los hombres presentes observaban a su acompañante.

Experimentó una inmediata punzada de celos, pero la rechazó al instante con toda la firmeza que pudo. Charlie no era suya y nunca podría serlo. Pero su afán por protegerla y mantenerla a su lado se vio frustrado cuando, pocos minutos después, se vieron inevitablemente separados el uno del otro.

A pesar de todo, y mientras Charlie se hallaba en el otro extremo del salón charlando y riendo con varios famosos corredores italianos, Alessandro no dejó de ser consciente de ella ni un instante, de su risa, de su voz, que no hicieron más que alimentar el deseo y la pasión que no habían dejado de crecer en su interior desde que la había besado.

Un rato después, y tras haber pronunciado el breve discurso que había preparado para la ocasión, Alessandro hizo un gesto para que se apartaran las cortinas tras las que se hallaba el coche, oculto bajo una gran tela negra.

Mientras surgía de entre todos los presentes un murmullo de evidente intriga y aprecio, en lugar de hacer la seña para que retiraran la tela, Alessandro se volvió de nuevo hacia la audiencia.

–Antes de nada, me gustaría presentar a todos aquellos que no la conozcan ya a Charlotte Warrington, la hermana del magnífico piloto Sebastian Warrington, al que tanto echamos todos de menos y sin cuya dedicación y talento habría resultado imposible desarrollar al máximo las capacidades del coche que me enorgullezco en presentaros a todos en su nombre.

A continuación, sin más preámbulos, hizo la seña para que se retirara la tela negra que cubría el vehículo.

Tras unos instantes de asombrado silencio, el público prorrumpió en exclamaciones de admiración y aplausos ante el

impresionante coche de color rojo brillante que apareció ante su vista.

Cuando Alessandro miró a Charlie, vio que avanzaba lentamente hacia el coche. El color de su vestido encajaba a la perfección con el del vehículo, pero la sonrisa que hasta hacía unos momentos había curvado sus labios se había esfumado por completo. La expresión de tristeza que había sustituido a aquella sonrisa hizo que los aplausos de los presentes se volvieran más tibios.

Alessandro se encaminó rápidamente hacia ella, aunque sin saber muy bien qué decir ni cómo ofrecerle su apoyo, y lamentó que hasta aquel momento no hubiera visto más que el prototipo gris de prueba.

–¿Charlotte?

Charlie se volvió lentamente hacia él.

–Es maravilloso, Sandro.

A Alessandro no se le pasó por alto que había utilizado el diminutivo familiar de su nombre, lo que le hizo comprender que había dejado caer sus barreras de defensa. Era obvio que en aquellos momentos se sentía totalmente expuesta y vulnerable, y todo debido a su falta de tacto, de sensibilidad.

–Tendrías que haberlo visto ayer por la tarde –murmuró, incapaz de añadir nada más.

–Seb se habría sentido muy orgulloso –contestó Charlie con suave firmeza antes de volverse de nuevo hacia el público con una radiante sonrisa en los labios.

Mientras los asistentes rodeaban entusiasmados el coche para poder verlo de cerca, Alessandro volvió a pasar un brazo por los hombros de Charlie, consciente de que necesitaba su apoyo.

–Seb se habría sentido muy orgulloso de ti –dijo con delicadeza–. Tu belleza y ese vestido eclipsan por completo al coche.

Charlie se rio con tristeza.

–No era esa mi intención, desde luego –dijo con sinceridad. Si hubiera sabido que el coche era rojo habría elegido otro color para su vestido, pero el rojo siempre había sido el favorito de Seb–. Debería haber supuesto que Seb habría querido que el coche fuera rojo.

Al ver que Alessandro no decía nada lo miró y captó en su rostro la tensión que estaba experimentando. Para diluir el momento, tomó dos copas de champán de la bandeja que les estaba ofreciendo un camarero y entregó una a Alessandro.

–Por Seb –dijo él de manera casi automática.

–Por Seb –repitió Charlie sin dejar de mirarlo, consciente de que el fuego y la tensión sexual que había entre ellos no solo no había amainado, sino que no hacía más que aumentar.

No podía negarlo por más tiempo.

No quería negarlo.

Quería estar con él, quería besarlo y que él la besara, apasionadamente, sin control ni barreras de ninguna clase. Quería que la acariciara, que la estrechara contra su cuerpo. Pero sabía que los hombres como Alessandro Roselli nunca querían nada más que una breve aventura. Había aprendido aquello por el camino difícil después de haber caído en los brazos de un prometedor piloto que, a pesar de sus promesas de amor, solo la había estado utilizando para avanzar en su carrera.

A pesar de todo, quería explorar lo que había entre ellos, pero solo si Alessandro estaba dispuesto a aceptar que no se comprometiera a nada. No quería volver a exponer su corazón al dolor. Pero ¿bastaría una noche para aplacar el deseo que sentía?

–La noche ha sido todo un éxito, y en gran parte gracias a ti. *Grazie molto* –dijo Alessandro, y sus palabras hicieron salir a Charlie de su sensual ensimismamiento.

–Pero la noche aún no ha terminado –Charlie apenas se pudo creer que acabara de decir aquello, que acabara de ofrecerse a Alessandro de una forma tan evidente.

Y, a juzgar por la sorprendida expresión de Alessandro, él tampoco se lo había esperado.

Sin apartar la mirada de ella, Alessandro volvió a alzar su copa.

–En ese caso, brindo por que el éxito se prolongue durante toda la noche –murmuró con voz ronca.

Charlie experimentó una repentina timidez que hizo esfumarse al instante la audacia de la que acababa de hacer gala. Bajó la mirada y observó el champán de su copa como esperando que sus burbujas le dieran alguna respuesta.

–Lo siento, no debería haber…

Pero sus palabras de disculpa se vieron interrumpidas por la sonora voz que resonó en aquel instante a sus espaldas. Cuando se volvió vio a su padre, que estrechó efusivamente la mano de Alessandro antes de inclinarse para besarla en la mejilla.

–Siento que mi vuelo se haya retrasado –dijo, sonriente, ajeno a la tensión que aún palpitaba entre ellos–. Pero ya me he enterado de que la presentación ha sido todo un éxito. Seb se habría sentido muy orgulloso de ti, cariño.

–No sabía que ibas a venir –dijo Charlie, profundamente agradecida a su padre por haberse presentado en aquel momento tan delicado.

–No voy a poder quedarme mucho rato. Tengo que volar a Roma dentro de unas horas, pero tenía que venir para ver cómo regresabas al mundo real como una mariposa, cariño, y, además, como una mariposa preciosa.

Charlie supo por la sonrisa y la expresión de su padre que se sentía realmente orgulloso de ella, y que estaba muy contento de que hubiera vuelto a salir a la luz.

–¿Y el coche? –el padre de Charlie se volvió hacia Alessandro–. ¿Cómo han ido las últimas pruebas?

Unos momentos después, estaban inmersos en una conversación técnica en la que, en otras circunstancias, Charlie habría intervenido como uno más, pero sabía que tenía que distanciarse de Alessandro para que las cosas se enfriaran entre ellos. Tal vez había llegado el momento de atender a los posibles compradores del nuevo modelo, de hacer aquello para lo que había acudido allí aquel día.

Alessandro observó a Charlie, que estaba charlando animadamente con varias personas, en su mayoría hombres, sobre los complejos aspectos técnicos del nuevo coche. Sabía que estaba sobradamente cualificada para hablar de ello, y también para conducir el vehículo, pero en lo único que lograba pensar en aquellos momentos era en sus labios, en las deliciosas y ardientes sensaciones que había experimentado teniéndola entre sus brazos.

Una especie de instinto territorial desconocido hasta entonces para él le hizo acercarse al círculo de embobados corredores profesionales y hombres de negocios que la estaban escuchando.

–Gracias, señores –dijo con firmeza, e ignoró la sorprendida mirada que le dedicó Charlie–. Pueden acudir a nuestras oficinas cuando lo deseen para consultar cualquier duda que puedan tener sobre el modelo. Para nosotros será un placer atenderles en todo lo que podamos.

Cuando el círculo de personas que rodeaba a Charlie se deshizo y los pocos invitados que aún quedaban abandonaron el salón, Alessandro miró a Charlie y vio cómo se oscurecían sus ojos. La tímida sonrisa que le dedicó hizo que el deseo que había estado conteniendo toda la tarde resurgiera con toda su fuerza y, sin pensárselo dos veces, recorrió la escasa distancia que los separaba

y la tomó entre sus brazos para besarla. Sabía mejor que nunca, y la anticipación que había experimentado durante aquellas últimas horas había hecho que la espera mereciera la pena.

Acarició su mejilla mientras la besaba y, cuando el beso se volvió más profundo, la apasionada respuesta de Charlie le hizo comprender que solo había una manera de aplacar las llamas que amenazaban con consumirlo.

Apenas consciente de lo que hacía, le hizo tumbarse de espaldas contra el capó del coche y presionó contra su pelvis la poderosa evidencia de su excitación.

–Sandro… –murmuró ella débilmente contra sus labios a la vez que lo empujaba para apartarlo.

Alessandro tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no arrancarle el vestido y tomarla allí mismo, sobre el coche. Aquello no podía suceder allí y, si no dejaba de besarla, había muchas probabilidades de que acabara sucediendo.

Cuando se apartó vio que Charlie agitaba sus oscuras pestañas en un revelador gesto de la pasión que estaba experimentando.

–Mi coche espera fuera.

¿Recordaría la encubierta promesa que le había hecho cuando había dicho que la noche aún era joven? Por la forma en que había reaccionado a sus besos parecía que sí, pero ¿lo deseaba tanto como para dejar a un lado sus diferencias durante al menos una noche?

Cuando la tomó de la mano y comenzaron a alejarse del coche, un movimiento captó la atención de Alessandro. Al volverse vio que un fotógrafo estaba guardando rápidamente su cámara en una bolsa. Frunció el ceño, desconfiado, pero la sensación de la mano de Charlie en la suya y su cercanía le hizo olvidar de inmediato sus sospechas. Tenía cosas mucho más interesantes en las que pensar en aquellos momentos que en un pícaro fotógrafo.

–La presentación ha sido todo un éxito, ¿no te parece? –preguntó Charlie cuando salieron al exterior, donde les aguardaba el coche.

–Eso creo, y espero que las cosas sigan por el mismo camino.

Una vez en el interior del vehículo, Alessandro estrechó a Charlie contra su costado y ella apoyó la cabeza en su hombro como si ya hiciera mucho tiempo que se conocieran. Alessandro no quería besarla allí. No se fiaba de lo que pudiera llegar a hacer si las cosas se calentaban. No. Aquel juego tenía que ser jugado en su dormitorio, donde nada ni nadie podría distraerlos.

Capítulo 7

EN CUANTO entraron en el apartamento, Alessandro tomó a Charlie con ambas manos por la cintura y la atrajo hacia sí.

–Quiero volver a besarte –murmuró sin apartar la mirada de su rostro.

Charlie solo fue capaz de pensar en lo atractivo que estaba con el pelo ligeramente revuelto, el nudo de la corbata aflojado y el botón superior de la camisa desabrochado; parecía la representación exacta del sueño de cualquier jovencita hecho realidad. Sonrió, repentinamente segura de que aquello era lo que deseaba. Alessandro era la clase de hombre que no quería ningún compromiso en sus relaciones y, por primera vez en su vida, ella tampoco. No quería pensar más allá de aquel momento.

–Sé que no debería, pero quiero hacerlo –añadió Alessandro mientras la atraía hacia sí.

–¿Y por qué no deberías?

–Prometí a Seb que cuidaría de ti, no que te seduciría.

–A Seb no le habría importado –dijo Charlie sin poder eliminar un matiz ligeramente burlón en su tono.

Alessandro estaba luchando contra aquella atracción tanto como ella, lo que le hacía desearlo aún más. Quería sus besos, sus caricias, quería ser totalmente suya… al menos por aquella noche.

–Yo quiero que vuelvas a besarme, Sandro.

–Si lo hago no seré capaz de detenerme, Charlie. Esta vez no.

Pero Charlie no quería que se detuviera. La pasión que había surgido entre ellos desde su primer encuentro necesitaba llegar a su conclusión natural. No había otra opción. No podía negarse a la intensa atracción que sentía por él, una experiencia totalmente nueva para ella.

–No voy a pedirte que te detengas, Sandro –murmuró roncamente.

Alessandro la estrechó contra su cuerpo.

–*Mia cara*, te he deseado desde el primer momento en que te vi.

Charlie experimentó un momentáneo pánico ante la seriedad de su tono. ¿Querría Alessandro algo más que aquel momento, que

aquella noche con sus promesas de placer? No era lo que ella quería. No podía ofrecerle más que aquello.

–No sirvo para las relaciones duraderas, Sandro –dijo a la vez que apoyaba ambas manos contra su pecho. La imagen de Alessandro y ella juntos y felices en el futuro no llegaba a formarse como una posibilidad real en su mente. No se trataba solo de no querer arriesgar su corazón. Se trataba de liberar su dolor, su pena, y aún no estaba preparada para ello–. Esto es todo lo que te puedo ofrecer.

–Me parece que te estás poniendo muy seria, *cara* –dijo él antes de besarla en la frente–. ¿No te parece que mi divorcio es suficiente prueba de que no soy capaz de comprometerme en una relación? Esta noche nos pertenece a nosotros, *cara*.

Charlie se quedó momentáneamente conmocionada al escuchar aquello. Pero la conmoción que le produjo saber que Alessandro estaba divorciado quedó rápidamente aplacada por la pasión que bullía en su interior. Aquello implicaba que él tampoco estaba interesado en las relaciones duraderas, y lo único que quería ella era perderse en aquel momento, olvidar que el mundo existía.

–Bésame, Sandro.

En respuesta a su petición, Alessandro la besó con tal delicadeza que Charlie quiso gritar. Sus anteriores besos habían sido duros, exigentes, pero aquel estaba siendo tan tierno, tan amoroso… La estaba sosteniendo como si fuera una frágil flor que temiera aplastar entre sus brazos.

Cuando empezaba a temer no poder soportar más aquel tormento, Alessandro la tomó de la mano y la condujo hasta su dormitorio.

Tras echar las cortinas y encender las lámparas de las mesillas, Alessandro regresó a su lado y la rodeó con sus brazos. Siguiendo sus instintos, Charlie alzó las manos y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Cuando el poderoso pecho de Alessandro quedó al descubierto, deslizó las manos por sus pectorales con una audacia que la dejó impresionada. Y cuando, como atraída por un poderoso imán, deslizó la punta de la lengua por su morena piel, no tuvo más remedio que preguntarse quién era aquella mujer audaz y seductora que parecía haberse adueñado de su personalidad. Aquella era una faceta suya que ni siquiera sabía que existía.

Cuando deslizó las manos hasta la cintura de los pantalones de Sandro y se los desabrochó con manos aparentemente expertas, él dejó escapar una retahíla de palabras en italiano que ella fue

incapaz de comprender mientras los pantalones se deslizaban hasta el suelo.

–Ahora es mi turno –murmuró él roncamente a la vez que la tomaba por las muñecas y se las sujetaba tras la espalda.

Con la mano que tenía libre, deslizó lentamente hacia abajo la cremallera del vestido de Charlie sin apartar la mirada de sus ojos mientras lo hacía. Charlie experimentó una inesperada timidez y tuvo que resistir el impulso de apartar la mirada mientras él deslizaba una mano por su hombro para retirar de este el vestido antes de inclinarse a besarla en el cuello.

Unos instantes después, el vestido se deslizaba hasta el suelo. Charlie permaneció de pie ante él, temblorosa, muy consciente de que tan solo llevaba puesta la ropa interior roja que había comprado a juego con el vestido y las sandalias de tacón alto también rojas de las que se había enamorado nada más verlas.

Sin darle tiempo a pensar, Alessandro la tomó en brazos y la tumbó sobre la cama. Luego se inclinó sobre ella para darle un beso urgente, exigente, y ella se rindió gustosa a su dominación.

Cuando tomó en una mano uno de sus pechos, Charlie sintió que algo estallaba en su interior y se arqueó hacia él, anhelando sus caricias y mucho más. Alessandro deslizó los labios hasta su cuello y luego jugueteó con la lengua sobre uno de sus pezones, aún cubiertos por el encaje de su sujetador rojo.

Como si hubiera intuido su necesidad, Alessandro deslizó una mano bajo su espalda arqueada para soltarle el sujetador y cubrir sus pechos desnudos de eróticos besos. Tomó posesivamente uno de sus pezones en la boca y lo acarició y mordisqueó hasta que Charlie fue incapaz de contener un intenso gemido de placer. Un instante después, Alessandro trasladó su atención al otro pezón mientras presionaba su potente y tensa erección contra un muslo de Charlie.

–Eres tan preciosa… –murmuró con voz ronca sin dejar de acariciarla.

Jadeante, Charlie deslizó las manos por la espalda de Alessandro y saboreó con fruición la fuerza que emanaba su poderosa musculatura. Estaba a punto de introducir los dedos bajo la cintura de sus calzoncillos cuando, como una exhalación, Alessandro se tumbó de espaldas sobre la cama y ella quedó sentada a horcajadas sobre él.

–Eso ha sido… –Charlie se ruborizó ante la abierta admiración de su mirada, algo que le hizo sentir un poder que nunca había experimentado– un movimiento maestro.

Alessandro la sujetó por las caderas exactamente donde quería tenerla, y Charlie comenzó a moverse de manera instintiva sobre su erección.

Él le sostuvo la mirada hasta que, atraída por un impulso incontrolable, Charlie se inclinó hacia él para besarlo apasionadamente en los labios.

–Soy un maestro –murmuró él ardientemente entre beso y beso–, y esta noche voy a hacerte mía una y otra vez, hasta que no recuerdes ni tu nombre.

A Charlie le gustó cómo sonó aquello; quería pasar toda la noche con él, quería disfrutar una y otra vez de las deliciosas sensaciones que estaba experimentando entre sus brazos.

–Hazme tuya –susurró–. Hazme tuya ya…

De manera tan repentina como hacía unos instantes, se encontró de nuevo de espaldas sobre la cama, con Sandro a su lado, retirándole las braguitas sin dejar de mirarla a los ojos.

Charlie se estremeció cuando, un instante después, deslizó una mano entre sus muslos para acariciar con enloquecedora delicadeza los húmedos labios de su sexo. El placer se volvió casi insoportable cuando, a la vez que se los entreabría con expertos dedos, la besó como si quisiera devorarla allí mismo.

Pero, justo cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, Alessandro se apartó de ella.

Charlie abrió los ojos, parpadeante, y vio que estaba abriendo el cajón de la mesilla.

Por supuesto. Protección. ¿Cómo era posible que no hubiera pensado en ello ni un instante?

Jadeante, casi hipnotizada, vio cómo se quitaba los calzoncillos y se ponía con maestría el preservativo.

Un instante después estaba sobre ella y Charlie abrió las piernas para él, ansiando sentirlo dentro de ella. Pero Sandro permaneció quieto, mirándola, apoyado sobre sus manos, jadeante.

–¿Sandro? –susurró Charlie, repentinamente inquieta. ¿Estaría teniendo dudas? ¿Qué había hecho mal?

Entonces la boca de Alessandro reclamó la suya en un hambriento y posesivo beso a la vez que la penetraba profundamente.

Charlie gritó contra sus labios mientras su cuerpo experimentaba una miríada de sensaciones desconocidas hasta entonces para ella.

Se movió con él, absorbiéndolo profundamente en su interior

mientras él la besaba en el cuello, en la garganta, en los pechos. Una retahíla de palabras italianas escaparon roncas de entre sus labios cuando, con un poderoso empujón, envió a Charlie más allá de las fronteras del placer, a un lugar en el que nunca había estado.

Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, casi desmayada, Charlie clavó las uñas en su espalda hasta que sintió cómo palpitaba su poderoso miembro dentro de ella a la vez que dejaba escapar un gutural gemido de placer.

Después, mientras las embriagadoras sensaciones que se habían adueñado de ellos comenzaban a amainar, Charlie rodeó a Alessandro con sus brazos y lo retuvo contra sí como si no fuera a soltarlo nunca.

Acababa de experimentar algo que no había experimentado nunca y quería aferrarse a aquel momento todo el tiempo que pudiera durar.

Capítulo 8

–*Buongiorno* –Charlie parpadeó y abrió perezosamente los ojos al escuchar el suave saludo en italiano.

El sol entraba a raudales por la ventana, pero lo único en que pudo fijarse fue en el hombre que se hallaba de pie junto a la cama. Todas y cada una de las partes de su cuerpo estaban repletas de las atenciones que Alessandro le había prestado la pasada noche, y disfrutó al ver cómo se oscurecía su mirada de pasión al ver cómo se estiraba.

–El desayuno espera.

–¿El desayuno? ¿Cuánto tiempo he dormido? –Charlie se irguió en la cama a la vez que tiraba de la sábana para cubrirse modestamente los pechos.

Alessandro, que vestía unos vaqueros que moldeaban sus fuertes muslos y una camiseta negra que ceñía su pecho a la perfección, esbozó una demoledora sonrisa.

–Lo suficiente, *cara*. Pero también es cierto que lo que menos hemos hecho esta noche ha sido dormir.

Charlie no pudo evitar ruborizarse al recordar su audaz comportamiento de la noche anterior.

¿Había acabado ya todo? ¿Había acabado la noche de pasión a la que se habían entregado de manera totalmente voluntaria? ¿Había llegado la hora de volver a su dormitorio y retomar la relación meramente profesional que habían mantenido hasta entonces? Aún había programadas varias actividades de promoción para lo que quedaba de aquella semana y para la siguiente.

Pero ¿cómo iba a ser capaz de superar los días que se avecinaban después de lo sucedido aquella noche?

Se sentía muy confusa, pero sabía que necesitaba distanciarse de todo aquello cuanto antes.

–Si me das unos minutos, me visto y podemos hablar de lo que tenemos en la agenda para los próximos días mientras desayunamos.

–Oh, no, *cara*. En estos momentos hay una sola cosa en nuestra agenda –el sugerente tono de voz de Alessandro hizo comprender a Charlie que aún la deseaba, lo que le produjo una sensación de

revoloteo en la boca del estómago.

–¿Ah, sí? –dijo con la boca repentinamente seca.

Alessandro se inclinó hacia ella y la besó con delicadeza en los labios.

–Voy a llevarte a un lugar en el que podamos estar solos para explorar lo que hay entre nosotros.

Charlie se apartó de él casi con brusquedad.

–Pero… ¿y los actos de promoción que hay planeados?

–Ya se encargará algún otro de eso. Nosotros tenemos cosas más importantes que hacer –Alessandro dijo aquello a la vez que se sentaba en el borde de la cama y tiraba con delicada firmeza de la sábana para dejar al descubierto los generosos pechos de Charlie. La evidente mirada de aprecio que les dedicó hizo que ella se humedeciera de inmediato–. *Per Dio*… Qué preciosa eres…

–Pero se suponía que solo iba a ser una noche, Sandro –la voz de Charlie surgió en un murmullo apenas audible que reflejó lo vulnerable que se sentía.

–Tienes que dejar de huir de una vez por todas y enfrentarte a lo que te asusta, Charlie.

Charlie lo miró y deseó sentirse en aquellos momentos tan audaz como se había sentido la noche anterior. Pero tuvo que reconocer que estaba utilizando tanto el accidente de Seb como su propia y desastrosa vida amorosa como escudo para huir de la realidad.

–Quiero estar en la pista de pruebas –dijo con toda la firmeza que pudo. Pero la mirada que le dedicó Sandro le hizo comprender que al decir aquello solo había logrado reafirmarlo en su idea de que lo único que pretendía era volver a huir de sí misma.

–Eso ya no es necesario. No después de lo de anoche. Vamos a pasar el fin de semana en mi villa –dijo Alessandro con delicada firmeza–. Necesito explorar hasta el fondo lo que tú pusiste en marcha anoche. ¿No sientes tú lo mismo, *cara*?

Charlie se preguntó si debería mentirle, si debería decirle que no quería estar más con él, cuando lo cierto era que su cuerpo estaba clamando todo lo contrario.

Salió de la cama llevándose la sábana consigo para cubrirse.

–¿Y el coche?

–El coche seguirá aquí el lunes –la mirada y la profunda voz de Alessandro revelaron que en lo último que estaba pensando en aquellos momentos era en el coche.

Aquello era cierto, se dijo Charlie. El coche seguiría allí después del fin de semana, pero la pasión que aún bullía entre

ellos no. Y ella no quería que aquello se convirtiera en algo más que en una breve aventura. Y en cuanto aquello acabara podría concentrarse en el motivo por el que realmente había acudido a Italia: averiguar la verdad sobre el accidente de Seb.

–Pero solo el fin de semana –dijo, sonriente, y disfrutó del poder que parecía tener en aquellos momentos sobre Alessandro–. Nada más.

–*Bene* –Alessandro se encaminó hacia la puerta del dormitorio–. Salimos dentro de una hora –añadió por encima del hombro antes de salir.

–*Benvenuti* a Villa Dell Angelo –dijo Alessandro mientras detenía el coche en el sendero de entrada de su villa, encaramada en lo alto de una colina tras la que centelleaban las aguas del lago Garda como miles de diamantes dispersos bajo la luz del sol. Aquel era su santuario, y Charlie era la primera mujer a la que llevaba allí.

–Es una maravilla –murmuró Charlie, impresionada, y el cuerpo de Alessandro reaccionó al instante ante la belleza y la naturalidad de su expresión.

–*Sì, grazie* –tras apagar el motor del coche se volvió hacia ella–. Pero no tanto como tú.

Charlie se ruborizó y bajó la mirada. A Alessandro le pareció asombroso que la mujer que se había comportado de un modo tan audaz en el dormitorio solo unas horas antes pudiera mostrarse tan tímida ante sus cumplidos.

Sin embargo, aquella audacia le servía para aliviar su conciencia de la culpabilidad que sentía por haber roto su promesa. Aunque era cierto que apenas había necesitado que lo alentaran, había sido Charlie la que había instigado los acontecimientos, incluso advirtiéndole en más de una ocasión que no quería nada duradero.

Salió del coche rápidamente para no ceder a la tentación de volver a besarla.

–He pedido que nos sirvan la comida en la terraza y luego bajaremos a Desenzano a pasear y, si nos apetece, a dar una vuelta en barco por el lago –había organizado todo aquello consciente de que de lo contrario se habrían pasado la tarde en la cama y, a pesar de que la idea de practicar el sexo con Charlie resultaba terriblemente tentadora, antes quería conocerla mejor, algo que resultaba realmente asombroso en su caso.

–Eso suena genial –dijo Charlie mientras se encaminaba hacia la barandilla de la terraza para contemplar las vistas. La suave brisa que soplaba hizo que el vestido de tirantes que llevaba se pegara a su cuerpo, y Alessandro tuvo que contener un momento la respiración para no lanzarse de inmediato sobre ella.

Nunca se había sentido tan afectado por una mujer, ni siquiera con la que se casó creyendo como un tonto que estaba enamorado de ella.

–Me alegra que te guste –dijo con una sonrisa mientras alejaba aquellos recuerdos del pasado al rincón más apartado de su mente, el lugar que les correspondía.

El ferri de Desenzano a Sirmiense ofreció una refrescante brisa que supuso un auténtico alivio para el calor reinante. Como si fuera una niña pequeña, Charlie quiso sentarse en la proa del barco para tener una vista privilegiada del lago y del impresionante paisaje que lo rodeaba, y Alessandro se lo consintió con una indulgente sonrisa.

Los demás pasajeros charlaban y sonreían a su alrededor, pero Charlie aún se sentía como si estuviera en una burbuja, a solas con Sandro, envueltos en su crepitante y mutua atracción. Cuando él se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros para atraerla contra su costado, el momento adquirió una cualidad mágica, como si estuvieran enamorados y no fueran tan solo unos amantes pasajeros.

«Enamorados»

La palabra resonó en la mente de Charlie. No era posible enamorarse tan pronto. Simplemente se sentía seducida por el sol, el lujo de la vida que llevaba Sandro, y por él mismo. El amor no surgía así como así. Crecía y florecía en una relación feliz, y aquello no era una relación. Tan solo era una aventura.

–Supongo que habrás dado este paseo varias veces –dijo para tratar de distraerse de aquellos pensamientos. Probablemente, ella era solo una más de las mujeres que Sandro había llevado a aquel idílico lugar.

–Compré la villa hace un año, pero he estado demasiado ocupado con el nuevo coche como para venir a menudo.

–¿Trajiste alguna vez a Seb?

Charlie notó que Alessandro se ponía repentinamente serio al escuchar su pregunta.

–No. Y ese es uno de los motivos por los que he querido venir

aquí contigo. Quería que estuviéramos a solas, sin recuerdos. Ya tendremos suficientes cuando regresemos a Milán.

La aspereza del tono con que habló hizo que Charlie se refrenara de hacerle más preguntas.

Pero al menos le había confirmado una cosa. Aquello iba a ser tan solo una aventura de fin de semana. Todo acabaría cuando volvieran a Milán, y unos días después ella regresaría a Inglaterra para seguir adelante con su vida. Pero, a pesar de que no quería nada más que una breve aventura, ¿por qué le dolía tanto ser consciente de la facilidad con que Alessandro iba a prescindir de ella?

–Me alegra que me hayas traído aquí. He pasado un año muy duro, y siento que por primera vez puedo liberarme de pensar constantemente en el accidente de Seb –dijo sinceramente–. Es hora de dejar el pasado atrás.

El sonido del motor del ferri mientras maniobraba hacia la costa del lago interrumpió la posibilidad de prolongar la conversación, algo que Charlie agradeció. No quería admitir ante Alessandro que había estado en lo cierto, que asistir a la presentación del coche no solo había sido algo que Seb le había pedido que hiciera, sino que ella misma había querido hacerlo.

Mientras contemplaba el castillo, que, erguido sobre una colina, dominaba el pueblecito de Sirmiense, apartó de su mente todos aquellos pensamientos, decidida a disfrutar del resto de la tarde y de la compañía de Alessandro.

–No me puedo creer que nunca hayas dado este paseo –dijo en el tono más desenfadado que pudo mientras se ponía en pie.

–Ahora podré recordar esta experiencia como algo único contigo –la sonrisa que curvó los labios de Alessandro hizo que el corazón de Charlie latiera más rápido y, cuando la tomó entre sus brazos y la besó, sintió que se derretía.

–Sandro… –murmuró contra sus labios.

–Tenemos que bajar –dijo él roncamente a la vez que la tomaba de la mano para salir del ferri.

Rodeados por los alegres turistas con los que habían compartido el trayecto, se encaminaron hacia el castillo. La sombra de sus gruesas y altas paredes supuso un respiro para el calor reinante.

Cuando Alessandro pasó una mano por la cintura de Charlie y la atrajo hacia sí, ella experimentó un estremecimiento, y no precisamente debido al hecho de estar a la sombra.

Fingió sentirse interesada por la historia que emanaba de cada

rincón del castillo, desesperada por no mirar a Alessandro y revelar cuánto lo deseaba.

Caminaron lentamente por el patio empedrado del castillo hacia las escaleras que llevaban a lo alto del muro y, al llegar arriba, escucharon sorprendidos unos nutridos aplausos y vítores procedentes de un grupo de personas que se hallaban en uno de los patios del castillo. Al volverse a mirar vieron a una radiante novia posando con su recién estrenado marido ante un grupo de fotógrafos.

–¿No sería fantástico poder casarse aquí? –preguntó Charlie con una nostálgica sonrisa.

–Sí, si encuentras a la pareja adecuada –replicó Alessandro en tono crispado.

Sin volverse a mirarlo, Charlie siguió contemplando la feliz escena que se desarrollaba ante ellos, algo con lo que siempre había soñado secretamente, al menos hasta que su madre destruyó toda su fe en los cuentos de hadas.

–Lo siento –dijo, consciente de que su comentario había estropeado la magia del momento.

–No tienes nada de qué disculparte, *cara*. Mi matrimonio fue algo que nunca debió llegar a suceder. Éramos muy distintos y queríamos cosas distintas de la vida.

–El amor puede resultar muy decepcionante –murmuró Charlie mientras se apoyaba contra una de las almenas del castillo para contemplar las vistas.

–No fue amor lo que hubo entre nosotros. Solo engaño.

–¿Engaño?

Alessandro asintió lentamente.

–La que fue mi mujer y yo nos conocíamos desde la infancia, y la relación continuó cuando me trasladé a Milán. El matrimonio pareció la evolución lógica de la relación y era lo que esperaban nuestras familias.

–¿Y qué fue mal? –preguntó Charlie al ver que Alessandro se sumía en un recalcitrante mutismo.

–Mi mujer no me quería a mí, sino la clase de vida que podía ofrecerle. Pero no contaba con que yo pensaba invertir hasta mi último céntimo en el negocio de mi tío. No tardó en cansarse del frugal estilo de vida que yo pretendía llevar y encontró un hombre dispuesto a darle lo que quería.

Cuando se volvió hacia Charlie, ella vio cómo se había endurecido su mirada. Pero entendía muy bien su sentimiento de haber sido traicionado, un sentimiento que casi era un espejo del

suyo.

Alessandro permaneció unos momentos en silencio mientras su mirada adquiría un matiz de evidente curiosidad.

–Seb me dijo que tú también estuviste comprometida en una ocasión.

–Es cierto. Y, como tú, era demasiado joven. Y demasiado ingenua –Charlie no solía hablar nunca de aquello, pero la sinceridad con que Alessandro había hablado de su pasado la impulsó a decir aquello–. Pero preferiría no hablar de ello ahora. Solo quiero disfrutar del poco tiempo que vamos a estar juntos.

–¿Es por eso por lo que no quieres comprometerte en una relación duradera? ¿Aquella experiencia te rompió el corazón? –preguntó Sandro a la vez que la tomaba de la barbilla para darle un delicado beso.

–Prefiero una aventura apasionada a cualquier promesa de felicidad en el futuro –mintió Charlie contra sus labios. La posibilidad de volver a acabar con el corazón roto solo era una parte de sus temores. ¿Y si en su interior también existía la capacidad que había tenido su madre de abandonar a sus seres queridos?

–Yo pienso exactamente lo mismo –murmuró Alessandro antes de darle un beso bastante más apasionado que el anterior–. ¿Qué te parece si tomamos ya el ferri de vuelta a Desenzano? –preguntó en tono ligeramente jadeante cuando se apartó–. He reservado una mesa en un restaurante precioso que hay junto al lago.

Charlie asintió sin decir nada y unos momentos después se encaminaban de vuelta al embarcadero tomados de la mano.

Durante la cena, Alessandro tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por contener su impaciencia para llevar a Charlie de regreso a la villa. La tensión sexual que había entre ellos parecía haber alcanzado su punto máximo de ebullición, y estaba seguro de que Charlie era tan consciente de ello como él mismo.

Mientras conducía el coche de regreso a la villa empezó a pensar en cómo sería su vida teniendo a diario a Charlie a su lado, pasando fin de semana tras fin de semana así con ella.

Pero sabía que debía reprimir aquellos pensamientos. Charlie había dejado bien claro que no estaba interesada en una relación duradera, y él le había prometido a Seb cuidar de ella como si fuera su hermana, no como si fuera su amante.

Había disfrutado enormemente del día que había pasado con

ella, pero sabía que iba a disfrutar aún más de la noche. Allí en su villa, era libre de dejarse llevar por sus impulsos y amarla. Al sentir que Charlie lo estaba mirando, se volvió hacia ella y supo que había captado la ansiosa anticipación que estaba experimentando por llegar a la villa.

–Tenemos toda la noche por delante, Sandro –dijo con una desenfadada sonrisa en los labios, aunque la pasión que emanaba de sus ojos negaba por completo aquel aparente desenfado, así como el tono de su voz, parecido al ronroneo de una gatita en celo.

Pero ¿sería suficiente con aquella noche?, se preguntó Sandro mientras detenía el coche ante la puerta de entrada de la villa. Solo iban a poder ser amantes durante aquel fin de semana, un fin de semana que no iba a tardar mucho en llegar a su conclusión.

–Para hacer el amor de verdad a una mujer como tú voy a necesitar más de una noche.

Charlie alzó una mano para acariciarle una mejilla y la expresión de sus ojos cuando lo miró adquirió un matiz de tristeza.

–Pero solo tenemos esta noche, Sandro. No podemos esperar nada más. No estamos hechos el uno para el otro.

Alessandro tomó su mano y la besó con delicadeza en la palma.

–Solo tenemos esta noche, pero pienso asegurarme de que sea una noche que no olvides jamás.

Capítulo 9

SI LA primera vez que Charlie se había despertado en la cama de Alessandro había sido asombrosa, aquella fue deliciosa, pues se encontró acurrucada contra la calidez de su cuerpo, satisfecha y adormecida como una gatita.

Se sentía en el paraíso y no quería despertar del todo para enfrentarse al día. Aquel iba a ser su último día juntos y, después de la noche de ardiente y apasionado sexo que acababan de pasar, no estaba segura de querer que empezara el día.

Aquella noche se había sentido segura entre los brazos de Sandro, amada, saciada, y sabía que aquello era algo a lo que habría podido acostumbrarse fácilmente, aunque no pudiera ser.

Cuando los pensamientos sobre el amor comenzaron a aflorar peligrosamente a la superficie, los reprimió de inmediato, consciente de que algo había cambiado en su interior. En el fondo quería ser amada, pero la desastrosa experiencia que había supuesto su anterior compromiso hacía que aquello fuera prácticamente imposible.

«Esto solo ha sido una aventura de fin de semana», se recordó con firmeza mientras Alessandro la estrechaba contra su cuerpo.

–¿Quieres venir conmigo a nadar? –le preguntó él con los labios contra su cuello, y Charlie experimentó de inmediato un revoloteo de mariposas en el estómago.

–Sí quiero, pero no he traído bañador.

–Eso no supone ningún problema –dijo Sandro mientras le mordisqueaba la oreja–. Estamos totalmente solos. Nadie podrá verte.

Charlie se volvió hacia él entre sus brazos.

–¿Estás seguro? ¿No tienes ningún empleado doméstico?

–No. Solo estamos tú y yo en la villa –murmuró él a la vez que la estrechaba contra su cuerpo sin molestarse en ocultar la evidencia de su deseo.

Charlie lo empujó juguetonamente con las manos contra el pecho.

–Creía que querías nadar –dijo burlonamente.

–He cambiado de opinión.

De un solo y rápido movimiento, Charlie salió de la cama y se rio al ver la desconcertada expresión de Alessandro.

–Pues ahora yo quiero nadar –dijo, y sin pensárselo dos veces, completamente desnuda, abrió las puertas del balcón y, tras echar una rápida ojeada a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, bajó las escaleras que llevaban directamente a la piscina.

Sin esperar a comprobar si Alessandro la había seguido, se lanzó directamente de cabeza al agua. La sensación de libertad que experimentó fue deliciosa. Nadó vigorosamente hasta el final de la piscina y allí, con los brazos apoyados sobre el borde, contempló las vistas del lago Garda que se le ofrecían desde aquel privilegiado punto de observación.

Unos instantes después, oyó el sonido que hizo Alessandro al zambullirse en el agua, pero, con una sonrisa en los labios, siguió contemplando las vistas, esperando con anticipación su llegada. Su cuerpo tembló y los latidos de su corazón arreciaron cuando emergió del agua y se situó a su lado.

A pesar de su audacia, Charlie no pudo evitar sentirse ligeramente avergonzada. Nunca se había bañado desnuda y, sin embargo, allí estaba, completamente desnuda en la piscina de Alessandro, y con él también completamente desnudo a su lado. Ni siquiera se atrevió a mirarlo.

–Es una vista increíble, ¿verdad? –dijo, incapaz de creer que realmente estuviera allí, disfrutando de un fin de semana a todo lujo junto al hombre más sexy que había conocido nunca.

–*Semplicemente bellisimo*.

Cada vez que Alessandro hablaba en italiano, Charlie experimentaba un estremecimiento de excitación y, además, estaba segura de que su comentario no se había referido precisamente a las vistas.

Abrumada por su propia timidez y la hambrienta mirada que le estaba dirigiendo Alessandro, trató de enmascarar sus sensaciones con una bravuconada.

–Te echo una carrera –dijo y, sin esperar a comprobar si Sandro había aceptado su reto, comenzó a nadar hacia el otro extremo de la piscina.

Unos instantes después, sintió cómo la adelantaba con poderosas brazadas dignas de un nadador profesional.

–Debería haber supuesto que ganarías –dijo, jadeante, cuando finalmente se reunió con él en el final de la piscina.

–No deberías retarme, *cara* –replicó él en tono burlón. Sin pensárselo dos veces, Charlie comenzó a salpicarlo dando fuertes

manotazos en el agua y riéndose como hacía mucho tiempo que no se reía–. Y tampoco deberías salpicarme –añadió él con el ceño severamente fruncido.

Antes de que Charlie tuviera tiempo de reaccionar, Alessandro salió de la piscina sin aparente esfuerzo y permaneció de pie en el borde, observándola.

Sin poder evitarlo, Charlie contempló su poderoso cuerpo de arriba abajo… ¡y se quedó boquiabierta!

–¡Tramposo! ¡Me has hecho creer que los dos íbamos a estar desnudos!

–No he dicho en ningún momento que yo fuera a estarlo –replicó él con una ufana sonrisa en los labios– Y ahora, ¿piensas salir ya del agua o no?

–No –protestó Charlie con un delicioso mohín en los labios, y se alejó nadando lentamente del borde de la piscina, consciente de la atenta mirada de Alessandro mientras lo hacía.

Cuando llegó de nuevo al extremo de la piscina se volvió y vio que estaba recostado en una tumbona, atento a cada uno de sus movimientos.

–¿Tiene por costumbre hacer esto a menudo, señorita Warrington? –preguntó Alessandro en un tono irritantemente burlón.

–¿Se refiere a nadar desnuda o a pasar apasionados fines de semana, señor Roselli?

–A ambas cosas.

–Nunca había nadado desnuda en una piscina –Charlie se puso boca arriba en el agua y disfrutó viendo cómo se oscurecía la mirada de Sandro mientras contemplaba sus pechos.

–Y yo nunca había tenido a una mujer nadando desnuda en mi piscina.

–Eso sí que me sorprende. Un hombre como tú… –replicó Charlie coquetamente.

–¿Un hombre como yo? –repitió Alessandro–. ¿Y cómo se supone que es un hombre «como yo»?

–No irás a negar ahora que las mujeres se sienten atraídas por ti como las polillas por la luz, ¿no?

–Solo las que buscan algo que no puedo darles –la brusquedad con que Alessandro dijo aquello supuso un completo contraste con su relajada actitud en la tumbona.

Charlie sonrió.

–¿Y qué es lo que buscan?

–Matrimonio y seguridad –replicó Alessandro secamente.

–Y tú no quieres saber nada de eso, ¿no?

–No.

–Te entiendo perfectamente –contestó Charlie, aunque lamentó de inmediato haberlo hecho.

–¿En serio?

–Ya sabes, «el gato escaldado huye del agua fría», como solemos decir los ingleses –Charlie volvió a ponerse boca abajo y nadó para alejarse un poco de Alessandro y del tema de conversación que había puesto inadvertidamente en marcha. Deberían estar disfrutando de las pocas horas que les quedaban juntos, no rumiando sobre el pasado.

–No deberías esconderte de ello, Charlie.

Charlie dejó de nadar y se volvió de nuevo hacia Sandro.

–¿Esconderme de qué?

–Del amor.

Charlie parpadeó, desconcertada, incapaz de creer que un hombre que admitía tan abiertamente no querer ningún compromiso utilizara aquella palabra.

–No me escondo del amor. Simplemente no lo he encontrado todavía.

–¿Y cuando lo encuentres?

Charlie no entendía a qué se debían aquellas preguntas. Ya había dejado claro que no le interesaban las relaciones duraderas, y no comprendía por qué estaba canalizando Alessandro la conversación en aquella dirección.

–Mi madre abandonó a mi padre cuando Seb y yo éramos unos adolescentes. Nos dio por completo la espalda. Desde entonces no creo en los finales felices, Sandro.

–¿Y el hombre con el que estuviste comprometida? ¿Lo amabas y esperabas vivir feliz con él para siempre?

Charlie empezó a sentirse atrapada en la piscina bajo el escrutinio de su intensa mirada, obligada a contestar a sus preguntas.

–Puede que después de lo sucedido en mi familia no estuviera preparada para amar.

–¿Y si volvieras a enamorarte?

–Si estuviera completamente segura de haber encontrado a un hombre al que amar y que me correspondiera, tal vez me lo plantearía.

–¿Y te casarías?

–El matrimonio no es la única forma de comprometerse con el amor, Sandro –contestó Charlie pacientemente, y vio que él

fruncía el ceño–. ¿Y qué me dices de ti? ¿Volverías a casarte?

Alessandro permaneció en silencio. Aquella mañana, con Charlie dormida entre sus brazos, no había podido evitar imaginarse lo que sería despertar todas las mañanas con ella a su lado. Se sentía como si lo hubiera hechizado, y no quería dejarla ir. Pero sabía que Charlie aún lo culpaba por el accidente de Seb, y no podía pedirle nada más hasta quedar libre de culpa ante sus ojos. Y eso no podía hacerlo sin contarle toda la verdad. Y hacerlo supondría romper su promesa a Seb.

–Tu silencio lo dice todo.

La voz de Charlie hizo salir a Sandro de su ensimismamiento.

–Con la mujer adecuada, sí –dijo sinceramente.

–En ese caso, espero que la encuentres.

Alessandro contempló los deliciosos y sensuales movimientos del cuerpo de Charlie mientras volvía a nadar de espaldas y sintió que se le secaba la boca.

–¿No piensas salir nunca del agua? –preguntó a la vez que se levantaba de la tumbona y tomaba una toalla–. Vas a acabar convirtiéndote en una sirena.

Charlie se rio y nadó hacia la escalera.

–No estoy hecha del material de las sirenas –dijo mientras subía lentamente la escalera, consciente de la intensa mirada de Alessandro, del deseo que despertaba en él mientras el agua se deslizaba por sus pechos y el resto de su cuerpo y ladeaba la cabeza para sujetarse el pelo en una coleta para escurrirlo.

Sandro se sentía incapaz de moverse, de apartar la mirada de ella. Parecía una auténtica y seductora ninfa con el sol de la mañana cayendo de lleno sobre su delicada piel. Cuando se encaminó hacia él, su angelical belleza hizo que prácticamente comenzara a babear.

Apenas consciente de lo que hacía, avanzó hacia ella y la tomó entre sus brazos. Cuando sus miradas se encontraron, la ardiente pasión que vio en los ojos de Charlie hizo que su corazón latiera más deprisa. Y cuando ella alzó el rostro para besarlo y lo rodeó con los brazos por la cintura supo con certeza que nunca llegaría a cansarse de tenerla a su lado.

–Deberíamos entrar –murmuró roncamente cuando finalmente separaron sus labios.

La sensual sonrisa de Charlie le hizo comprender que era muy consciente del efecto que estaba ejerciendo sobre él.

–Sí –susurró–. Una última vez.

–Una última vez –repitió Sandro antes de besarla

apasionadamente, deseando mucho más que una última vez, pero consciente de dónde habían puesto ambos los límites de aquella relación.

Con una coqueta sonrisa, Charlie lo tomó de la mano y lo condujo escaleras arriba de vuelta al dormitorio.

El sol caía de lleno sobre la cama aún deshecha, evidencia de las ardientes horas que habían pasado en ella durante la noche.

Antes de saber lo que estaba sucediendo, Charlie se encontró en brazos de Alessandro, que la llevó hasta la cama y la tumbó sobre esta con el corazón latiendo con tal fuerza que casi temió que ella pudiera escucharlo. La deseaba con auténtica locura y pensaba aprovechar al máximo sus últimos momentos como amantes.

Casi con frenesí, se quitó el bañador, dejando expuesta a la mirada de Charlie su poderosa erección. Con un anhelo prácticamente incontrolable por penetrarla, por sentirse dentro de ella, la tomó por los tobillos y le hizo separar las piernas. Sabía que debería estar tomándoselo con calma, pero era incapaz de contenerse.

–Sandro… para… –murmuró Charlie con urgencia a la vez que apoyaba las manos contra su pecho para apartarlo–. Debemos utilizar protección…

–*Maledizione* –Alessandro agitó vigorosamente la cabeza para recuperar el control. Jamás lo había perdido de forma tan espectacular, y agradeció que al menos uno de los dos hubiera conservado el sentido común–. Discúlpame –añadió a la vez que abría el cajón de la mesilla para sacar un preservativo y ponérselo.

–Lo siento –murmuró Charlie tímidamente–. Pero ninguno de los dos queremos consecuencias de este fin de semana.

Mientras la miraba, Sandro comprendió de pronto que aquel fin de semana ya había tenido consecuencias, aunque no en la forma de un embarazo. Sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo, había dejado caer las barreras que rodeaban su corazón y se lo había entregado a una mujer con la que ni siquiera debería haber tenido una aventura.

–Tienes razón, *mia cara*. No puede haber consecuencias.

–No –dijo Charlie a la vez que lo rodeaba con las piernas por la cintura y lo atraía hacia sí para que la penetrara.

Y, por última vez, consumido por la pasión, Alessandro la hizo suya.

Apenas tardaron unos momentos en alcanzar juntos un delicioso orgasmo.

–*Il mio amore* –murmuró Alessandro mientras la besaba en el cuello, sin apenas saber lo que estaba diciendo.

¿Habría sido aquella su manera de despedirse? No lo sabía, pero agradeció haber utilizado su lengua materna para hacerlo, porque Charlie no parecía haber entendido sus palabras.

Capítulo 10

CHARLIE no se había sentido nunca tan tensa. Hicieron el viaje de regreso a Milán en casi completo silencio, con la excepción de algún intento por mantener una conversación intrascendente que se marchitó como una flor plantada en un desierto.

–Voy a reservar una habitación en algún hotel cercano –dijo en cuanto estuvieron de regreso en el apartamento de Alessandro. Lo que habían compartido aquel fin de semana en su villa ya no tenía sentido en el presente, y mucho menos en el futuro.

Estaban de vuelta en Milán, y aquel interludio no había hecho que sus problemas se esfumaran. Lo único que quería era que las siguientes cuarenta y ocho horas pasaran rápidamente… aunque no antes de obtener las respuestas a las preguntas que la habían impulsado a acudir a Italia.

Alessandro la miró con expresión impenetrable.

–Eso no será necesario. La habitación que ocupaste aquí la primera noche está lista para ti.

–Creo que, dadas las circunstancias, sería mejor que me alojara en un hotel –replicó Charlie con toda la firmeza que pudo.

–No –le espetó Alessandro mientras arrojaba las llaves del coche con evidente irritación sobre la encimera de la cocina–. Las «circunstancias» que mencionas son que acabamos de regresar después de haber pasado el fin de semana juntos. Nuestro fin de semana de diversión ha terminado. Tal y como acordamos, no ha sido más que una aventura pasajera.

–Motivo de más para que me aloje en un hotel, ¿no te parece?

–Tú has repetido más de una vez que solo era una aventura, así que no entiendo por qué sientes ahora esa necesidad de irte. El fin de semana ha pasado y ahora volvemos a movernos exclusivamente en el terreno de los negocios.

–Muy bien –concedió Charlie, aunque sabía que aquello iba a hacer que regresara a Inglaterra antes de lo que tenía planeado. En cuanto terminara su reunión en el circuito de pruebas al día siguiente, tomaría el primer avión disponible.

Resignada a quedarse en el apartamento una noche más, se encaminó hacia los ventanales del salón y contempló las

magníficas vistas que ofrecían de Milán, aunque en realidad fue incapaz de disfrutar de ellas. Estaban de vuelta donde habían empezado, con la diferencia de que la tensión sexual que había habido entre ellos desde el principio estaba teñida de una desagradable sensación de arrepentimiento. Al menos para ella. Probablemente para Alessandro tan solo había sido sustituida por la indiferencia.

Con un suspiro, se volvió distraídamente y vio un periódico doblado sobre una mesita cercana. Al abrirlo vio que en la foto de la portada aparecían Alessandro y ella a su llegada a la fiesta de presentación del coche. El pie de la foto resultaba incomprensible para ella, de manera que pasó a la página siguiente

Y se quedó petrificada en el sitio.

En aquella nueva foto no aparecían Alessandro y ella llegando sonrientes a la celebración, sino besándose apasionadamente sobre el capó del coche. Aquel fue el beso que Alessandro le dio cuando casi todo el mundo se había ido ya. La foto reflejaba la pasión de dos amantes ajenos a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, incluso a la intrusión del fotógrafo que la había tomado.

Pero ¿habría sido Alessandro consciente de la presencia del fotógrafo? Recordó la decisión con que la había tomado entre sus brazos y la había inclinado sobre el coche, eliminando cualquier pensamiento racional de su mente mientras reclamaba sus labios.

No la había besado porque la hubiera encontrado irresistible, sino porque había sido el momento perfecto para hacerlo. Aquella foto demostraría al mundo que no tenía ninguna responsabilidad en lo referente al accidente de Seb, que ella y su familia habían dado su total aprobación al coche que se había llevado por delante la vida del joven piloto.

–¿Estabas al tanto de esto? –preguntó en tono acusador a la vez que cerraba el periódico, incapaz de seguir mirando la foto.

Alessandro se acercó a ella y miró un momento la portada del periódico.

–Sí. Fue lo que solicité a la prensa –replicó calmadamente.

Charlie parpadeó, desconcertada.

–¿Lo que solicitaste a la prensa?

–Una foto nuestra en la portada era exactamente la clase de publicidad que esperaba. Tú aportaste sofisticación y estilo a la ocasión y, por supuesto, el simbólico beneplácito de tu familia.

–¿Y esto? –Charlie abrió furiosamente el periódico y le enseñó la foto de su apasionado beso–. ¿También organizaste esto?

Tras contemplar un momento la foto, Alessandro leyó atentamente el texto que la acompañaba.

–No –contestó a la vez que negaba con la cabeza–. Esto no.

–¿Qué dice el artículo? –Charlie apenas fue capaz de contener su rabia mientras hacía aquella pregunta.

Al ver la confusión y el enfado que había en su mirada, Alessandro tuvo que esforzarse por controlar el sentimiento de culpabilidad que hasta entonces había logrado mantener a raya.

–Dice que tu pasión demuestra que has dado tu aprobación al coche que se llevó la vida de tu hermano –resumió.

–¿Y qué va a aparecer a continuación en la prensa? ¿Una foto mía nadando desnuda en tu piscina?

Alessandro se quedó momentáneamente sin palabras. Aquella fotografía iba en contra de todo lo que le había dicho el día que fue a buscarla a su casa en Inglaterra. La había persuadido para que acudiera a la presentación del coche en Milán, asegurándole que Seb le había pedido que lo hiciera, pero en esos momentos, por culpa de aquel inoportuno fotógrafo, Charlie pensaba que todo había sido un montaje.

–Eso no es posible. En la villa no había nadie.

–Maldito seas, Alessandro. Me engañaste para que nadara desnuda, pero tú no te desnudaste. ¿Qué aparecerá en el próximo titular de la prensa?

Alessandro apretó los puños ante la urgencia que sintió por tomarla entre sus brazos para tranquilizarla, consciente de que aquello sería lo peor que podría hacer en aquellos momentos.

–No te engañé. El baño que te has dado esta mañana será algo que quedará tan solo entre nosotros.

–¡No te creo! –le espetó Charlie, encendida.

–¿Te he mentido alguna vez? –preguntó Alessandro, consciente de que, efectivamente, le había estado mintiendo desde la noche del accidente, desde el momento en que descubrió la verdadera causa de la muerte de Seb. Pero habían sido mentiras para protegerla tanto a ella como a su hermano, para mantener el apellido Warrington fuera de la prensa. Y eran unas mentiras que debía seguir manteniendo. Se lo había prometido primero a Seb y luego a su padre, y pensaba mantener sus promesas.

–Si eres capaz de planificar este tipo de publicidad, estoy segura de que también lo eres de mentir y de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quieres –Charlie dejó escapar un tembloroso gemido antes de taparse la cara con las manos, pero, un instante después las dejó caer con evidente exasperación–. He sido una

estúpida por haberte creído, por haberme fiado de ti.

Alessandro alargó una mano hacia ella, desesperado por ofrecerle al menos un poco de consuelo, pero ella se apartó de él como si fuera una víbora a punto de picarle.

–No has hecho más que mentirme, Alessandro. Es lo único que has hecho desde que fuiste a buscarme a Inglaterra para utilizarme.

–*Dio mio!* ¿Cómo puedes decir eso? –Alessandro se pasó una mano por el pelo, exasperado, apenas capaz de contener el impulso de contarle la verdad.

–¡Por esto! –le espetó Charlie a la vez que tomaba el periódico y lo agitaba ante él–. Me has utilizado. Esto no ha tenido nada que ver con Seb. Solo has estado tratando de aplacar tu conciencia tras el accidente.

–No tengo ningún problema de conciencia.

–Estás mintiendo de nuevo. No creo que Seb te pidiera que me convencieras para asistir a la presentación del coche. Eras tú el que quería que asistiera para quedar exonerado ante la opinión pública de cualquier responsabilidad por el accidente.

–Seb me pidió que vinieras. Eso es cierto –la mirada de odio que había en los ojos de Charlie le estaba lacerando el corazón a Alessandro, pero se mantuvo firme en su decisión de no revelar la verdad.

–¿«Eso» es cierto? –repitió Charlie con evidente suspicacia–. Entonces, ¿estás mintiendo sobre algo?

Alessandro supo que tenía que pensar rápido para no alentar aquella suspicacia.

–No te he mentido, pero hay cosas que es mejor mantener apartadas del foco de la atención pública.

–¿Cosas como esta? –le espetó Charlie a la vez que agitaba ante él la foto en la que aparecían besándose.

Alessandro suspiró internamente de alivio. Había estado a punto de delatarse, pero el enfado de Charlie era tan intenso que le había impedido pensar racionalmente.

Charlie arrojó el ofensivo periódico al suelo y dedicó una iracunda mirada al hombre del que había sido tan estúpida como para enamorarse.

«¿Enamorarse?».

Un intenso pánico se adueñó de ella al ser consciente de lo que acababa de pensar. No podía estar enamorada de él. No de Alessandro Roselli, del hombre al que consideraba responsable del accidente de Seb, del hombre que la había engañado tan

cruelmente para utilizarla en su propio beneficio.

–No puedes huir y esconderte de esto, Charlie.

Las palabras de Alessandro penetraron la bruma de rabia y conmoción que envolvía a Charlie, que se encaminó como una sonámbula hasta la puerta de su dormitorio.

–No estoy huyendo –replicó desde el umbral, negándose a admitir tal cosa ante Alessandro.

–Entonces, ¿qué estás haciendo? –preguntó él con más delicadeza, en tono más paciente y persuasivo.

Charlie sabía que era cierto, que estaba huyendo, pero no de lo que creía Alessandro, sino del amor. No tenía otra opción. Aquel hombre no la amaba y nunca la amaría.

–No soy yo la que está huyendo y escondiéndose, Alessandro –dijo con toda la calma que pudo a pesar de los intensos latidos de su corazón.

–¿Qué quieres decir con eso, Charlie?

–Eres tú el que está ocultando la verdad sobre el accidente de Seb.

–Ya te he dicho todo lo que hay que decir al respecto.

–Ambos sabemos que eso no es exactamente cierto –Charlie alzó la barbilla en un gesto desafiante y lo miró a los ojos–. Me has dicho tan solo lo que querías que supiera.

–No fue el coche, Charlotte.

Charlie permaneció un instante en silencio antes de responder.

–Entonces fue el conductor. Fue Seb.

–Así es. Lo siento –Alessandro trató de acercarse de nuevo a ella, pero su gesto de rechazo le hizo detenerse.

–¡No! –le espetó Charlie mientras trataba asimilar la idea de que el accidente hubiera sido responsabilidad de Seb.

–Deberías hablar con tu padre –dijo Alessandro.

–Eso pienso hacer. Y ahora mismo –Charlie entró rápidamente en su habitación sin molestarse en cerrar la puerta. Quería que Alessandro estuviera presente mientras llamaba a su padre para que le contara toda la verdad.

Sacó el teléfono de su bolso y marcó el número de su padre, pero enseguida saltó el contestador.

–No contesta –dijo con aspereza a la vez que se encaminaba hacia la puerta del dormitorio para cerrarla–. Y ahora, si no te importa, tengo que preparar mi equipaje.

Había llegado el momento de volver a su casa, de retomar los trozos de sí misma que quedaron dispersos el día que se enteró de la muerte de su querido hermano.

Pensó en su madre, pero enseguida descartó la idea de confiarse a ella. Siempre estaba dispuesta a culpar al mundo de las carreras de coches de la destrucción de su familia.

Resignada al dolor que le había causado la traición de Alessandro, sacó su tableta y reservó un vuelo que salía para Londres al día siguiente a primera hora de la tarde. Al menos así tendría tiempo de volver a la pista de pruebas por la mañana. Tenía una última cosa que hacer antes de irse.

Después se despediría, y en aquella ocasión lo haría para siempre.

Alessandro no dijo nada cuando vio que Charlie se encerraba en su cuarto, consciente de que no habría servido de nada. No deberían haberse hecho amantes y nunca podrían estar juntos. Debían olvidar para siempre las horas que habían pasado en su villa, y esperaba que no hubiera habido ningún fotógrafo merodeando por allí como una hiena en busca de carroña.

Consciente de que iba a ser incapaz de concentrarse en su trabajo, no se molestó en sentarse ante su ordenador. Su mente no dejaba de repasar los detalles de lo acontecido durante aquellos últimos días, desde el momento en que había visto por primera vez a Charlie en su jardín hasta las apasionadas noches que habían compartido.

¿Qué le pasaba? Sabía que no debía desear ni querer a Charlie, que nunca podría tenerla, y sin embargo anhelaba poder despertarse a su lado cada mañana.

Cuando prometió a Seb que cuidaría de ella como si fuera su propia hermana jamás se imaginó que aquella tarea pudiera llegar a ser tan difícil. ¿Qué habría hecho él si hubiera sido su propia hermana la que se hubiera encontrado en aquella situación con un hombre que le hubiera hecho lo mismo que él a Charlie?

Imaginar la posibilidad de que alguien pudiera aprovecharse de su hermana de aquella manera despertó en él una agresividad comparable a la de un león que estuviera defendiendo su territorio. Sin embargo, aquello era lo que había hecho él. Besando a Charlie y llevándosela para explorar la innegable pasión que había entre ambos no se había ocupado precisamente de cuidar de ella, como había prometido a Seb y a su padre que haría.

Lo único que había hecho bien había sido ocultarle la verdad, e incluso aquello era dudoso.

Cerró los ojos y su mente se llenó de recuerdos del día en que

Seb le contó aquella verdad. Aún podía escuchar su débil voz mientras yacía en la cama del hospital y le rogaba que ocultara a toda costa a su hermana la verdad sobre su problema con el alcohol y las drogas.

«No se lo cuentes, por favor, Sandro. Si Charlie se enterara se le rompería el corazón. Hagas lo que hagas respecto a todo lo demás, evita a toda costa que se entere de eso, por favor».

Alessandro agitó violentamente la cabeza para apartar aquellos terribles recuerdos de su mente y masculló una maldición mientras salía de su estudio.

No podía permitir que Charlie siguiera sola en su cuarto, preocupada y angustiada por todo lo sucedido. Al llegar ante la puerta se detuvo, preguntándose si estaría haciendo bien. Normalmente solía actuar de manera decidida, pero en todo lo referente a Charlie perdía fácilmente aquella seguridad.

Cuando finalmente llamó a la puerta, esta se abrió al instante.

–No puedes quedarte ahí sola toda la noche –dijo, tratando de hablar en tono desenfadado, aunque la gélida mirada que le dedicó Charlie le hizo comprender que había fracasado estrepitosamente–. Podríamos salir a cenar –añadió.

Charlie alzó una ceja con expresión irónica.

–¿Qué quieres? ¿Otra foto en la que aparezcamos juntos y acaramelados?

–Charlie… –Alessandro dio un paso hacia ella, pero Charlie se apartó al instante de él.

–No, Sandro. No estoy dispuesta a correr el riesgo. Nunca deberíamos haber pasado este fin de semana juntos.

Alessandro asintió lentamente, consciente de que tenía razón.

–Te aseguro que no sabía nada sobre esa última foto, y siento que te haya disgustado tanto.

–No quiero hablar más sobre eso –replicó Charlie en un tono que no admitía discusión.

Alessandro volvió a asentir, consciente de que solo estaba empeorando las cosas.

–Me ocuparé de averiguar quién la tomó y de que se lleve su merecido.

–Eso no servirá de nada. El fotógrafo solo estaba haciendo su trabajo y castigarlo no eliminará el hecho de que nos hayas utilizado a Seb y a mí para promocionar tu coche y no perder tu reputación.

–No tengo ninguna necesidad de defender mi reputación, Charlie.

–Ante mí sí la tienes.

Aquellas firmes palabras fueron como una bofetada para Alessandro, y sirvieron para hacerle recuperar el sentido común. Debía dar un paso atrás, analizar objetivamente la situación y planificar cuidadosamente su siguiente movimiento.

–En ese caso, ten por seguro que lo haré –contestó, y se volvió sin molestarse en comprobar cómo habían sido recibidas sus palabras.

Si Charlotte quería pruebas, se las daría. Pero ¿cómo iba a lograrlo sin traicionar el secreto de Seb… o sus verdaderos sentimientos por ella?

Capítulo 11

CUANDO, a la mañana siguiente, Charlie salió de su dormitorio, encontró a Alessandro preparando café en la cocina. Estaba tan atractivo con el traje gris marengo que vestía que no pudo evitar distraerse un momento admirándolo.

Una vez en el coche de camino al circuito de pruebas, intensamente consciente de cada uno de sus movimientos mientras conducía, lamentó no haber tomado un vuelo a Londres a primera hora de la mañana. Al menos, esperaba tener la oportunidad de averiguar la información que Alessandro le estaba ocultando sobre el accidente de su hermano. Porque estaba convencida de que le estaba ocultando algo.

–Tengo una reunión a la hora del almuerzo.

La acentuada voz de Alessandro hizo salir a Charlie de su ensimismamiento. Quería mirarlo, disfrutar un momento contemplando su firme y atractivo perfil, pero no podía permitírselo.

–Yo tengo que estar en el aeropuerto a primera hora de la tarde, así que tomaré un taxi –dijo con todo el desenfado que pudo, que no fue mucho.

–Habías dicho que no estabas huyendo –dijo Alessandro con dureza mientras aparcaba el coche ante la entrada de los talleres.

–No estoy huyendo –replicó Charlie con más enfado del que pretendía–. Necesito recuperar mi vida, volver a lo que estaba haciendo antes del accidente de Seb. Es lo que él habría querido. Lo único bueno que ha surgido de mi visita.

Salió del coche sin añadir nada más, ansiosa por distanciarse de Alessandro. Por mucho que su cuerpo le dictara lo contrario, no debía olvidar lo que había hecho, el modo en que la había manipulado para aplacar su sentimiento de culpabilidad y que su reputación no quedara en entredicho.

Estaba a punto de entrar cuando Alessandro la alcanzó y apoyó una mano en la puerta de cristal para impedirle abrirla.

–¿Eso es todo? ¿No tienes nada más de qué acusarme? –preguntó con dureza.

Charlie alzó el rostro para mirarlo, decidida a no dejarle

entrever cuánto le afectaba.

–¿Aparte de que prácticamente me hayas vendido a la prensa para conseguir tus propósitos? ¿O te refieres al hecho de que me sedujeras? Me dejaste creer que estaba haciendo todo por Seb, cuando en realidad era solo en tu propio beneficio.

Alessandro alzó las cejas con expresión burlonamente ufana.

–Según recuerdo, *cara*, fuiste tú la que me sedujo a mí.

Charlie apretó los puños hasta prácticamente clavarse las uñas en las palmas. Necesitó aquel dolor para recordar lo que estaba en juego; no solo el buen nombre de su hermano y su propia reputación, sino su corazón.

–No seas tan engreído. Todo lo que he hecho ha sido por Seb –aquello fue lo primero que se le pasó por la cabeza, y se mordió la lengua para no decir nada más. No quería que Alessandro supiera cuánto estaba sufriendo, la desconcertante intensidad con que se había enamorado de él. No debía saberlo nunca.

–¿No lo hiciste porque lo deseabas, porque fuiste incapaz de resistirte a la irresistible atracción que surgió entre nosotros en cuanto nos conocimos?

–De acuerdo. No pude resistirme. Pero puedes estar seguro de que esa «irresistible atracción» ya está muerta y extinguida para siempre –tras decir aquello, Charlie apartó con firmeza las manos de Alessandro de la puerta y entró en los talleres agradecida al ver que había varios mecánicos y empleados deambulando por allí.

Escuchó la voz de Alessandro hablando rápidamente en italiano a sus espaldas y, a continuación, el sonido de sus pasos mientras se alejaba.

Sin saber qué hacer, y consciente de las miradas de curiosidad que estaba recibiendo, se encaminó hacia un coche que no estaba allí en la ocasión anterior. Parecía el prototipo de un nuevo deportivo. Su pintura negra brillaba bajo las luces del taller y las elegantes curvas de sus laterales captaron de inmediato su atención. Era un modelo muy distinto al deportivo rojo que había diseñado Seb.

Aquel tenía más estilo. Evidentemente, había sido diseñado para la comodidad además de para la velocidad. La rejilla delantera era más sobria, más clásica y mucho menos agresiva que la del coche de Seb. Su poderío era palpable, pero poseía una sofisticación que le hizo pensar de inmediato en Alessandro. ¿Habría diseñado él aquella belleza?

Mientras hablaba con su equipo, Alessandro no pudo evitar observar a Charlie cuando se encaminó hacia el coche negro. Vio la atención con que lo contemplaba y casi pudo oír su mente en funcionamiento, evaluando las posibilidades del coche.

Tras dar las instrucciones finales a su equipo, se encaminó hacia el coche, su último prototipo. Lo había diseñado él personalmente y había incluido todo lo que quería que hubiera en su coche ideal.

–Este coche tiene el potencial para ser un modelo en sí mismo –dijo Charlie con un entusiasmo evidente a pesar de la animosidad que había entre ellos–. ¿Quién lo ha diseñado?

Teniendo en cuenta que acababan de presentar oficialmente el coche de Seb, Alessandro no quería decirle que había sido obra suya.

–Ha sido un trabajo en equipo.

–Un buen trabajo, sin duda. Un magnífico trabajo. El negro le va a la perfección.

Alessandro apenas fue capaz de escuchar sus halagos. Aquella era la mujer a la que había tratado de proteger, la mujer que hacía arder su sangre, la mujer a la que deseaba más que a ninguna otra. Pero ella lo odiaba y estaba a punto de desaparecer de su vida. Y él no podía hacer nada por impedirlo.

–He organizado las cosas para que Giovanni te lleve de vuelta al apartamento para que recojas tus cosas y luego al aeropuerto.

–De acuerdo, gracias –la sequedad del tono de Charlie fue un evidente reflejo de su determinación.

Alessandro comprendió que lo mejor que podía hacer era irse cuanto antes. Irse y no volver a mirar atrás.

–*Arrivederci*, Charlotte.

Antes de perder el control sobre sus emociones, giró sobre sí mismo y salió del taller, consciente de que estaba perdiendo para siempre a la única mujer que de verdad había querido en su vida.

Sin mirar atrás, entró en su coche, puso en marcha el motor y se alejó de allí a toda velocidad. Cuanto antes se marchara Charlie a Inglaterra, mejor.

–*Scusi*.

Aún inmersa en el torbellino emocional que había experimentado mientras veía cómo desaparecía Alessandro definitivamente de su vida, Charlie se sobresaltó ligeramente al oír aquella voz a su lado.

–No podemos salir para Milán hasta dentro de una hora, señorita Warrington, pero entretanto puede esperar en el despacho del señor Roselli.

Charlie hizo un esfuerzo por sonreír.

–No se preocupe, Giovanni. Estaré esperándolo.

Entró en el despacho hecha un manojo de nervios, preguntándose si podría encontrar allí alguna evidencia del secreto que Alessandro le había estado ocultando todos aquellos días. A fin de cuentas, había acudido a Italia para aquello, para averiguar quién había sido el responsable de la muerte de su hermano.

Ocupó el asiento que había ante el escritorio y miró por los ventanales que daban al taller a las personas que seguían trabajando en él. Al parecer, su presencia en el despacho de Alessandro no parecía preocuparle a nadie, lo que sirvió para aliviar en parte sus nervios.

Lo primero que hizo fue echar un vistazo a algunos diseños de coches que había dispersos sobre la mesa, pero no encontró nada que llamara su atención. A continuación trasladó su atención a las estanterías que había en un lateral del despacho y, sintiéndose cada vez más como si fuera una auténtica espía, se fijó en una carpeta que sobresalía entre las demás.

Alargó una mano para sacarla de la estantería y la abrió. Los primeros papeles eran meros informes sobre el funcionamiento del motor del coche recién presentado, pero al final había un apartado sin título que llamó su atención. Al abrirlo vio la foto del prototipo gris que ella misma había conducido en el circuito de pruebas unos días antes. Volvió la página con mano temblorosa.

Informe del Accidente.

Charlie sintió que la boca del estómago se le encogía dolorosamente. Parpadeó varias veces, angustiada, como si haciendo aquello pudiera borrar la verdad de lo que estaba leyendo.

–Oh, Seb –murmuró desesperada a la vez que cerraba los ojos–. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me dijiste nada sobre eso? –asustada al darse cuenta de que había hablado en alto, volvió a mirar por las ventanas del despacho, pero, tras comprobar que no había llamado la atención de nadie, siguió leyendo.

Fallo del conductor. Tras los análisis de sangre realizados se comprobó que había significativos niveles de alcohol y otras drogas en su cuerpo.

Charlie apoyó los codos en la mesa y se tapó la cara con las manos. ¿Sería cierto aquello? ¿Podía creerlo? Leyó el resto del informe, en el que se detallaba punto por punto que no se había producido ningún fallo mecánico en el coche.

Con el corazón encogido, cerró el informe y lo apartó de su lado, deseando que Alessandro estuviera allí para explicarle por qué estaba utilizando a su hermano como cabeza de turco. Ya le había demostrado lo manipulador que podía ser con el asunto de las fotos. Aquel informe también podía ser una manipulación más por su parte.

El hombre que la había acompañado al despacho llamó a la puerta, haciéndole salir de sus sombríos pensamientos.

–Deberíamos irnos ya.

Charlie se puso de inmediato en pie y se obligó a sonreír.

–Sí. Debo llegar a tiempo al aeropuerto.

Unos minutos después circulaban por la autopista de regreso a Milán. Charlie permaneció en silencio, contemplando el paisaje sin realmente verlo, con la mente centrada en el hombre al que amaba a pesar de sí misma, un hombre del que nunca debería haberse enamorado.

–Las despedidas no son fáciles, ¿verdad? –preguntó Giovanni de pronto, sorprendiéndola.

–No –contestó antes de darse cuenta, y enseguida añadió–: Pero solo porque también me estoy despidiendo de mi hermano.

No había esperado que surgiera aquella conversación tan personal y se alegró al ver que ya estaban muy cerca de Milán. Pronto estaría sola, que era lo que más deseaba en aquellos momentos.

Afortunadamente, el tráfico de la ciudad ocupó la atención de Giovanni, y Charlie no pudo evitar una sonrisa al escuchar sus maldiciones mientras llegaban al edificio en que estaba el apartamento de Alessandro.

–No hace falta que se moleste en llevarme desde aquí hasta el aeropuerto, Giovanni –dijo mientras salía del coche–. Tomaré un taxi.

–Alessandro me ha dicho que la traiga aquí y luego la lleve al aeropuerto, y si no lo hago podría enfadarse conmigo –dijo el conductor a la vez que le alcanzaba las llaves del apartamento.

Charlie asintió. No quería que aquel amable italiano en el que tanto parecía confiar Alessandro tuviera problemas por su culpa.

–De acuerdo. Gracias. Solo tardaré unos minutos.

Una vez en el apartamento, recogió rápidamente sus cosas

mientras se esforzaba en no pensar en Alessandro y en la intensidad de todo lo que había ocurrido entre ellos durante aquellos pocos días.

Un rato después volvía a estar en el coche, inmersa en el tráfico de la ciudad. Mantuvo la mirada fija al frente mientras, a pesar de sí misma, volvía a pensar en todo lo sucedido. ¿Habría aprobado Seb su relación con Alessandro? ¿Le habría alegrado que estuvieran juntos?

–¿Conoció a mi hermano? –preguntó en el tono más desenfadado que pudo. Probablemente aquella iba a ser la última oportunidad que iba a tener de hablar con alguien que trabajaba en los talleres de Alessandro, y no quería desaprovecharla.

–Sí, claro. Era un buen corredor. Un magnífico corredor. Pero la presión acabó siendo demasiado para él. Tratamos de ayudar… –el tráfico volvió a requerir la atención de Giovanni, que había dicho aquello en todo distraído, casi sin pensarlo.

De manera que era cierto. Charlie trató de mantener un tono de voz normal, aunque en realidad habría querido ponerse a gritar de desesperación. Obviamente, aquel hombre creía que estaba al tanto de todo.

–No sabía que usted también trató de ayudarlo –dijo con toda la calma que pudo.

–El que más lo intentó fue Alessandro, pero yo también estaba allí aquella noche, así que me enteré de todo.

Charlie tuvo que esforzarse por no romper a sollozar allí mismo. ¿Qué clase de hermana había sido? ¿Cómo era posible que no hubiera notado que su hermano tenía problemas? ¿Y cómo era posible que nada de lo que había leído en el informe hubiera llegado a la prensa? Desesperada, se aferró a la posibilidad de que todo formara parte de las manipulaciones de Alessandro. No podía creer aquello de Seb; resultaba demasiado doloroso.

–Lo siento, no pretendía disgustarla –dijo Giovanni, y Charlie abrió los ojos que no era consciente de haber cerrado.

–Aún me afecta mucho pensar en todo ello –contestó con toda la calma que pudo, y se alegró de que el semáforo ante el que se habían detenido se pusiera en verde.

–El aeropuerto –dijo Giovanni unos minutos después mientras aparcaba.

Pero Charlie aún no había terminado. Fuera cual fuese la información que tuviera aquel hombre necesitaba averiguarla. Nada podía ser peor de lo que ya había averiguado.

–Por favor… –murmuró una vez fuera del coche mientras

apoyaba una mano en el brazo de Giovanni–. Ha dicho que estaba en la pista el día del accidente de Seb. ¿Hasta qué punto eran graves los problemas de mi hermano con las drogas y el alcohol? ¿Fueron realmente la causa de su accidente?

Giovanni miró su reloj.

–Si no se da prisa va a perder su vuelo.

–Por favor… –insistió Charlie con todo el encanto femenino del que pudo hacer acopio en aquellos momentos.

Giovanni suspiró y apoyó una mano en la que Charlie aún tenía apoyada sobre su brazo.

–Aquel día Seb había estado bebiendo mucho… y las drogas… –se encogió de hombros y la miró casi con expresión de disculpa–. Las drogas lo volvían casi salvaje, irracional. No pudimos hacer nada por impedírselo.

–¿Pudimos? –susurró Charlie.

–Sí. El señor Roselli y yo. Después del accidente no dijimos nada que pudiera manchar el nombre de su hermano, por supuesto –Giovanni tomó entre sus manos la de Charlie y la miró con auténtica preocupación–. Pensaba que ya lo sabía.

–Lo sabía –mintió Charlie–. Pero resulta muy doloroso volver a escucharlo. Lo siento.

–Ahora debe irse o perderá el avión.

–Sí. El avión. Adiós y gracias, Giovanni –dijo Charlie lentamente mientras tomaba como una autómata su bolsa de viaje y se alejaba de aquel hombre y de la verdad que acababa de destrozar por completo su ya desbaratado mundo.

Una vez en la terminal corrió al servicio, donde se mojó la cara con agua fría para tratar de controlar las náuseas que se estaban adueñando de ella.

¿Podía ser todo aquello realmente cierto?

No quería aceptarlo, pero las piezas de aquel rompecabezas estaban empezando a encajar con demasiada precisión. Seb había abandonado las últimas carreras de la temporada anterior alegando una lesión en la espalda, pero, cuando hablaron de ello por teléfono y Charlie le manifestó su preocupación, él trató de quitarle importancia y le dijo que dejara de preocuparse tanto. ¿Habría empezado a beber ya por aquel entonces?

–No, no es posible… –murmuró frente al espejo, conmocionada–. Sandro me habría dicho algo al respecto.

Entonces, la explicación de todo lo sucedido cayó de pronto sobre ella como un bloque de cemento. Alessandro Roselli no había ocultado todo aquello para proteger la reputación de Seb,

sino para proteger su propia reputación. Y para lograrlo había decidido utilizarla también a ella. La foto publicada en la que aparecían besándose apasionadamente sobre el coche lo confirmaba.

Charlie se tapó la cara con las manos y respiró profundamente varias veces para tratar de calmarse. Solo había una persona aparte de Alessandro que podía confirmar aquello.

Su padre. ¿Por qué no le había contado todo aquello? A fin de cuentas, voló a Italia pocas horas después de que Seb sufriera el accidente, de manera que debía de estar al tanto de todo. ¿Por qué había mantenido todo aquello en secreto y había ofrecido su apoyo a Alessandro? Solo podía haber una respuesta: que no era cierto y que no sabía nada de la tapadera que se había estado utilizando. El informe tenía que ser una tapadera. No podía ser cierto. Incluso había sido dejado a la vista para que ella lo encontrara.

Frenética, sacó su móvil del bolso y, con dedos temblorosos, marcó el número de su padre.

–Hola, Charlie.

Charlie notó de inmediato el tono cauteloso de su padre.

–¿Es verdad, papá? –preguntó sin rodeos.

Al otro lado de la línea, su padre suspiró y, horrorizada, Charlie supo que lo era. Tuvo que aferrarse al borde del lavabo para no desmayarse allí mismo.

–Oh, papá… ¿por qué no me lo contaste?

–Contártelo solo habría servido para hacerte sufrir más, y no habría hecho que cambiaran las cosas, Charlie. ¿Dónde estás?

El pánico que dejó entrever el tono de su padre hizo que a Charlie se le encogiera el corazón.

–Camino de mi casa. Ahora tengo que tomar el avión, pero te llamaré en cuanto llegue.

–No dejes de hacerlo, cariño.

–Hasta pronto, papá.

Incapaz de decir nada más, Charlie guardó el teléfono en el bolso y contempló su lívido rostro en el espejo. No podía desmoronarse allí mismo. No debía hacerlo. No quería hacerlo hasta que estuviera completamente a solas, en su casa.

En aquellos momentos tenía un avión que tomar.

Capítulo 12

ALESSANDRO avanzó por el aeropuerto mirando frenéticamente a su alrededor. ¿Dónde estaba Charlie? Afortunadamente, había recibido la llamada de Giovanni estando cerca de allí. Le había dicho que Charlie había hablado con él como si hubiera estado al tanto de toda la verdad sobre el accidente de su hermano. Pero ¿cómo era posible? No podía permitir que se fuera sin hablar antes con ella, sin asegurarse de que se encontraba bien.

La cola para el vuelo a Londres no hacía más que disminuir, pero Charlie no estaba en ella. ¿Habría cruzado ya la puerta de embarque?

De pronto vio a una mujer de espaldas que abandonaba rápidamente la terminal. Corrió tras ella con la esperanza de que fuera Charlie, de que hubiera cambiado de opinión y hubiera decidido quedarse, pero al salir se vio deslumbrado por la luz del sol y la perdió de vista. Varios taxis se alejaban en una rápida sucesión desde la parada, y lo más probable era que Charlie estuviera en uno de ellos… al menos si era ella la mujer que había visto.

Desolado, permaneció quieto en la acera mientras montones de personas pasaban a su lado en todas direcciones, aparentemente animadas y felices. El sonido de cada avión que despegaba resonó en sus oídos como un toque de difuntos. ¿Y si Charlie iba en uno de ellos?

Pero tal vez no había llegado a tomar su vuelo.

¿Y si la mujer que había visto, la que había deseado con todas sus fuerzas que fuera ella, había sido realmente ella? ¿Adónde podría haber ido?

De pronto se hizo la luz en su cerebro. Solo había un lugar al que Charlie podía haber acudido para estar a solas con los recuerdos de su hermano. Convencido de que ya lo odiaba con toda su alma, decidió que no tenía nada que perder. Prefería que Charlie le arrojara todas sus acusaciones a la cara a que estuviera en aquellos momentos sola, con la terrible revelación de lo sucedido en su mente.

Regresó corriendo al aparcamiento del aeropuerto y condujo

directamente al hotel en que estaba temporalmente expuesto al público el deportivo rojo. Aparcó ante la entrada, arrojó las llaves del coche al portero, pasó como una exhalación por las puertas giratorias y se encaminó directamente a la sala en que se hallaba el deportivo que había consumido la vida de Seb.

El silencio reinante en la sala resultó ensordecedor. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

Entonces, un leve movimiento en el extremo opuesto de la entrada captó su atención. Allí estaba Charlie, sentada a una mesa, de espaldas. Alessandro experimentó un inmenso alivio mientras se encaminaba rápidamente hacia ella.

Charlie estaba totalmente sumida en sus pensamientos, abrumada por la terrible sensación de haber sido traicionada por los dos hombres a los que había amado en su vida.

Había acudido allí porque necesitaba respuestas, y no pensaba irse a ningún sitio hasta que las obtuviera. El problema era que quien tenía aquellas respuestas era Alessandro, que se había ido prácticamente corriendo del taller hacía unas horas, como si no soportara estar ni un minuto más a su lado.

De pronto, un inesperado estremecimiento recorrió su espalda y supo que ya no estaba sola en la sala. Solo había una persona capaz de ejercer con su mera presencia aquel efecto sobre ella. El hombre al que amaba y odiaba con la misma intensidad. Alessandro Roselli.

–¿No has hecho ya suficiente daño? –preguntó sin volverse.

El venenoso tono con que hizo aquella pregunta la sorprendió tanto a ella como a él.

–Hice lo que tenía que hacer.

Cuando Alessandro se detuvo a su lado, Charlie no se molestó en volverse a mirarlo.

–Por supuesto. Hiciste lo que necesitaste para evitar que tu nombre se viera arrastrado por el lodo.

–En eso te equivocas.

Charlie se volvió hacia él como una exhalación.

–¡No me equivoco! ¡Es la verdad!

Alessandro se situó entre ella y el coche, el único eslabón de realidad que aún le quedaba a Charlie con su hermano.

–¿Vas a negar que me trajiste aquí con la falsa excusa de que mi hermano quería que viniera, que me sedujiste para conseguir la foto que necesitabas y que me ocultaste la verdad sobre los

problemas que tenía Seb? –preguntó mientras se levantaba y rodeaba a Alessandro para poder seguir ante el coche.

–Jamás quise hacerte daño, Charlie.

–¡No sigas mintiéndome! –le espetó ella a la vez que se volvía a mirarlo con incontenible furia.

–Veo que no estás dispuesta a escuchar nada de lo que tengo que decirte –evidentemente frustrado, y también irritado, Alessandro se pasó una mano por el pelo mientras ocupaba el asiento que Charlie acababa de dejar libre.

–¡Claro que no lo estoy! ¡Todo lo que me has contado hasta ahora no han sido más que mentiras! –Charlie se volvió momentáneamente y se tapó la cara con las manos. Se había entregado a aquel hombre en cuerpo y alma y él lo único que había hecho había sido utilizarla.

Respiró profundamente, tomó una silla cercana y se sentó ante él. Pensaba llegar al fondo de aquel asunto aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

–Vi el informe del accidente, Sandro, y Giovanni me contó, o más bien me confirmó, lo del alcohol y las drogas. ¿Por qué no me contaste tú nada sobre eso? –preguntó con dureza.

Alessandro apoyó los codos sobre las rodillas para inclinarse hacia ella.

–Fue lo que tu padre me pidió que hiciera.

Charlie negó vehementemente con la cabeza.

–No utilices a mi padre. Él jamás me habría ocultado algo así –mientras decía aquello, Charlie recordó la breve conversación que había mantenido con su padre desde el aeropuerto. No había admitido nada, pero lo cierto era que su silencio había resultado bastante revelador.

–¿Has hablado con él?

–Sí, desde el aeropuerto –Charlie miró a Alessandro y sintió que parte de su rabia comenzaba a amainar–. No entiendo por qué tuvo que pedirte que no me contaras la verdad.

–No quería que lo supieras. No quería que los recuerdos que tenías de tu hermano se vieran enturbiados por algo tan doloroso –la delicadeza con que Sandro dijo aquello fue demasiado para Charlie, que volvió a negar firmemente con la cabeza. Era posible que su padre hubiera querido protegerla, pero ¿y Sandro? ¿Cuáles habían sido sus motivos?

–¿Y qué me dices de ti? ¿Por qué me mentiste?

–¿Qué crees que habría pasado si la prensa se hubiera enterado de la verdad?

La firmeza del tono de Alessandro dejó momentáneamente sin aliento a Charlie al comprender las implicaciones de su pregunta.

–¿Qué habría pasado? –preguntó, esforzándose por mantener la compostura pero sintiendo que estaba a punto de desmoronarse allí mismo.

–¿Qué crees tú que habría pasado? –preguntó Alessandro con calmada firmeza.

–Eso es fácil –replicó Charlie con aspereza–. Habrían arruinado tu reputación.

Alessandro se puso en pie, apenas capaz de contener su irritación.

–Puedes pensar lo que quieras, Charlotte, pero te aseguro que yo no hice nada malo.

–Me mentiste. A mí y al mundo entero.

–Pero ¿no te das cuenta? –preguntó él, exasperado–. No me estaba protegiendo a mí mismo, sino a Seb… y a ti.

–¿Cómo te atreves a esconderte tras la reputación de mi hermano después de haber organizado las cosas con tanto esmero para que apareciera esa foto nuestra en la prensa? Esa foto sirvió para absolverte de toda culpabilidad, y lo más probable es que a estas alturas ya haya sido difundida por todo el mundo a través de la red.

Alessandro permaneció quieto donde estaba mientras Charlie se inclinaba hacia él, nuevamente furiosa.

–Yo no te obligué a besarme –contestó con toda la frialdad que pudo.

–Pero manipulaste la situación –replicó Charlie a pesar de saber que lo que acababa de decir Sandro era cierto. Él no la obligó a besarlo. Ella había deseado intensamente aquel beso.

–Cuando mencionas la «situación» supongo que te refieres a la pasión que surgió entre nosotros desde el primer instante en que nos vimos, ¿no?

–Eso tan solo fue una conveniente pantalla de humo –a pesar de su intento por controlarse, la voz de Charlie surgió temblorosa, y se odió por ello.

Alessandro vio las emociones que estaba revelando el rostro de Charlie. Conmoción, negación, odio, incluso pasión, anhelo… pero nada parecido a lo que sentía él por ella.

–De manera que no niegas que esa pasión existía. No niegas que ya me deseabas cuando nos besamos sobre el coche.

Charlie miró a Alessandro y, aunque no movió los labios, sus ojos revelaron cosas que él deseó que fueran ciertas. Se acercó a

ella.

–No huyas de la pasión que existe entre nosotros, *cara*.

–No necesito huir de eso. Puedo controlar la pasión, Sandro. Pero eso no era pasión. Era mera lujuria. Y también puedo controlar la lujuria. Pero de lo que sí quiero huir es de tus engaños. Me mentiste, me ocultaste la verdad, y utilizaste ese destello de lo que tú llamas pasión ya incluso en mi casa en Inglaterra, para convencerme de que acudiera a la presentación oficial del coche. Y luego preparaste lo de la foto para demostrar al mundo y a mi familia que te había perdonado.

Alessandro negó lentamente con la cabeza. ¿Cómo iba a poder demostrar alguna vez que no había tenido nada que ver con aquella foto?

–Sé lo que puede aparentar todo eso, pero…

–¿Qué crees que diría Seb si supiera lo que has hecho, la crueldad con que me has engañado? –le interrumpió Charlie–. ¿Qué pensaría de nosotros?

Alessandro experimentó un destello de esperanza al escuchar aquel «nosotros».

–Puede que fuera eso precisamente lo que quería que pasara.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Seb me hizo prometerle que cuidaría de ti. No solo lo hizo la noche del accidente, sino también en varias ocasiones anteriores. Incluso utilizó la lealtad que sabe que siento por mi hermana para presionarme.

–Eso no significa nada –murmuró Charlie–. Deberías haberme hablado de sus problemas con la bebida y las drogas. Tenía derecho a saberlo. Todo lo demás me da igual, incluso lo de la foto, pero no deberías haberme ocultado eso. Ni siquiera a causa de una promesa.

Alessandro tuvo que contenerse para no tomarla entre sus brazos y aliviar el dolor que reflejaba su expresión, pero no se atrevió a hacerlo. Sabía con certeza que si Charlie volvía a huir de su lado lo haría definitivamente.

–A Seb le producía verdadera desesperación la idea de que pudieras enterarte de sus problemas con las drogas, y yo le hice aquella promesa para que se tranquilizara. Para cuando llegó tu padre ya estaba firmemente decidido a mantenerla. Lo siento, Charlotte. No tenía otra opción que mantener mi palabra.

Alessandro pensó en la primera vez que se besaron. Debería haberle dicho la verdad aquella noche, pero sabía que Charlie aún se sentía muy frágil, que estaba destrozada por la muerte de su

hermano, y fue incapaz de desvelar su secreto.

La única verdad era que la amaba. No solo la deseaba, sino que la amaba con tal intensidad que le dolía el corazón. La amaba y la necesitaba completa e incondicionalmente.

Charlie pensó en lo que acababa de decir Alessandro, en la situación en la que se había encontrado, en lo que se había visto obligado a asumir. Había mantenido su promesa a Seb. No había sido él quien le había revelado la verdad, pero ¿hacía aquello que la situación resultara más honorable?

Cerró los ojos ante el dolor de tener que reconocer definitivamente la verdad, ante la certeza de que debía seguir adelante, de que no podía seguir encerrada en la casa y el jardín que había convertido en su santuario, de que debía vivir la vida que Seb habría querido que viviera.

Mientras asumía todo aquello, Alessandro la rodeó casi con cautela con sus brazos y la atrajo hacia sí. Aquel era el lugar en el que quería estar, entre los brazos del hombre al que amaba con auténtica locura, aunque ello no significara que él la correspondiera.

–¿Por qué estás aquí, Sandro? –preguntó débilmente, sin apenas atreverse a alentar sus propias esperanzas.

–No podía dejar que te fueras sin hablar contigo, sin darte explicaciones –el rostro de Alessandro revelaba una evidente preocupación, pero Charlie buscaba algo más, algo a lo que aferrarse–. ¿Y por qué estás tú aquí, *cara*, entre mis brazos?

Charlie se preguntó si habría visto la respuesta a aquella pregunta brillando en sus ojos. Durante todo aquel tiempo, equivocado o no, Alessandro la había estado protegiendo de la verdad. Ella no lo odiaba. Lo amaba. Alessandro había hecho honor a su palabra a costa de sí mismo, y comprenderlo solo sirvió para que lo amara aún más.

–No podía irme todavía –contestó, bajando la mirada, sin atreverse a esperar nada–. Necesitaba averiguar la verdad.

–Y ahora que ya sabes la verdad, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a seguir adelante con tu vida?

Charlie se sintió como si la estuviera dejando ir, como si estuviera permitiéndole marcharse para encontrar su destino. Pero ¿sabría que él era su destino?

–Sandro, yo… –se interrumpió, temblorosa, sintiendo que se ahogaba, que no llegaba suficiente oxígeno a sus pulmones.

–Vete, Charlie –dijo Alessandro, consciente de que aquellas eran las palabras que más le había costado decir en su vida–. Si eso es lo que quieres hacer, no hay nada más que decir.

–Te quiero, Sandro, te amo con todo mi corazón.

El silencio que siguió a la repentina declaración de Charlie empezó a volverse ensordecedor. Alessandro parecía anonadado, incapaz de reaccionar. Charlie estaba desesperada por escucharle decir algo, lo que fuera, pero sabía que no iba a poder soportar aquel silencio ni un segundo más.

–*Ti amo, ti amo*… –logró decir finalmente Sandro mientras sus ojos y la expresión de su rostro parecían iluminarse con una felicidad que dejó a Charlie sin aliento.

Y, por fin, allí, entre los brazos del hombre al que amaba, sintió que por fin había llegado a casa, que allí era donde debía estar para poder seguir adelante con su vida.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

